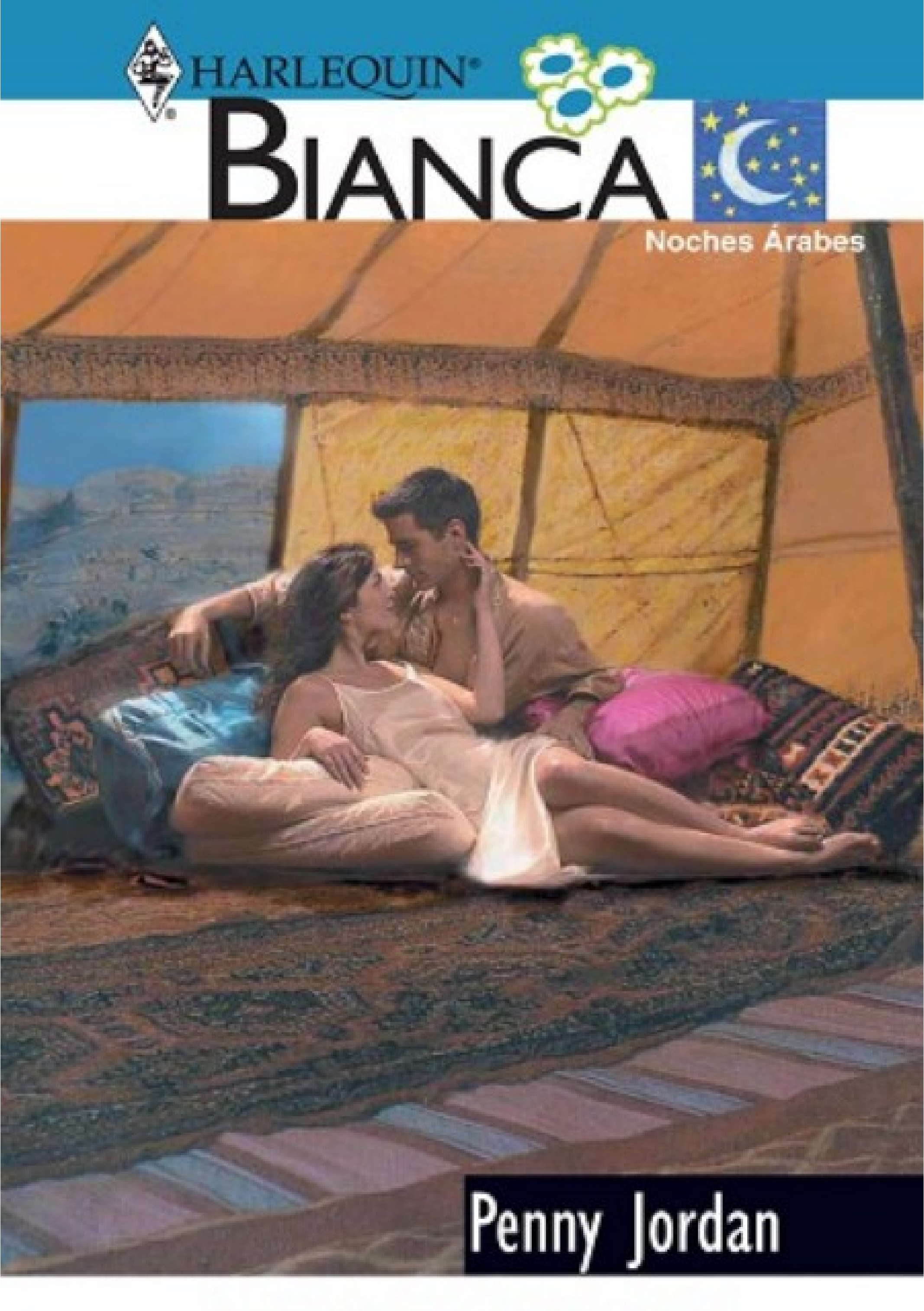


AMOR EN EL DESIERTO

Amor en el desierto

Petra había viajado hasta el reino de Zuran para conocer a su abuelo... y allí descubrió que él había concertado su matrimonio con el rico jeque Rashid, al que ella jamás había visto. Así que ideó un plan que consistía en arruinar su reputación con el fin de que el jeque la rechazara como esposa... para ello le pidió a Blaize, el guapísimo empleado de su hotel, que se hiciera pasar por su amante.

Blaize era perfecto como amante fingido... pero también demostró ser un excelente amante. Entonces descubrió algo increíble: el hombre al que acababa de entregarle gustosa su virginidad no era otro que ese con el que se suponía se tenía que casar... ¡el jeque Rashid!

Capítulo 1

-¿Te fijaste en el atractivo monitor de windsurf que te señalé?

-¡Sí! Era exactamente como me lo describías, pero su potencial es enorme. Subirá a mi habitación más tarde. Pero hay que estar prevenida. Me dijo que tenía que ir con cuidado. Ya ha recibido un toque de atención por parte de ese jeque Rashid, copropietario del hotel, por confraternizar con los huéspedes.

-¿Y tú hiciste algo más que confraternizar, verdad?

-Sí, ya lo creo.

Desde su asiento, bajo una enorme sombrilla que la protegía del sol en el bar de la azotea del Restaurante de la Marina, donde acababa de almorzar, la conversación de las dos mujeres, de pie junto a su mesa, llegaba nítida a los atentos oídos de Petra. Sin abandonar la discusión acerca de los atributos sexuales del monitor de windsurf, que desplegaba sus habilidades en el complejo turístico de Zuran, las dos mujeres se encaminaron hacia la salida. Petra, atenta a sus movimientos, observó que una de ellas había olvidado el pareo. Se agachó para recuperarlo e interrumpió la charla de las dos amigas para devolvérselo a su propietaria, que se lo agradeció sin excesivo entusiasmo.

Mientras se alejaban, todavía enfrascadas en su apasionante discusión, Petra esbozó una amplia sonrisa para sí misma.

-¡Gracias a ti! -masculló entre dientes de todo corazón.

Si bien no habían sido conscientes de su aportación, gracias a ellas había encontrado la fórmula perfecta que tan desesperadamente había buscado durante los últimos dos días.

Tan pronto como se perdieron de vista se levantó y tomó su propio pareo, si bien había decidido, al contrario que ellas, presentarse en el restaurante con unos pantalones anchos de seda sobre el biquini. en lugar de llevar únicamente el bañador. Entrecerró los ojos frente al reflejo del sol y llamó al camarero que le había atendido.

-Disculpe -preguntó-, ¿podría indicarme dónde están los surfistas?

Media hora más tarde, Petra estaba cómodamente instalada en una tumbona gracias a la amabilidad del empleado, que le había preguntado dónde deseaba situarse para disfrutar con tranquilidad de la asombrosa bahía artificial donde se había acondicionado el área recreativa del complejo turístico. Una posición que también le permitía regalarse la vista con la figura del monitor de windsurf que había sido objeto de tanta admiración durante el almuerzo. Ahora comprendía por qué esas mujeres se habían deshecho en elogios hacia él.

Petra estaba acostumbrada a los hombres atractivos y atléticos.

Había estudiado en una universidad de Estados Unidos y, desde la muerte de sus padres en un accidente cuando ella tenía diecisiete años, había viajado mucho tanto por Europa como por Australia junto a su padrino, un diplomático británico jubilado que había sido el mejor amigo de sus padres. En consecuencia se había familiarizado con esa clase de tipos, chulos y holgazanes, que se consideraban a sí mismos un regalo del Cielo para el sexo femenino.

¡Y ese hombre cumplía todos los requisitos físicos que definían el arquetipo! ¡E incluso añadía algunos extras! Petra asumió que el tipo podría ganarse la vida perfectamente como modelo de ropa interior de diseño, y ese pensamiento vino acompañado de un extraño calor que ruborizó sus mejillas. Había sido tan imprevisto que se sintió incómoda.

Pero mientras lo miraba se vio forzada a admitir, contra su voluntad, que poseía algo más, una cualidad especial que iba más allá.

Estaba apilando las tablas en mal estado. Pero incluso los pantalones cortos que lucían todos los empleados del hotel realzaban su sexualidad en vez de ocultarla.

A pesar de la distancia que los separaba, Petra podía, hasta cierto punto, sentir su masculinidad; y casi podía identificar la capa de testosterona que lo rodeaba en forma de aura. Los movimientos de su cuerpo mientras trabajaba recordaban a Petra la agilidad de una pantera durante la caza. Cada gesto representaba una combinación perfecta de fuerza y precisión, en armonía con la respiración, de modo que ni un solo gramo de energía se malgastara o resultara superfluo.

Apreciaba el modo en que la luz del sol destacaba la musculatura de su brazo mientras sostenía la tabla y el modo en que la brisa despeinaba su pelo negro. Sospechaba que todas las mujeres de la playa, amparadas en el anonimato de sus gafas de sol, estaban mirándolo y que, al igual que ella, contenían la respiración. Había algo irremediablemente fascinante en su presencia que resultaba abruptamente sexual, una atracción animal que Petra sabía que resultaba irresistible, provocativa y peligrosamente excitante. ¡Sí, desde luego! ¡Era exactamente lo que ella necesitaba! Y cuanto más lo miraba mayor era su convencimiento.

Petra continuó observándolo compulsivamente desde la seguridad de la distancia que los separaba.

Una hora más tarde, de camino a la lujosa suite que tenía asignada en el hotel, Petra planeaba su estrategia cuidadosamente. Mientras cruzaba las instalaciones del complejo, a la altura del zoco, se detuvo un instante para admirar el trabajo de un artesano, que moldeaba con un martillo una pieza de metal incandescente hasta darle forma.

No era de extrañar que ese complejo turístico hubiera recibido el

unánime reconocimiento de todo el mundo. El atractivo de su diseño morisco, los jardines vallados de exóticas fragancias, el espectáculo arquitectónico de sus boutiques palaciegas y el aroma tradicional del zoco, recreado con detalle, todo en el complejo respiraba magia, romanticismo y, ante todo, mucha riqueza.

Petra todavía no se hacía a la idea de que existieran, a lo largo de todo el complejo, más de veinte restaurantes en los cuales se podía degustar la comida típica de casi cualquier parte del mundo. Pero, en esos momentos, esa era la menor de sus preocupaciones.

Desde su habitación del hotel tenía una vista parcial de la playa. El atractivo monitor de windsurf había desaparecido a media tarde tras subir a una lancha motora entre las muchas que se avistaban amarradas en el puerto deportivo. En la última visión que había tenido de él, subido en el fueraborda, el sol brillaba en su espesa cabellera negra y en el dorado bronceado de su piel tostada.

Ahora había regresado, sí bien la playa ya estaba desierta y el sol se hundía bajo la línea del horizonte. Estaba recuperando metódicamente las tablas abandonadas en la arena, así como el resto de embarcaciones de placer que el complejo ponía al alcance de sus huéspedes.

Era la oportunidad perfecta para hacer lo que tenía en mente desde que había escuchado la animada charla de las dos mujeres en el restaurante.

Eligió una chaqueta y, antes de que su valor flaqueara, se dirigió hacia la puerta de la suite.

En la playa ya casi había anochecido. La brisa marina recordó a Petra que, pese a que durante el día la temperatura casi alcanzaba los treinta grados, en esa parte del mundo seguía siendo invierno.

Durante un instante creyó que había llegado demasiado tarde y que el monitor de escultural cuerpo ya se había marchado. La desilusión embargó su triste corazón mientras escrutaba con la mirada la playa oscura.

Estaba tan absorta recorriendo con la vista el recoleto puerto deportivo, que la aparición súbita de una sombra en medio de la penumbra la sobrecogió.

Giró sobre sí misma y aguantó la respiración al comprender que el objeto de sus sueños estaba de pie, frente a ella, y tan cerca que un solo paso al frente hubiera bastado para juntar sus cuerpos.

Su primer instinto fue dar un paso atrás, pero el orgullo que, según le había contado su padre, había heredado de su abuelo, no se lo permitió.

Levantó la cabeza, respiró hondo y soltó el aire de un modo inseguro mientras comprendía que no había levantado la vista hasta el punto de encontrar la mirada del hombre, sino que sus ojos reposaban

directamente, indefensos, en la comisura de su boca.

¿Qué solían decir de los hombres que tenían el labio inferior grueso? Comentaban que eran personas muy sensuales, muy táctiles... ¿Hombres capaces de discernir todos los matices del placer que el roce de esos labios podía producir en una mujer?

Petra se sintió levemente mareada. No había caído en la cuenta de que fuera tan alto. ¿De dónde sería? ¿Italiano? ¿Griego? Tenía el pelo fuerte, muy negro, y su piel, tal y como había tenido la oportunidad de comprobar a lo largo de la tarde, poseía un intenso color tostado, cálidamente dorado. Ahora estaba completamente vestido. Llevaba zapatillas de deporte, vaqueros y una camiseta blanca. Y, pese a su aspecto informal, resultaba desconcertantemente más formidable y su presencia imponía más autoridad de lo que hubiera esperado.

Ya era casi noche cerrada. Estaban rodeados por pequeñas luces decorativas que iluminaban el puerto deportivo y sus alrededores. Petra podía ver el ardiente brillo de sus ojos mientras su mirada la rodeaba en un abrazo invisible. Al principio notó cierto desdén que, de pronto, se mudó en apreciación. El cuerpo de su presa se tensó, como alertado por algo en ella que hubiera llamado su atención, y que transformó el desinterés, que Petra hubiera jurado que había observado inicialmente en sus ojos. en una intensa concentración que la dejó inmóvil.

Si decidía volverse y huir a la carrera, estaba segura de que él se divertiría. Pero se divertiría persiguiéndola, atormentándola. Al menos eso había decidido. ¡Era esa clase de hombre!

A pesar de que llevaba unos pantalones vaqueros perfectamente respetables y una camisa, tuvo la repentina sensación de que él podía penetrar en su ropa con la mirada, hasta su misma piel, que ya conocía cada curva de su cuerpo, cada secreto oculto, cada uno de sus puntos débiles. No estaba acostumbrada a esa clase de sensaciones y se sintió indefensa.

-Si ha venido para las clases particulares, me temo que ha llegado un poco tarde.

Petra no había esperado el abierto cinismo en su voz, y tanto eso como la mirada que le estaba dirigiendo le atravesaron la piel como un hierro incandescente. Sospechó que en sus palabras vibraba el desprecio de varias generaciones de férrea masculinidad frente a cierto tipo de mujeres de moral disipada.

-La verdad es que no necesito clases -replicó, de nuevo en posesión de su orgullo.

Había aprendido windsurf en su adolescencia y, sí bien él nunca lo sabría, había alcanzado un alto nivel competitivo.

-¿No? Entonces, ¿qué es lo que está buscando? -preguntó con sarcasmo, conocedor de la respuesta, y su tono la conmocionó.

¡Petra comprendía la excitación que esas mujeres habían demostrado hacia él! Poseía una cierto aura, un magnetismo sexual que embriagaba los sentidos. El control y la confianza se insinuaban de un modo burlón ante la certeza que lo llevaba a considerarse capaz de sojuzgar su voluntad si se lo propusiera, perfectamente consciente del efecto que tenía sobre su sexo. Era la clase de hombre cuya sola existencia delataba con nitidez la presencia de un inminente peligro, de orden masculino, en cualquier idioma. Y esa era precisamente la razón que lo hacía ideal para su propósito, recordó mientras se debatía frente al vergonzoso impulso que la empujaba a escapar corriendo mientras tuviera alguna opción.

Molesta ante su propia debilidad, rechazó esa posibilidad. A lo largo de su vida había hecho frente a una buena colección de hombres, en virtud de una amplia lista de motivos, y de ninguna manera pensaba dejarse amilanar por ese.

Aunque fuera la primera vez que se sentía tan consciente de la sexualidad de un hombre, que apenas podía respirar; el aire que los rodeaba estaba impregnado con la testosterona pura de un cazador solitario.

Ignoró sus propios sentimientos, respiró hondo y tomó la palabra.

-Quisiera hacerte una proposición -dijo.

Petra dedujo que, en el silencio que siguió a su declaración, tendría que haberse desplazado ligeramente porque ahora podía verle la cara. Y lo que vio hizo que el aire se congelara en sus pulmones. Había observado durante el día que poseía el clásico atractivo que no podía imitarse ni conseguirse en un gimnasio, pero ahora asumía que sus rasgos eran tan genuinamente perfectos que habrían arrancado lágrimas de envidia a los mismísimos dioses del Olimpo.

Tan solo permanecía oculto el color de sus ojos. Pero estaba segura de que, en virtud de su pigmentación, tenían que ser marrones. ¡Marrones! Petra se permitió un mínimo descanso. Los hombres de ojos marrones nunca la habían atraído. Secretamente siempre había anhelado un hombre con los ojos grises, puros como la plata, desde que se había enamorado de un héroe literario en una novela que había leído en su adolescencia y cuyos ojos eran descritos de ese modo.

-¿Una proposición? -el cínico desinterés del tono de su voz enardeció ligeramente a Petra-. Soy un hombre. Y no me acuesto con mujeres que me lo proponen. Me gusta acechar a mis presas, pero no que me cacen a mí. Claro que, si estás desesperada, puedo facilitarte la dirección de algunos locales donde quizá tengas más suerte.

Mientras sus dedos se cerraban sobre sí mismos hasta dibujar dos pequeños puños. Petra tuvo que reprimir la instintiva tentación de reaccionar ante su insulto a la manera clásica de las mujeres. Por muy satisfactorio que en principio pudiera ser abofetearlo, no resultaría

muy beneficioso para llevar su plan a buen puerto. Al menos la actitud del tipo confirmaba que se trataba de un depredador sexual. En ningún caso la clase de hombre que un futuro marido quisiera ver en compañía de su futura esposa. En definitiva, era el hombre perfecto para su plan.

-No se trata de esa clase de proposición -negó con firmeza.

-¿Ah, no? ¿Y de qué se trata? -preguntó con voz retadora.

-Es una proposición legal y que está bien pagada -se apresuró a decir, cruzando los dedos, esperanzada en que sus palabras hubieran picado su curiosidad.

Se había desplazado nuevamente. Ahora le había llegado el turno a ella de desvelar sus rasgos, iluminada por las luces decorativas del puerto deportivo.

No era una persona vanidosa, pero sabía que la mayoría de los hombres la encontraban atractiva. Pero la expresión del monitor no reflejaba esa impresión. Se sintió vulnerable bajo la mirada fría de él y se refugió instintivamente en las sombras, los brazos alrededor del cuerpo.

-Parece fascinante -replicó él, lacónico, en tono de burla-. ¿Qué tengo que hacer?

-Tienes que acosarme y seducirme -explicó algo más relajada-. ¡Y debe ser público y notorio!

Durante un instante obtuvo la satisfacción que le proporcionó la sorpresa reflejada en su rostro. Abrió los ojos de par en par hasta que recuperó el control.

-¿Seducirte? -repitió él.

Y entonces fue ella quien se sorprendió, de un modo muy desagradable, mientras apreciaba la sequedad de su tono abrupto, exageradamente agudo.

-Solo en apariencia -apuntó entonces, antes de que él dijera algo más-. Solo quiero que finjas que me seduces.

-¿Quieres que finja? ¿Por qué? -preguntó sin rodeos-. ¿Acaso quieres poner celoso a tu pareja? ¿Se trata de eso?

-No, no es eso -dijo, la mirada fija en él-. Quiero pagarte para que te asegures de que mi reputación queda... en entredicho.

Durante un momento Petra observó su expresión y se preguntó qué significaban exactamente el profundo surco en su frente y la absoluta inmovilidad de su cuerpo.

-¿Puedo preguntarte cuál es el motivo de que quieras perder tu reputación?

-Puedes preguntarlo -señaló Petra-. Pero no tengo la menor intención de contártelo.

-¿No? Bien. En ese caso, no me interesa ayudarte. Ya se estaba alejando de allí y Petra se sintió presa del pánico.

-Estoy dispuesta a pagarte cinco mil libras -gritó.

-Diez mil y, en ese caso, quizá tengamos un acuerdo -deletreó lentamente mientras se detenía y daba media vuelta.

Diez mil libras. Petra empezó a ponerse enferma. Sus padres le habían dejado un fondo fiduciario muy generoso, pero no podría disponer de ese dinero hasta que cumpliera veinticinco, y no había manera de que pudiera sacar una cantidad tan desorbitada sin la aprobación de los administradores de su fortuna. Y uno de ellos era su padrino, cuya presencia la obligaba a llevar a cabo su plan en primer lugar.

Su cuerpo se desplomó ante la inevitable derrota.

El monitor seguía alejándose de ella y casi había alcanzado el extremo de la playa. En unos segundos habría desaparecido.

Tragó saliva, teñida con el amargo sabor de su propia derrota, y se alejó en dirección contraria.

Capítulo 2

Decidida a renunciar a la tentación de verlo desaparecer en la noche, Petra Fijó la mirada en el mar.

Mucha gente, al verla por primera vez, asumía que por sus venas corría sangre española o italiana. Su piel poseía una cálida coloración crema y su pelo, castaño oscuro, era fuerte y lustroso. Su estructura ósea era elegante y delicada, levemente patricia. Tan solo sus brillantes ojos verdes y la rectitud de su pequeña nariz, en combinación con su naturaleza apasionada, delataban sus genes de origen celta, herencia de los antepasados irlandeses de su padre. Muy pocas personas sabían que sus peculiares rasgos nacían de la exótica mezcla de esos genes con la sangre beduina de su madre.

Podía sentir la brisa marina acariciando su cabello y la incipiente piel de gallina en todo su cuerpo. Pero no fue nada comparado con la intensa emoción que emergió en su interior al sentir, de pronto, la presión de una mano masculina sobre su nuca.

-Entonces, digamos cinco mil libras... y el motivo -susurró una voz sedosa que ya le resultaba familiar.

¡Había vuelto! Petra no sabía si debía regocijarse o sentir pánico.

-¡No admito regateos! -anunció la misma voz aterciopelada-. Cinco mil y el motivo, o no habrá trato.

Petra sentía que tenía la garganta seca. No quería decírselo, pero ¿qué otra opción le restaba? Y además, ¿qué daño podía hacer?

-Está bien.

¿Qué estaba provocando que su voz sonara tan trémula? ¿No sería el hecho de que su mano siguiera firme sobre su nuca?

-Estás temblando -dijo, tan preciso a la hora de adivinar sus sentimientos que su intuición alarmó a Petra-. ¿Por qué? ¿Tienes miedo? ¿Estás excitada?

Al tiempo que alargaba deliberadamente las palabras en un interminable susurro, acarició con el pulgar el lateral de su garganta y atrapó su pulso nervioso.

Petra se libró de su cercanía con firmeza y se mostró resolutiva.

-¡Nada de eso! Solo tengo un poco de frío.

Adivinaba la crueldad burlona reflejada en la curva de sus labios.

-Por supuesto -accedió-. Así pues, ¿quieres que, públicamente, te acose y te seduzca?

Parecía que, de pronto, se hubiera cansado de atormentarla. ¡Pero ese hombre no era ninguna mascota doméstica acurrucada junto a la chimenea! Había algo indómito y salvaje, decididamente peligroso, en cada una de sus acciones, una advertencia camuflada bajo la burla aparente.

-¿De qué se trata? ¡Dímelo!

Petra tomó aire y respiró hondo.

-Es una larga historia, muy complicada -advirtió.

-¡Adelante!

Petra cerró los ojos un instante y trató de ordenar sus pensamientos con lógica. Después volvió a abrirlos y tomó la palabra.

-Mi padre era un diplomático estadounidense. Conoció a mi madre aquí, en Zuran, donde lo habían destinado. Se enamoraron, pero el padre de ella no aprobaba la relación. Tenía otros planes en mente para su hija. Cree que es deber de su hija ofrecerse como moneda de cambio en el imperio empresarial de la familia.

Mientras hablaba podía sentir la rabia y la amargura en su propia voz, igual que sentía cómo esos sentimientos crecían en su interior, una mezcla de un dolor muy antiguo al recordar a su madre y un dolor nuevo, propio y terrible.

-Mi abuelo renunció por completo a su hija después de que se escapara con mi padre. Y también prohibió a su familia, los hermanos de mi madre y sus esposas, que mantuviera relación alguna con ella. Pero mi madre me lo contó todo. ¡Y hasta qué punto había llegado su crueldad! -dijo, la mirada encendida. Mis padres vivían bendecidos por una inquebrantable felicidad, pero fallecieron en un accidente cuando yo tenía diecisiete años. Me fui a vivir a Inglaterra con mi padrino que, al igual que mi padre, era diplomático. Así se conocieron, mientras mi padrino estaba destinado aquí, en Zuran, en la embajada británica. Todo iba bien. Terminé mis estudios en la universidad, viajé junto a mi padrino, trabajé para una agencia de ayuda humanitaria y estaba... estoy planeando hacer un curso de postgrado. Pero, ahora... Hace poco, mi tío vino a Londres y se puso en contacto con mi padrino. Le dijo que mi abuelo deseaba verme. Y que quería que viniera a Zuran. Yo no quería saber nada de él. Sabía lo mucho que había herido a mi madre. Ella nunca perdió la esperanza de que algún día él la perdonaría, que contestaría sus cartas, que aceptaría hacer las paces, pero nunca cedió. Ni siquiera cuando murieron.

Los ojos de Petra se inundaron con lágrimas de rabia y dolor, pero prosiguió su relato con determinación.

-Mi padrino me rogó que pensara en ello. Me dijo que esa hubiera sido la voluntad de mis padres, en virtud de la reconciliación con la familia. Me dijo que mi abuelo era uno de los principales accionistas de este complejo y que había sugerido que nos alojáramos aquí para que así pudiéramos conocernos mejor. Estaba decidida a rechazar su oferta, pero... -hizo una pausa y sacudió la cabeza-. Sentía que, por la memoria de mi madre, tenía que venir. Pero si entonces hubiera sabido la auténtica razón por la que me han hecho venir...

-¡La auténtica razón! -intervino él con una brusquedad que hirió las emociones de Petra, a flor de piel.

-Sí, el verdadero motivo -reiteró con amargura-. El día que llegamos vino a vernos mi tío con su mujer y su hijo, mi primo Saud. Tan solo tiene quince años, y... Me dijeron que mi abuelo no se encontraba bien, que sufría del corazón y que su médico le había recomendado reposo absoluto y nada de emociones fuertes. Yo creí en su palabra. Pero entonces, cuando nos quedamos a solas. Saud descubrió accidentalmente el pastel. No pensaba que yo desconociera la verdadera razón de mi presencia.

Petra movió la cabeza de lado a lado al sentir que la voz le temblaba nuevamente.

-Nada más alejado de sus intenciones que estrechar los lazos con la familia y rectificar todo el daño que le había hecho a mis padres. ¡Me ha hecho venir hasta aquí porque quiere casarme con uno de sus socios! E, increíblemente, mi padrino cree que es una buena idea. Al principio trató de convencerme de que había interpretado erróneamente las palabras de Saud, pero de hecho cree que es tan buena idea que ahora está incomunicado en el Este, en misión diplomática, ¡y tiene mi pasaporte! Quiere que conozca al tipo y le dé una oportunidad -e imitó el acento británico de su padrino-. «Quizá te guste después de todo. Fíjate en la nobleza británica. Todos los matrimonios son convenidos y, en general, los resultados han sido muy satisfactorios».

-Todas esas tonterías del amor. No siempre funciona. ¿sabes? Y, según las palabras de tu tío, parece que ese jeque Rashid y tú tenéis muchas cosas en común. Una herencia cultural parecida. Buenas relaciones con la Oficina de Asuntos Exteriores y el Primer Ministro. Muy inteligente en este terreno, ya sabes. Me ha contado un pajarito que la Casa Blanca apoya incondicionalmente la idea.

-¿Tu abuelo quiere que te cases con un compatriota de Zuran, colega suyo en los negocios, como muestra de buenas relaciones, por motivos diplomáticos? ¿Es eso lo que intentas decirme? -interrumpió él.

Petra reconoció el cínico escepticismo en su voz y no lo culpó por esa reacción.

-Bueno, mi padrino desearía que pensara que esa es la única motivación para ese comportamiento, pero mi abuelo no es así de altruista -replicó, mordaz.

-Gracias a lo que he podido sonsacar a mi primo Saud, mi abuelo quiere casarme con ese compatriota porque, además de ser accionista de este complejo, parece ser que está en muy buenas relaciones con la Familia Real de Zuran, ¡nada menos! Mi madre estaba destinada a contraer matrimonio, en principio, con un primo segundo de la Familia Real, antes de conocer y enamorarse de mi padre. Mi abuelo

consideraba ese enlace muy prestigioso y estaba seguro de que le reportaría pingües beneficios. Supongo que ahora solo piensa en atar los cabos sueltos conmigo y que ocupe el lugar de mi madre para satisfacer su ambición y su avaricia.

-¿Acaso tu herencia mixta te molesta? -preguntó, y eso desconcertó a Petra.

-¿Si me molesta? -se tensó, presa de la furia y el orgullo-. ¡No! ¿Por qué iba a molestarme? Me siento orgullosa de ser el fruto del amor de mis padres y orgullosa también de mí misma.

-Me has mal interpretado. La molestia a la que me refería nace de la mezcla volátil de la frialdad del norte con el fuego del desierto. La sangre sajona mezclada con la sangre beduina, la llamada de las raíces y la fuerza que alimenta a los nómadas. Todo lo que rodea dos polos tan opuestos. ¿Nunca te has sentido desgarrada, atraída hacia lados opuestos por dos culturas diferentes? ¿Parte integrante de ambas y, al mismo tiempo, totalmente ajena?

Sus palabras resumían con tanto acierto los sentimientos que la habían atormentado desde su más tierna infancia que se quedó sin capacidad de respuesta. ¿Cómo podía calibrar con tanta exactitud su estado de ánimo? Sintió cómo se le erizaba el vello de todo el cuerpo. Estaba frente a una presencia cuya fuerza no llegaba a comprender, una fuerza y una perspicacia tan desarrolladas que sentía auténtico pavor.

-Yo soy lo que soy -señaló con firmeza, mientras procuraba combatir los efectos que el monitor le causaba.

-¿Y qué es lo que eres?

La ira ensombreció su mirada.

-Soy una mujer moderna e independiente que no permitirá que la manipulen al servicio de los planes de un anciano maquiavélico.

Petra observó cómo él se encogía de hombros.

-Si no quieres casarte con el hombre que tu abuelo ha elegido para ti, ¿por qué no se lo dices? -preguntó.

-No es tan sencillo -se vio forzada a admitir-. Desde luego le he dicho a mi padrino que bajo ningún concepto aceptaré una cita con ese hombre. Y por supuesto jamás me casaré con él. Fue entonces cuando me anunció que tenía que marcharse al Lejano Oriente y que se llevaba mi pasaporte. Dijo que lo hacía para darme tiempo a que conociera a mi abuelo y redescubriera mis raíces, pero conozco sus verdaderas intenciones. Espera que, al dejarme aquí a merced de mi abuelo, este podrá presionarme y convencerme para que acate sus deseos. Mi padrino se jubilará el año próximo y seguro que esperará una gratificación por su intermediación, incluida una boda por todo lo alto con el jeque Rashid, y que el gobierno le otorgue algún título nobiliario en la lista de nombramientos de Año Nuevo. Y lo que

resulta más exasperante es que, según lo que me ha contado mi primo, parece que toda la familia considera que debería sentirme emocionada solo de pensar que... ese... hombre haya aceptado la posibilidad de casarse conmigo -concluyó con amargura.

-Igual que cualquier novia en esas circunstancias -apuntó él con un punto de aburrimiento en su voz-. Comprendo tu reacción con relación a las motivaciones de tu abuelo, pero ¿qué razones tienes para rechazar al marido que te han buscado? ¿Por qué ese tal...?

-Jeque Rashid -intervino Petra con gravedad-. Ese mismo jeque Rashid que, según he oído, no aprueba tus... ¡tus devaneos con los huéspedes femeninos del complejo!

La mirada dura y penetrante que recibió en respuesta obligó a Petra a una explicación inmediata.

-He escuchado a dos mujeres charlar sobre ti durante la comida -dijo, y se detuvo para tomar aliento-. Sobre los motivos del jeque Rashid para casarse conmigo... Es una buena pregunta. Aparentemente tenemos algo en común. Ambos procedemos de una herencia mixta, si bien parece que en su caso su padre le ha otorgado las raíces de Zuran y no su madre. Y lo que es más importante, la Familia Real de Zuran considera que nuestro matrimonio sería una gran idea. Mi padrino dice que sería una gran ofensa por su parte si rechazara un matrimonio que cuenta con el beneplácito real, y una gran ofensa para mí si me rechazara. Conozco la cultura de Zuran y sé que si cualquiera de los dos rompiera el compromiso, una vez que las negociaciones están en marcha, se consideraría un insulto imperdonable. Y del mismo modo se que, si existiera alguna razón para suponer que yo no fuera moralmente digna de él, estaría en su derecho para renunciar a mí.

-Un número notable de suposiciones -comentó él con ironía.

Petra lo fulminó con una mirada llena de furia antes de retomar la palabra.

-¿Estás sugiriendo que todo esto no son más que imaginaciones mías? En ese caso, ¡no tiene sentido que malgastemos nuestro tiempo!

El monitor ofreció una media sonrisa conciliadora a modo de disculpa.

-¡De acuerdo! Entiendo tus motivaciones, pero ¿por qué me has elegido a mí?

Petra se encogió de hombros en actitud algo cínica.

-Tal y como te he dicho, escuché a un par de mujeres charlando sobre ti y, a tenor de sus palabras, parecía claro que...

-¿Qué? -la animó a seguir tras la inquietante pausa.

-Tienes cierta reputación a la hora de conceder favores a las mujeres que se alojan aquí. De hecho -añadió, la barbilla alta en actitud algo

desafiante-, tu comportamiento es tan flagrante que ya has recibido alguna reprimenda por parte del... jeque Rashid. ¡Y tu puesto de trabajo está en peligro!

Petra sintió un leve escalofrío.

-No sé cómo esas mujeres pueden degradarse hasta ese punto. Quizá no esté a favor de un matrimonio de conveniencia, pero bajo ninguna circunstancia traicionaría mis principios a cambio de un pequeño escarceo sexual, un... ¡un revolcón barato!

De pronto, en plena oscuridad, Petra tuvo perfecta consciencia de la mirada del monitor clavada sobre ella.

-Entiendo... Así que no deseas un matrimonio convenido ni tampoco un revolcón barato. ¿Y qué es lo que quieres?

-¡Nada! -al girar la cabeza apreció la expresión burlona de él y se apresuró a defender su postura-. Quiero decir que no quiero nada de eso hasta que no conozca a un hombre que...

-¿Qué cumpla con tus expectativas? -sugirió, burlón.

Ella sacudió la cabeza.

-Por favor, no me adjudiques cosas que no he dicho. Me refería a un hombre al que pueda amar y respetar. Un hombre con quien desee comprometerme en el terreno emocional, mental, espiritual y sexual. Una relación plena, igual a la relación que tuvieron mis padres -explicó con verdadera pasión-. Esa es la clase de relación que busco, y espero que algún día mis hijos puedan aspirar a algo similar.

-Una empresa difícil en los tiempos que corren -replicó con crudeza.

-Es posible, pero creo que vale la pena luchar por algo así -indicó Petra con convicción.

-¿Y no te asusta que, si alguna vez encuentras ese dechado de virtudes, se sienta disuadido al conocer que tu reputación ha sido...?

-No -lo interrumpió con suavidad-, porque si me quiere me aceptará tal como soy y comprenderá mis valores. Y además... -se detuvo, súbitamente consciente de la proximidad de sus cuerpos, la cara roja, mientras recitaba mentalmente que el hecho de que nunca hubiera estado con un hombre y todavía fuera virgen otorgaría todas las respuestas al hombre que reclamara su amor-, ¿a qué vienen esas preguntas?

-No hay ninguna razón concreta -repuso, lacónico.

Petra sentía, en medio de la oscuridad, cómo él evaluaba sus respuestas.

-Bien -dijo el monitor-. Así que me ofreces cinco mil libras para que te persiga, te seduzca y arruine tu reputación públicamente.

-Para que finjas que lo haces -corrigió ella de inmediato.

-¿Qué ocurre? -se burló-. ¿Te acosan malos pensamientos?

-¡Por supuesto que no! -negó indignada, pero enseguida boqueó asombrada mientras él avanzaba un paso y la tomaba en sus brazos-

¿Qué estás haciendo?

El cuerpo del monitor desprendía un aroma que mezclaba el aire fresco de la noche con el cálido perfume de su piel, una mezcla del calor del desierto y el misterio de la noche, y ella tembló desvalida ante tanta masculinidad. Después, él bajó lentamente la cabeza hacia ella hasta que tapó las luces, y el brillo hipnótico de sus ojos congeló sus movimientos.

-¡Tenemos un trato! ¡Una ganga! -sintió Petra que él murmuraba contra sus labios-. Y ahora debemos sellarlo. En tiempos remotos, en el desierto, esta clase de pactos se sellaban con sangre. ¿Crees que debería pincharte en la piel para liberar la sangre de tus venas y que se mezclara con la mía? ¿O bastará con esto?

Antes de que Petra pudiera protestar él la estaba besando y el aire apenas le llegaba a los pulmones. Tuvo que reconocer que su primera impresión había sido exacta. Era tan rápido y ágil como una pantera. Y su ataque resultaba letal.

Un leve gemido de frenesí se insinuó en su garganta mientras su cuerpo, indefenso, respondía ante la maestría de ese beso. Había acertado al temer la pasión arrolladora que sugería el grueso labio inferior. Existía una cierta aspereza en su piel que arañaba su propia piel y tuvo que frenar el impulso de su mano, instintivamente atraída hacia ese rasgo de inexcusable hombría. Al liberar sus labios sintió, en virtud de alguna vergonzosa razón inexplicable, que estaban abocados a su boca. El pánico invadió su ánimo y, antes de que pudiera impedirlo, le mordió el labio con orgullo, desafiante.

La impresión del sabor de su sangre en su lengua paralizó por completo a Petra.

Mientras aguardaba, en plena tensión, las represalias sintió su mano enroscándose en su delgado cuello.

-Entonces, ¿prefieres que, después de todo, sellemos nuestro pacto con sangre? Ya veo que tu herencia de estas tierras es mayor de lo que imaginaba.

Y entonces, antes de que pudiera moverse, nuevamente su boca aplastaba sus labios con una presión que se alejaba de cualquier cosa que hubiera experimentado en el pasado. Petra podía saborear su sangre, sentía la rugosidad aterciopelada de su lengua, discernía el frenesí de una tormenta del desierto en su propio latido y el despiadado efecto del sol de mediodía irradiaba de la mano que él mantenía sobre su cuello.

En ese instante, de pronto, se retiró y mientras levantaba la cabeza durante unos segundos Petra obtuvo, por primera vez, una visión completa de su rostro perfectamente iluminado.

Tenía los ojos abiertos de par en par. Petra descubrió conmocionada que, después de todo, no los tenía marrones oscuros, tal y como había

imaginado, sino que eran del más puro gris plata.

-Disponemos de toda la mañana para nosotras, Petra. He pensado que te apetecería ir de compras. Hay un centro exclusivo dedicado a la moda aquí cerca, con algunas tiendas de diseño maravillosas, y...

Petra tuvo que hacer un enorme esfuerzo de concentración para atender el discurso de su tía.

Se había ofrecido la noche anterior para enseñarle la ciudad y algunas de sus tiendas. A pesar de lo que pudiera pensar acerca del comportamiento de su abuelo, Petra no podía evitar que le gustase su tía política, pese a que hubiera sido la primera en hablarle después de que su padrino se hubiera marchado.

-Tu abuelo sabe que debes de estar muy desilusionada por culpa de las restricciones de su médico, que le han impedido venir a verte en persona. Y por eso ha preparado un encuentro con un...amigo de la familia que... es un inversor mayoritario en el hotel, para que te acompañe a lo largo del complejo turístico y sea tu guía en el país. Estoy segura de que te gustará Rashid. Es un hombre encantador y muy educado.

Petra había tenido que morderse la lengua para no espetar a su tía que sabía perfectamente quién era ese Rashid, ¡gracias a las inocentes revelaciones de Saud!

Había pasado prácticamente toda la noche en vela, rememorando todo lo acontecido en la playa, preguntándose cómo había sido tan estúpida para permitirlo. Y solo de madrugada había concillado el sueño. Ahora tenía los ojos hinchados.

La sensación de pesadez junto a la crispación nerviosa que la había mantenido en vilo había terminado por dejarla exhausta y lo último que le apetecía era salir de tiendas. Además, ¿qué pasaría si él intentaba ponerse en contacto con ella? ¿Haría eso o aguardaría que ella lo buscara en la playa y quizá se lanzara a sus brazos con la misma actitud desvergonzada que, según había oído, habían adoptado las otras mujeres? Ese pensamiento le provocó náuseas en la boca del estómago. Pero recordó que su trato consistía en que él fuera tras ella. Y una voz en su interior, teñida de peligro, le susurró que además debía seducirla...

Seducirla. Un escalofrío recorrió todo su cuerpo y su tía se volvió hacia ella, preocupada por si tenía frío.

-¿Frío? ¿A casi treinta grados de temperatura? -rio Petra.

Quizá su tía pudiera recordarle que en Zuran era invierno, pero Petra estaba en la gloria.

-Tu abuelo confía en restablecerse muy pronto para recibirte -prosiguió su tía-. Está ansioso por que llegue ese momento, Petra. No

deja de preguntarnos si te pareces a tu madre...

Petra procuró que no la afectaran las amables palabras de su tía.

-Si realmente le hubiera interesado podría haber salido de dudas hace mucho tiempo, cuando mi madre todavía vivía -apuntó, incapaz de perdonar.

Resultaba tentador descubrir a su tía que conocía el verdadero motivo que la había traído hasta Zuran, pero no deseaba meter en problemas a su primo.

-¿Qué opinas del complejo hotelero? -estaba preguntando su tía para cambiar de tema.

Petra sopesó la idea de soltar una mentirijilla, pero su conciencia no se lo permitió.

-Es deslumbrante -admitió-. Claro que todavía no lo he explorado a fondo. Es casi tan grande como una ciudad. Pero todo lo que he visto...

Sobre todo le había gustado el diseño tradicional de las áreas que conectaban el hotel con el resto de las zonas. Había pequeños patios privados repletos de plantas aromáticas y árboles frutales. La música del agua de las fuentes había recordado a Petra el estilo mozárabe de las ciudades del sur de España y las imágenes que su madre le había enseñado de los palacios árabes.

-Tienes que decírselo a Rashid cuando te enseñe todo esto. Claro que, desafortunadamente, pasarán varios días hasta que tenga tiempo. Esta mañana mandó un mensajero a tu abuelo para decirle que tenía que atender asuntos urgentes relacionados con la Familia Real... Otro proyecto en el que trabaja, en el desierto.

-¿Trabaja? -repitió Petra, que no ocultó su incredulidad.

A tenor de lo que le había contado su primo, su futuro pretendiente parecía suficientemente rico como para ejercer algo tan mundano.

-¡Sí, ya lo creo! -le aseguró su tía-. Además de ser socio mayoritario del complejo, también lo diseñó. Es un arquitecto muy calificado y está muy solicitado. Se preparó en Inglaterra. El deseo de su madre era que estudiara allí y, tras su muerte, su padre honró el deseo de su esposa.

¡Un arquitecto! Petra frunció el ceño. Pero no quería mostrar el menor interés por un hombre al que ya había decidido despreciar.

-Parece que se trata de un hombre muy ocupado -señaló a su tía-. La verdad es que no hace falta que renuncie a su preciado tiempo para enseñarme el complejo. Puedo recorrerlo sola sin ningún problema.

-No, no debes hacer eso -replicó su tía cuando se quedaron solas.

-¿No? Entonces, ¿podría acompañarme Saud? -preguntó Petra, burlona.

-¡No! Es mejor que Rashid te acompañe. Al fin y al cabo él diseñó el complejo y podrá responder a todas tus preguntas mejor que nadie.

-¿Y su esposa? -preguntó Petra con inocencia-. ¿No la molestará que su marido me dedique el tiempo libre?

-No está casado -indicó su tía apresuradamente-. Seguro que te gusta, Petra. Tenéis mucho en común y...

Se detuvo cuando sonó su teléfono móvil. Se levantó las faldas para buscar el aparato. Mientras Petra escuchaba cómo su tía conversaba en árabe, observó la creciente ansiedad reflejada en su rostro.

-¿Qué ocurre? -preguntó en cuanto terminó de hablar-. ¿Se trata de mi abuelo? Está...

Furiosa consigo misma ante una reacción tan imprudente y por su repentina preocupación, Petra dejó de hablar y se mordió el labio.

-Era tu tío -dijo su tía-. Tu abuelo ha sufrido una recaída. ¡Sabe que tiene que guardar reposo, pero no está dispuesto! Tengo que volver a casa, Petra. Lo lamento.

Durante un instante Petra se vio tentada a solicitar que le permitiera acompañarla, que le dejara visitar a su abuelo, su familiar más cercano. Pero enseguida reprimió esas incómodas emociones y superó su debilidad. Su abuelo no significaba nada para ella. ¿Cómo podía ser de otro modo si ella no significaba nada para él? No podía olvidar el pasado y los planes que tenía para ella. En ningún caso suplicaría para que le permitieran visitarlo. Su madre lo había hecho toda su vida y había sufrido el dolor terrible del rechazo. ¡Bajo ninguna circunstancia dejaría que su abuelo le dispensara a ella, Petra, el mismo trato!

Un taxi dejó a Petra en la entrada del hotel y se dirigió hacia el vestíbulo. Tenía todo el día por delante y el abanico de posibilidades era muy amplio.

El complejo tenía su propio zoco, repleto de artesanos que creaban y vendían objetos tradicionales de irresistible belleza. También podía optar por un paseo en góndola a lo largo de los canales artificiales que cruzaban el complejo. O podía perderse en la tranquilidad de sus jardines. Claro que también podía relajarse sin más en alguna de las asombrosas piscinas de diseño, incluida una creación de vanguardia, o decidirse por alguna de las playas privadas que pertenecían al complejo.

Se llegaba a las piscinas y a las playas a través de un túnel hecho a mano que transitaba por debajo del nivel del vestíbulo, donde se podía caminar o subirse a un cochecito de playa.

Una vez allí, tal y como Petra había descubierto, un amable empleado se encargaría de colocar su toalla en la tumbona que hubiera elegido. Situaría una sombrilla en la posición ideal antes de avisar a un camarero en el caso de que ella quisiera tomar algo.

Ninguna posible necesidad del huésped se había dejado al azar en la planificación del complejo o en la formación de la plantilla. Petra había viajado por todo el mundo en compañía de sus padres, junto a

su padrino e incluso sola. Y estaba segura de que no recordaba ningún otro sitio en el que los deseos del cliente se cumplieran con tanto entusiasmo y con tanto mimo como allí.

Claro que ella no estaba allí de vacaciones. Aunque sus mejores amigas hubieran insistido en llevarla de compras por las tiendas más elegantes de Londres antes de su marcha para equiparla con un ropero elegante durante su estancia.

Sin olvidar su innata modestia y el país al que se dirigía, Petra había rechazado los modelos más extravagantes que sus entusiastas amigas habían elegido para ella. Claro que, después de comprobar los gustos del resto de los huéspedes del hotel, podría haber elegido los bikinis más atrevidos y todavía se hubiera sentido decentemente vestida en comparación con algunas de ellas.

Sin embargo se había decantado por elegantes conjuntos de playa, en lino, bastante discretos, y varios vestidos de noche, incluido un traje pantalón de diseño totalmente irresistible, en color crema tostada, en seda y satén. Tanto la empleada como sus amigas habían intentado convencerla, en vano, para que lo llevara con la chaqueta a juego prendida con un solo botón sobre el busto desnudo.

-Tienes la figura perfecta para lucirlo así -había señalado la dependienta y sus amigas habían asentido, perversas.

Pero Petra se había negado y había añadido a sus compras un chaleco de seda en color crema con ribetes dorados.

Una media sonrisa de arrepentimiento se dibujó en sus labios al recordar los intentos de la más lanzada de sus amigas, decidida a persuadirla para que comprara un vestido muy moderno que había visto en una boutique de Londres. Se trataba de una camiseta con borlas y flecos que dejaba la espalda al aire y unos pantalones de seda, por debajo de las caderas, que enseñaban el ombligo. Había justificado la elección, entre bromas, diciendo que sería perfecto en un país que celebraba el arte de la danza del vientre.

Petra no se tomó demasiado en serio esos comentarios. Su sonrisa se agrandó mientras se rozaba con los dedos el vientre plano. Oculto bajo su ropa estaba el pequeño diamante para el ombligo que se había comprado justo antes de abandonar su casa como recambio del que había llevado mientras su piel sanaba tras la pequeña perforación.

Nadie, ni siquiera sus amigas, conocían el salvaje impulso desafiante que la había empujado a perforarse el ombligo el día después de que su padrino doblegara su oposición y la convenciera para acudir a Zuran.

Secretamente, Petra tenía que admitir que había algo peligrosamente decadente y atractivo en el modo en que el pequeño diamante brillaba cada vez que la luz incidía sobre él. Claro que era algo que nunca nadie llegaría a ver, igual que nunca nadie conocería

su reacción de rebeldía cuando había tenido que acceder a los deseos de su abuelo para visitarlo.

Frunció el ceño al pensar en su abuelo. ¿Su enfermedad sería realmente grave? Había asumido, en función de la aparente calma mostrada por su tío, que no se trataba de algo preocupante.

¿Estaba tan enfermo cómo creía su tía? ¿O solo se trataba de un truco para manipular sus emociones y presionarla? Petra estaba decidida a no ceder ni un ápice frente al déspota que había infringido tanto dolor a su madre. Estaba segura de que no hacía sino jugar al gato y al ratón con ella, un juego en el que su madre le había advertido que era un maestro, utilizando su mala salud como una cortina de humo para ocultar sus verdaderos planes. Una actitud así. naturalmente, había picado el orgullo de Petra. Ahora tenía todas las alarmas encendidas y mostraba su cara más hostil. Pero ¿y si estuviera equivocada? ¿Y si su abuelo estaba realmente enfermo?

Si bien le había resultado imposible no emocionarse ante el cálido recibimiento que le habían dispensado sus tíos y su preocupación ante el hecho de que ella se sintiera marginada frente a su supuesto anhelo por conocer a su abuelo, la antipatía frente a él había crecido por culpa de su manipulación emocional, y su corazón se había endurecido todavía más.

Tenía los motivos del mundo para desconfiar de él y despreciarlo. Entonces, ¿por qué se sentía abandonada y rechazada, excluida del círculo familiar que lo había rodeado, ansioso por protegerlo? ¿Por qué experimentaba esa misma ansiedad y esa urgencia por conocer la verdad? ¿Por qué sentía tanto dolor y tanta pérdida?

Sabía que sus tíos telefonearían al hotel si lo considerasen necesario. Pero eso no equivalía a tener presencia física, no era como formar parte de todo aquello y sentirse totalmente aceptada.

Una familia pasó junto a ella en el vestíbulo del hotel, camino de la sala de música. Tres generaciones charlando animadamente. Un profundo sentimiento de angustia creció en su interior. Intentó abortar esos sentimientos. Siempre había sido demasiado vulnerable frente a sus propias emociones. ¡Su herencia celta era la responsable! En contra de su voluntad, comprendió que estaba recordando su infancia. Entonces era consciente de que era diferente, sentía el dolor de su madre y sabía que no podía hacer nada para aliviar esa pena. Sentía envidia de los otros niños cuando hablaban con plena confianza de sus adorables abuelos.

Advirtió que estaba permitiendo que sus sentimientos minaran su sentido común. ¡Su abuelo le había hecho venir por una única razón y no tenía nada que ver con que sintiera adoración por ella! Ella no era más que una pieza valiosa en el intrincado juego del que disfrutaba manejando vidas ajenas en beneficio de su propia codicia.

Pero si estaba enfermo… realmente grave… si… le pasara algo antes de que llegaran a conocerse…

Petra tragó saliva con dificultad y se encaminó hacia el ascensor. Subiría a su habitación y decidiría cómo pasar el resto del día.

La suite que su familia le había reservado era muy lujosa y suficientemente amplia para alojar a toda una familia. No solo disponía de un cuarto de baño enorme con la ducha más grande que hubiera visto en toda su vida, además de una bañera de hidromasaje a un nivel inferior, sino que también tenía un vestidor independiente y un dormitorio con la cama más grande en la que jamás hubiera dormido. Y encima disponía de una terraza privada con vistas a uno de los jardines vallados.

Entró en la suite y avanzó hacia el tocador. Dejó el bolso sobre la mesa y se inclinó para mirarse en el espejo. Se quedó de piedra cuando vio la cama reflejada en el espejo y, sobre todo, al hombre tumbado en la misma. ¡Era su falso conquistador y cómplice de su crimen! Tenía las manos bajo la nuca mientras la miraba y estaba desnudo salvo por la toalla que llevaba enrollada en la cintura. Unas gotas diminutas todavía brillaban sobre la piel, revelando que lo más probable era que acabara de salir de la ducha. Petra estaba atónita, los ojos cada vez más abiertos, y se volvió para mirarlo fijamente, presa de la incredulidad.

Su suite, al igual que las demás en ese mismo piso y las suites palaciegas en el piso de arriba, disponía de un ascensor privado que solo funcionaba con una tarjeta de seguridad distinta. Pero Petra sospechó que para un hombre como aquel todo era posible. En pleno trance, observó cómo se incorporaba de la cama.

Si esa toalla que se ceñía a su cuerpo de un modo tan precario se deslizara…

Presa de los nervios, Petra se humedeció los labios con la punta de la lengua. Advirtió, en un arrebato de incontrolado de fuego interior, que él tenía una cicatriz reciente en la boca. Hipnotizada, trató de apartar la vista de esa herida… de él…

¿Acaso alguien había apagado el aire acondicionado? Estaba algo mareada. De pronto le pareció que la habitación estaba demasiado caldeada…

Se estaba acercando a ella y en apenas unos segundos… Instintivamente, se echó hacia atrás.

Capítulo 3

Petra escuchó su propia voz, espesa y tenida de pánico, pero no se reconoció.

-¿Qué estás haciendo aquí?

Hubiera jurado que su estado de nerviosismo le resultaba divertido. Había un brillo significativo en su mirada mientras tomaba la palabra.

-Te estoy esperando, desde luego.

-Aquí dentro... y, ¿con esa pinta? -balbució, llena de indignación-. ¿Y si hubiera venido acompañada por alguien como... mi tía?

Él se encogió de hombros sin concederle mucha importancia a su suposición.

-En ese caso te habrías salido con la tuya, ¿no? Además, tengo que hablar contigo, y necesitaba una ducha. Me pareció una buena idea matar dos pájaros de un tiro.

Parecía sentirse tan cómodo en su suite que Petra se sintió como la intrusa. Decidió que no valía la pena interrogarlo acerca del modo en que había tenido acceso a su habitación.

-También podrías haberte duchado en tu propia habitación -señaló con firmeza-. Y en cuanto a nuestra charla, había pensado pasarme por la playa más tarde.

-Más tarde habría sido demasiado tarde -replicó-. Hoy tengo la tarde libre. Y con relación a mi habitación, ¿crees sinceramente que los empleados disponemos de habitaciones tan lujosas como los clientes?

Petra se había quedado con la garganta seca. La imagen súbita de su figura bajo el chorro del agua en la ducha acudió a su mente. El cuerpo bronceado entre destellos de gotas de agua mientras enjabonaba la simétrica perfección de un abdomen esculpido a fuego, visible ahora por encima de la mínima toalla. Estaba indignada mientras él se paseaba por la suite, ajeno a su escasa indumentaria.

-¿Cómo me has encontrado? -preguntó-. No te dije mi nombre y tampoco sé el tuyo.

-No ha sido difícil. Tu abuelo es un hombre muy conocido.

-¿Es que lo conoces? -inquirió con los ojos muy abiertos.

-¿Crees que un simple empleado temporal podría conocer a un millonario? -arqueó las cejas oscuras.

-¿Y cómo te llamas? -se interesó Petra.

¿Acaso lo había imaginado o había dudado más de la cuenta antes de contestar?

-Me llamo Blaize -respondió.

-¿Blaize? -repitió ella.

-¿Algún problema? -preguntó en actitud desafían-te.

-No, ninguno. Pero había supuesto que habrías nacido en el sur de Europa. Quizá en Italia, en España o en Grecia. Pero tu nombre...

-Mi madre era de Cornualles -dijo con cierta brusquedad.
-¿En serio? -musitó confundida.
-Sí -confirmó, un atisbo de aburrimiento en su voz-. Según mi madre, ¡sus antepasados provenían de una banda de salteadores de barcos!
Salteadores. Eso explicaba en parte la coloración de su piel y la temeridad de su aspecto. Petra recordó que los salteadores de Cornualles habían asaltado los galeones de la Armada Española y que se habían llevado además del oro, a las mujeres de alcurnia que viajaban con sus maridos.
Blaize. La verdad era que le sentaba bien. Blaize.
-Y ahora que hemos terminado con los cumplidos y las presentaciones, quizá podamos centrarnos en asuntos más prácticos. Ese plan tuyo...
-No quiero discutir eso ahora -lo interrumpió Petra-. Por favor, vístete y sal de aquí.
Empezaba a sentirse realmente incómoda, cada vez más agitada y más consciente del efecto que su virtual desnudez le estaba provocando.
-¿Qué ocurre? -preguntó con agudeza-. ¿Has cambiado de idea? ¿Acaso tu familia te ha convencido para que le des una oportunidad al hombre elegido? Al fin y al cabo hay cosas mucho peores que casarse con un hombre inmensamente rico...
-No por lo que a mí respeta -se adelantó Petra-. No puedo imaginarme nada más terrible que... un matrimonio sin amor.
-¿Alguna vez has estado enamorada? -preguntó, y enseguida contestó a su propia pregunta con voz tenue-. No, desde luego. De lo contrario...
Había un brillo en su mirada que no dejaba de acelerar el corazón de Petra. Todavía estaba conmocionada después de encontrárselo en su dormitorio. Y todos sus sentidos seguían reaccionando ante su masculina presencia, arrogante y relajada, apoyado contra la pared con los brazos cruzados sobre el pecho, los músculos de su cuerpo en tensión de un modo que impedía que Petra pudiera apartar la mirada fascinada de ellos.
-El hecho de que yo haya estado alguna vez enamorada nada tiene que ver con nuestro trato -lo recriminó con severidad.
-¿Cuándo se supone que van a presentarte a Rashid?
-¡No lo sé! -Petra frunció el ceño-. Se supone que yo ni siquiera debería conocer los verdaderos planes de mi abuelo. Mi tía ya me ha soltado algunas indirectas muy sutiles acerca de Rashid, asegurándome que es un buen amigo de la familia que se ha ofrecido para... enseñarme el complejo, pero...
Blaize alzó las cejas a modo de interrogación y Petra se vio impelida

a continuar.

-Bueno, parece que no solo ha invertido dinero en este sitio, sino que también ha colaborado en el diseño. Según mi tía es un arquitecto de prestigio.

Petra se preguntó si Blaize distinguía con nitidez las dificultades que tenía para respirar. De ser así, confiaba en que lo atribuyera a los méritos de su futuro pretendiente antes que a la visión de su impresionante figura.

-¿Cuándo tiene previsto enseñarte el complejo?

-No lo sé -se encogió de hombros-. Según me ha dicho mi tía, el jeque Rashid ha tenido que marcharse para atender unos asuntos oficiales.

-Y confías en que cuando regrese tu reputación ya haya sufrido lo suficiente para que se plantee seriamente si quiere tenerte como esposa, ¿verdad? Bueno, si tenemos que llegar a ese punto no deberíamos perder el tiempo -dijo, pero no aguardó su respuesta-. Esta noche todos aquellos que representan algo en la escena social de Zuran saldrán para ser vistos y el lugar elegido es un restaurante del complejo, The Venue. El cocinero posee una estrella Michelin y presume de una sala de música separada en la que los comensales pueden bailar. Creo que deberíamos acudir allí esta noche en nuestra primera aparición pública. Se exige etiqueta y tienen reservado el derecho de admisión, pero en calidad de huésped del hotel y mujer no creo que eso te suponga ningún problema.

-Parece un sitio muy caro -apuntó Petra con ciertas dudas.

-Así es -asintió-. Pero eso no será un problema, ¿verdad? Me dijiste que tu familia había reclamado tu presencia aquí. Eres su invitada ya como clienta del hotel, puedes pedir que carguen la factura a tu habitación...

-¡No, no podría hacer algo así! -rechazó Petra de inmediato, incapaz de ocultar su disgusto y su asombro.

Blaize, lejos de parecer contrariado, se mostrada risueño.

-¿Y por qué no? Tendrás que comer, ¿no?

-Sí, tengo que comer -reconoció Petra-. Pero no puedo confiar en que mi familia se haga cargo de los gastos...

Hizo una pausa mientras buscaba las palabras exactas para expresar sus sentimientos, pero Blaize no tuvo tanta paciencia.

-Empiezo a dudar si tu plan iba en serio o no era más que una chiquillada de la que ahora te arrepientes. Y si es así, estás haciéndome perder el tiempo...

-Hablaba muy en serio -lo interrumpió Petra.

-En ese caso, de acuerdo. Aquí cenamos bastante tarde, así que nos encontraremos en el vestíbulo a las nueve y media. A no ser que prefieras que pase a buscarte por tu suite un poco antes y así

dispongamos de un poco más de tiempo para...

-¡No! -indicó Petra, la cara roja mientras observaba la expresión jocosa de él.

-En este momento, eres el vivo reflejo de una virgen presa de los nervios. ¿Eres virgen? -preguntó.

-No tienes ningún derecho a preguntarme eso -replicó con firmeza, todavía más roja.

-¿Quién lo habría dicho? -Blaize meneó la cabeza de lado a lado-. ¡Esto sí que ha sido una sorpresa! Una virgen que desea mostrarse como una mujer sexualmente disponible. No quieres casarte bajo ninguna circunstancia, ¿verdad?

-Ya te he dicho que no estoy preparada para hablar acerca de mi vida privada.

-Pero quieres que convenzamos a todo el mundo, públicamente, de que yo formo parte activa de esa vida privada. Una parte muy importante e íntima, ¿no?

Había algo en su mirada que le provocaba una mezcla de tensión e indignación. ¿Cómo se atrevía a burlarse de ella de ese modo? Estaba segura de que, de algún modo, había conseguido darle la vuelta a la situación de tal modo que ahora ella había perdido el control y estaba en sus manos. Un escalofrío recorrió su cuerpo como un mal presentimiento. Sabía que estaría en peligro si se comprometía en una situación que escapaba a su control. Pero antes de que pudiera analizar con rigor sus miedos sonó el timbre de la puerta de la suite. El timbrazo activó todas las alarmas en su cabeza y su cuerpo entró en un estado de máxima ansiedad.

-No te preocupes -señaló Blaize con calma-. Será el servicio de habitaciones. He pedido algo de comer.

-¿Has pedido...? -lo miró fijamente y después volvió la mirada frenética hacia la puerta, tras un nuevo timbrazo-. No puedes...

Se detuvo en seco, las mejillas sonrosadas, consciente de que Blaize se estaba riendo de ella.

-¿Sabes? -apuntó-. Creo que esto va a ser muy divertido. ¿Tienes idea de lo tentador que resultar sacarte los colores Señorita Remilgada?

Sin dejar de reírse, se inclinó hacia delante y sostuvo su cara en la mano, acariciando sus labios con su boca antes de soltarla y desaparecer por la puerta del cuarto de baño justo antes de que la puerta de la habitación se abriera y el camarero dejara la bandeja con la comida sobre la mesa.

-¿Tienes miedo?

Petra se giró como un autómata hacia Blaize que, en esos instantes,

salía del cuarto de baño. Todavía llevaba puesta la toalla, sostenía en una mano una maquinilla de afeitar eléctrica y se acariciaba la piel de la barba con la otra. Ella apartó la vista en un gesto rápido. Su corazón inició una pirueta suicida que desembocó en un golpe sordo contra la pared de su pecho.

¿Qué diablos le estaba pasando? Estaba afeitándose. ¿Y qué?

Una voz interior no tardó en responder con femenina indignación y contundencia esa pregunta. Estaba llevando a cabo un acto deliberado de íntima masculinidad, afeitándose en su suite, en su cuarto de baño...

-¡Vaya! Creo que podría acostumbrarme a esto -señaló apreciativamente mientras estudiaba el carrito con la comida-. Sírveme un café, ¿quieres? Solo y sin azúcar.

Y se volvió hacia el cuarto de baño.

¡Sírveme un café! ¿Quién demonios se había creído que era?

-Por cierto -añadió desde el umbral de la puerta del cuarto de baño-, ya he reservado mesa para esta noche en The Venue y les he dicho que lo cargasen a tu habitación. Hemos tenido suerte. Estaban casi al completo. ¿Estás segura que no quieres acelerar los acontecimientos? Podría trasladarme a esta habitación y...

-¡No!

La negativa de Petra resultó una explosiva mezcla de pánico y ultraje, pero lejos de avergonzar a su verdugo pareció divertirlo.

-¿Sabes? -dijo con aire perverso, apoyado en el quicio de la puerta-, creo que disfrutaría mucho de este juego de seducción si fuera en serio.

-¡No! -replicó con mayor vehemencia, los ojos muy abiertos y la voz entrecortada-. Nunca.

-¡Sí, es cierto! Olvidaba que te reservas para el hombre de tus sueños. Bueno, asegúrate de que no se transforma en una pesadilla... ¿Está listo ese café? -añadió, y se acercó para rescatar la taza a punto de rebosar.

Furiosa consigo misma por la respuesta automática ante su solicitud, Petra le quitó la taza de la mano.

-No, no está listo -negó-. Esta es mi taza. Puedes servirte otra tú mismo.

Imperturbable, se encogió de hombros y tomó la jarra de café. Petra digirió como pudo su pobre victoria junto al café, demasiado amargo, que había reclamado para sí.

Observó, con aire siniestro, cómo Blaize se lanzaba con verdadero apetito sobre la bandeja de comida que había pedido. Aquello no era lo que había imaginado cuando se había acercado a él por primera vez. Había supuesto que todo se limitaría a un flirteo descarado en la playa, un par de citas y, quizá, una cena romántica.

-Vamos, siéntate y come algo. He pedido suficiente para los dos -indicó Blaize.

-Ya lo veo -asintió Petra, mordaz. De ninguna manera podía permitir que su familia hiciera frente a los gastos extras que Blaize cargara en su cuenta. Afortunadamente había traído consigo cheques de viaje y todas sus tarjetas. Además, su padrino, presa de los remordimientos, le había dejado una fuerte suma de dinero antes de marcharse al Lejano Oriente.

-Soy un trabajador -dijo Blaize con una sonrisa.

-Me alegra que me lo recuerdes -aseguró ella-. Y, ya que hablamos de tu trabajo, ¿no deberías...?

-No te preocupes -señaló-. Tenía algunas libranzas pendientes, así que lo he arreglado todo para tomarme unos días. Así puedo disponer de mi tiempo para hacer todo lo que pidas. Si ese Rashid está dispuesto a tomarte sin haberte visto, entonces no va a resultar fácil engañarlo. Así que tendremos que resultar tremendamente convincentes. ¿Estás segura de que no quieres que me traslade aquí?

-Ya lo creo -mascullÓ ella entre dientes-. Y te agradecería que, tan pronto como termines, te vistas y salgas de mi habitación.

-¿Quieres que me vaya? ¿Tan pronto? Pensé que querrías que me quedara para que nos conociéramos un poco mejor.

Petra, muy a su pesar, comprendió de inmediato que su expresión la había traicionado antes incluso de que él empezara a reírse.

-Tendrás que practicar mucho si esperas convencer a alguno de que alguna vez has llegado más lejos de un simple beso casto con un hombre -y añadió, más serio-: Y no digamos si esperar que la gente crea que somos amantes.

-El propósito de nuestro arreglo se basa en que tu reputación debería ser más que suficiente para convencer a cualquiera -recalcó Petra con firmeza.

-Pareces incómoda y muy acalorada -respondió Blaize, ajeno a su comentario y a su ira-. Te sugeriría una ducha. De hecho, si quieres...

-¡No! Ni siquiera te atrevas... -Petra lo interrumpió, colorada.

-¿Atreverme, a qué? -preguntó con inocencia burlona-. Solo iba a decir que puedo bajarte la ducha para que te resulte más cómodo.

Petra lo fulminó con la mirada.

-Gracias, pero soy muy capaz de apañármelas sola -replicó.

Lamentaba con acritud el desliz que la había llevado a confesar su virginidad. Estaba claro que, a los ojos de Blaize, resultaba muy divertido y que no dejaría de regodearse y picarla con ese asunto. ¡Salvo que encontrara un modo de detener sus chanzas!

Petra se tensó al escuchar el teléfono de la suite. Antes de contestar miró su imagen reflejada en el espejo. Ya casi había terminado de arreglarse y llevaba puesto su traje pantalón color crema. Levantó el auricular con cautela, pero descubrió que la llamada era de su tía.

-Quería haberte llamado antes -se disculpó-. ¿Estás bien? Me siento culpable por haberte abandonado esta mañana.

Mientras le aseguraba que se encontraba bien, Petra aguardó a que su tía fijara una cita en firme para que ella pudiera conocer a su familia y a su abuelo. Pero, en vez de la ansiada invitación, se produjo un incómodo silencio. Después ofreció una explicación algo confusa y precipitada según la cual, debido a algunos asuntos de familia, no podrían verla ni un momento durante el día siguiente.

-Al menos tu abuelo ya se encuentra un poco mejor. Pero el doctor insiste en que debe guardar reposo. Estaba deseando conocerte. Petra, y...

Petra asumió que la voz de su tía sonaba cada vez más falsa, menos convincente.

En todo caso no pensaba fingir que ella también ardía en deseos de conocer a su abuelo. No tenía la menor idea de lo que pretendía con ese macabro juego, salvo aislarla de tal modo que terminase por entregarse en brazos de su pretendiente, agradecida por que hubiera acudido a rescatarla de su insondable soledad.

-Es una lástima que mi propia familia, mis hermanas y sus hijos, estén fuera del país en estas fechas -continuó su tía-. Pero tan pronto como regrese Rashid...

-No tienes que preocuparte por mí, tía -intervino Petra-. Soy perfectamente capaz de divertirme sola. De hecho...

Se paró en seco, temerosa de que hubiera ido demasiado lejos. Pero, obviamente, su tía no le prestaba demasiada atención.

-Hay varias excursiones guiadas desde el complejo que valen la pena, Petra -sugirió su tía-. Al menos hasta que Rashid vuelva. El zoco dorado, por ejemplo. Perdona, tengo que dejarte. Tu abuelo me está llamando.

Petra apenas tuvo tiempo de despedirse antes de que su tía le colgara.

Se volvió hacia el espejo para pintarse los labios y descubrió que le temblaba el pulso ligeramente.

Se dijo que era algo natural en función de su enojo para convencerse de que no tenía nada que ver el hecho de que fuera a pasar la velada en compañía de Blaize. Estaba furiosa porque sabía que su tía no estaba siendo del todo honesta con ella.

Trató de imaginarse mentalmente a su abuelo con el recuerdo del vivido retrato que le había hecho su madre y sus propios estudios de los hombres de uniforme que había visto en el hotel, caminando con

insultante arrogancia. Estaba segura de que tendría barba, perfil aguileno y expresión dura, quizá incluso vengativa cuando se enfrentara a ella, fruto de un matrimonio contra el que había luchado amargamente y sin ningún resultado.

Le resultaba imposible aceptar que un padre amante y protector hubiera cambiado tan drásticamente de parecer, hasta prohibir que pronunciaran en su presencia el nombre de su hija adorada, tan solo porque había elegido entregarse al hombre que amaba.

Se enfrentó a su propio reflejo. En su casa de Inglaterra a menudo se sentía fuera de lugar. La coloración de su piel y la delicadeza de sus huesos le otorgaban un aire exótico. Pero ahora, en la tierra natal de su madre, sentía sus raíces celtas.

¡Su madre! ¿Qué pensaría ella de la resolución que había tomado? ¿Qué pensaría de un tipo como Blaize?

Agarró el bolso y rechazó esa clase de desasosegantes pensamientos.

El vestíbulo del hotel estaba más concurrido que nunca desde su llegada. Un grupo bastante amplio de mujeres con trajes de diseño, escoltadas por sus respectivas parejas masculinas, esperaban junto a la entrada de la sala del piano. Petra se quedó boquiabierta al contemplar las joyas que lucían esas mujeres.

Su propio traje estaba provocando algunos gestos de aceptación por parte de esas mismas mujeres y unas miradas mucho más admirativas por parte de los hombres, pero Petra ignoraba esa expectación mientas buscaba con la mirada ansiosa a Blaize.

-Aquí estás. Estaba a punto de subir a buscarte a la suite.

Se giró y fijó la mirada en Blaize. Iba vestido de etiqueta y enseguida reconoció que llevaba un traje italiano de la mejor marca. Sabía que tendría que haberle costado una pequeña fortuna. ¡No era de extrañar que más de una de esas mujeres envueltas en diamantes lo mirasen con evidente deseo sexual!

Petra decidió que no era posible que con su sueldo pudiera permitirse un traje así, lo que significaba...

No le gustó la sensación de frío que se instaló en la boca de su estómago ni la certeza de que no sería la primera mujer que requería los servicios de Blaize. Claro que, en su caso, esos servicios eran muy diferentes a los que normalmente solicitaban de él sus benefactoras.

-¿Qué te pasa? Cualquiera diría que acabas de tragarte una guindilla picante.

La aguda perspicacia de Blaize puso a Petra en guardia.

-Solo me preguntaba qué ofrecería el menú esta noche -replicó con calma.

Quizá esa tarde había estado desprevenida, pero ahora sería diferente. Estaba dispuesta a dejarle muy claro que era ella quien llevaba el control de todo.

-Tal y como comprobarás en unos minutos, en estos días los restaurantes de Zuran renuevan la carta -anunció Blaize.

Mientras hablaba conducía a Petra a través del vestíbulo, una mano protectora bajo su codo. A Petra le hubiera gustado separarse, marcar una cierta distancia, pero la concurrencia del vestíbulo lo hacía imposible. Además, todo el propósito de su plan era que la vieran en compañía de él.

Sin embargo, en vez de dirigirse hacia la salida tal y como había supuesto, descubrió que la llevaba hacia las puertas de cristal que daban paso a uno de los patios ajardinados, tras el cual se encontraba el mayor canal de la red que cruzaba de parte a parte el complejo hotelero.

-Creía que íbamos a cenar -dijo Petra, algo rezagada, mientras dos hombres uniformados sostenían la puerta.

-Así es -asintió Blaize, algo socarrón-. ¿Qué ocurre? ¿Acaso pensabas que te traía al jardín para una breve lección privada antes de nuestra aparición en público?

Rio con suavidad, la mano que tenía en su codo súbitamente desplazada hasta su brazo, agarrándola tan cerca de su propio cuerpo que Petra sintió la vibración de su risa mientras avanzaban hacia el manto de cálido satén que ofrecía la noche azulada.

-¿En un jardín? Donde nadie pudiera vernos. Oh, no... Si mi intención fuera esa te hubiera llevado a un sitio mucho más íntimo y privado...

-¿Tu residencia oficial, por ejemplo? -contestó en actitud retadora, decidida a demostrarle que sus burlas no le afectaban lo más mínimo.

-Me recuerdas a un gatito, las uñas fuera y la actitud defensiva. Ten cuidado y procura no tentarme para que te enseñe a ronronear de placer y a utilizar esas garras solo en el calor de la pasión...

-Todavía no tenemos público -acertó a contestar Petra, agradecida por la oscuridad de la noche, suficiente para ocultar su agitación-. ¡Así que puedes ahorrarte tu medida seducción hasta que tengamos compañía!

Ya casi habían cruzado el jardín y ahora estaban frente al canal. Al llegar a la orilla. Blaize levantó la mano e hizo una seña a uno de los gondoleros que aguardaba a una distancia prudencial.

-Este no es el camino más rápido para llegar al restaurante, pero desde luego es el más... relajado -le dijo en un susurro mientras la góndola se detenía a su altura.

Al tiempo que Blaize la ayudaba a subir a la góndola, Petra se preguntó si habría algo más romántico o.... ¡Más convencional!

Una iluminación muy estudiada había transformado la apariencia diurna del complejo en un lugar lleno de magia y misterio, diseñado para halagar los sentidos. Un curioso aroma a fresas flotaba sobre sus

cabezas en una nube de un rosa pálido y, en la distancia, se escuchaban y se vislumbraban fuegos artificiales. Mientras cruzaban el zoco, un tragafuegos actuaba frente a un grupo de adolescentes mientras un mercader guardaba sus utensilios en una caravana de camellos, Petra sintió un intranquilizador espasmo en el corazón.

Durante su estancia en Zuran deseaba, más que nada, viajar al desierto. Su tía podía hablar maravillas acerca de las tiendas y los zocos repletos de la más exquisita orfebrería, pero el desierto atraía a Petra como un canto de sirena que susurrase a su oído que allí se encontraban sus raíces.

Ensimismada en sus propios pensamientos, se asustó cuando Blaize le tocó el brazo. La góndola se detuvo junto a primoroso embarcadero privado, ricamente decorado, desde donde una alfombra roja señalaba el camino hacia un edificio tan claramente parisino en toda su concepción que Petra no pudo evitar quedarse boquiabierta.

Ya había otras parejas frente a la entrada del restaurante. Al sentir las manos de Blaize en su cuerpo, dispuesto a ayudarla para bajar de la góndola, Petra se tensó de inmediato. Rechazaba esa intimidad sexual, incómoda ante el hecho de que otras personas pudieran verlos.

-¡No hagas eso! -protestó cuando Blaize se inclinó hacia ella y su aliento cálido acarició su piel-. Quizá las mujeres que te han pagado esa ropa disfrutaran mientras las sobabas en público, pero yo no.

Justo después de sus palabras comprendió que había ido demasiado lejos. Era algo tangible en el súbito endurecimiento de su gesto y el brillo glacial de su mirada.

No tenía sentido intentar explicar que el pánico a la reacción de su cuerpo frente a él había motivado esas duras palabras. Además, su orgullo no le permitiría reconocer algo así. Así que ella también se puso tensa y bajó la cabeza ante la respuesta que, como un latigazo, le dedicó Blaize en voz baja.

-Para tu información, ninguna mujer me ha pagado la ropa. ¡Nunca! Y acerca de tu comentario sobre mis manoseos, da gracias a que tu inocencia te proteja de las consecuencias... de momento.

Petra, en silencio pero con la cabeza alta, se volvió hacia la alfombra roja. Bajo ningún concepto admitiría, ni siquiera frente a ella misma, hasta qué punto ansiaba el cálido contacto de su mano bajo el codo mientras observaba a las otras parejas entrando en el restaurante. Los hombres iban vestidos con sus túnicas y las mujeres, en trajes de alta costura, se manejaban con una elegancia altiva que Petra envidiaba.

-¿Más vino? -preguntó Blaize, mientras el camarero aguardaba solícito con la botella en la mano.

Petra negó con la cabeza y tapó de inmediato su copa, llena hasta la mitad. La cena que les habían servido había resultado excepcional.

Cada bocado le había recordado su primera comida adulta en París, un regalo de cumpleaños de sus padres. Cada detalle de la decoración y del ambiente, incluido el perfume sutil de las velas en cada mesa, era una réplica de los restaurantes más elegante de París. Y no se habría sorprendido si hubiera escuchado hablar francés en alguna de las mesas.

-Entonces, ¿quieres café? -preguntó mientras indicaba que no la sirvieran más vino.

Asintió con la cabeza. Petra advirtió que si no tenía cuidado podía terminar atrapada en sus propias redes, dada la exquisita interpretación que Blaize estaba ofreciendo del perfecto amante, siempre atento. Pero recordó al instante, con cierta amargura, que seguramente tendría mucha práctica en ese papel.

Petra no se atrevía a pensar en lo que le iba a costar la cena, pero no podía permitir que lo cargaran en la cuenta del hotel.

Mientras esperaba que le sirvieran el café se dio cuenta de que estaba siendo objeto de estudio por parte de tres parejas sentadas en una mesa cercana.

La aparición del camarero con su café la distrajo momentáneamente, pero al apartar la mirada de ellos habría jurado que Blaize había hecho un mínimo gesto de advertencia hacia uno de los hombres cuando este se disponía a levantarse como si fuera a saludarlos a su mesa.

Tan pronto como el camarero se retiró, Petra tomó la palabra.

-¿Quién es ese...?

-¿A quién te refieres? -preguntó Blaize, el ceño levemente fruncido.

-El hombre al que acabas de mirar -dijo Petra-. Estaba a punto de levantarse, pero tú...

-Yo no he mirado a nadie -negó Blaize.

-Claro que sí -insistió ella-. Te he visto...

-Son imaginaciones tuyas -señaló Blaize-. ¿De quién me estás hablando? ¡Indícamelo!

Petra, bastante furiosa, así lo hizo. Pero cuando Blaize miró en dirección del hombre en cuestión, este ignoró por completo su presencia antes de apartar la vista.

Blaize le dirigió una mirada irónica y se encogió de hombros significativamente mientras Petra enrojecía.

Estaba claro que se había equivocado, pero no admitiría su error para satisfacción de Blaize.

-Podríamos bailar cuando hayas terminado tu café -sugirió Blaize-. Después de todo, se supone que somos amantes. A pesar de esa mirada tuya tan virginal...

Petra apretó los labios con fuerza y dejó la taza sobre la mesa con cierto estrépito.

-¡Ya está bien! -dijo, enérgica-. De ahora en adelante, cada vez que menciones mi... mi... la palabra «virgen», te multaré con cinco libras y te las descontaré de tus honorarios. Te voy a pagar para que me ayudes a escapar de un matrimonio que no deseo. ¡No para que repitas una y otra vez algo que nada tiene que ver con nuestro acuerdo!

-¿No? Lamento disentir en este punto -informó con calma-. Se supone que debo fingir que te estoy seduciendo. Quién va a creérselo si no dejas de parecer una...

-Cinco libras -le advirtió Petra.

-... una mujer que nunca ha experimentado en carne propia la pasión de un hombre -concluyó Blaize con suavidad.

Ella ya se había terminado el café y Blaize había llamado al camarero para que trajera la cuenta.

Petra buscó de inmediato su bolso para sacar la tarjeta de crédito.

-¿Qué estás haciendo? -preguntó Blaize al adivinar sus intenciones.

-No puedo permitir que mi familia cargue con esto. Sería... poco ético -aseguró.

-Poco ético... ¿permitir que paguen una cena? Pero no resulta inmoral hacerles creer que te acuestas conmigo, un tipo al que has conocido en la playa...

-Se trata de mi cuerpo y hago con él lo que quiero -siseó entre dientes mientras el camarero llegaba con la cuenta.

Ya tenía la tarjeta en la mano, pero antes de que pudiera dejarla en el platillo, Blaize había tomado la cuenta.

-Me gustaría encargarme de esto -dijo fríamente-.Ya me lo devolverás más tarde.

Se volvió hacia el discreto camarero, susurró algo a su oído que Petra no logró distinguir, devolvió la cuenta a su sitio y el camarero se alejó de inmediato.

Unos minutos más tarde, camino de la sala de baile. Petra tuvo la sensación de que todo el mundo los miraba. Sabía, desde luego, que estaba muy susceptible. Se dijo que lo más probable es que todas las mujeres tuvieran sus ojos puestos en Blaize.

La sala de baile y la pista estaban iluminadas con una luz muy tenue. Al comprobar la cadencia sensual de la música que estaba sonando y el modo en que las parejas se movían en la pista, Petra frenó el paso. Eso no era baile. Se trataba de... sexo en la pista, y de ninguna manera permitiría que Blaize la apretara de aquel modo. No se atrevía a que la tomara entre sus brazos con tanta intimidad.

¿Por qué no? Después de todo no era su tipo y sabía que, pese a lo romántica y sensual que fuera su pose, no sentía nada por ella. Estaban allí con un propósito claro y cuanto antes alcanzara su objetivo antes se vería libre para regresar a casa.

Echó los hombros hacia atrás y permitió que Blaize la condujera a la

pista de baile.

Segundos después, entre sus brazos, la cara apoyada contra su hombro mientras la mano de Blaize recorría su espalda y se posaba muy por debajo de la cintura, Petra asumió que quizá había sobrevalorado su capacidad para controlar la reacción de su cuerpo en esa situación. A modo de defensa se dijo que estaba en manos de un experto seductor. Un hombre que había perfeccionado su técnica con un sinfín de mujeres...

-¡Relájate! Se supone que somos amantes, ¿recuerdas?

-Estoy relajada -masculló Petra.

-No, no es cierto -corrigió Blaize-. Estás aterrorizada ante la posibilidad de que pueda hacer algo como esto...

Y entonces deslizó la mano hasta su nuca, sujetó la cabeza con firmeza y acarició con sus labios la línea estilizada de su cuello hasta finalizar mordisqueándole el lóbulo de la oreja. El simple roce de su aliento estremeció de placer todo su cuerpo mientras el pulgar, apoyado en la base de su garganta, era testigo de su traicionero pulso.

-¿Tienes la menor idea de lo mucho que te deseo?

Las palabras guturales que susurró contra sus labios obligaron a Petra a abrir los ojos de par en par, hasta que recordó que estaba actuando, interpretando el papel para el que lo había contratado.

-¿Debería llevarte de vuelta a tu suite y mostrarte hasta qué punto me atraes? Quitarte la ropa de tu delicioso cuerpo, acariciarte y besar cada centímetro de tu cuerpo hasta que... -Petra gimió mientras él tomaba su mano y añadía- sientas lo que provocas en mí...

Intentó zafarse, pero ya era demasiado tarde. Ya había colocado su mano contra su cuerpo y podía sentir el fuerte latido de su corazón contra la palma de su mano.

-Acércate más -dijo, atrayéndola hacia él, y murmuró-: ¡Más cerca! Tan cerca que pueda imaginar que estás desnuda entre mis brazos, tu piel de seda contra mí...

Petra sabía que el fuego que la quemaba por dentro no se debía a la falta de aire en la pista de baile. Pero rechazaba la certeza de que ese fuego y las punzadas de deseo que circulaban por todo su cuerpo pudieran derivar en una rebelión de sus sentidos que fuera incapaz de controlar.

De alguna manera se las arregló para poner un poco de distancia entre ellos, levantó la cabeza y lo miró con seriedad.

-Quiero marcharme -dijo con voz ronca.

-¿Tan pronto? Pero si todavía es medianoche.

Petra notaba cómo crecía el pánico en su interior. Si lograba retenerla allí, en la pista de baile, abrazándola de ese modo, mucho más tiempo... Quizá su mente supiera que todo formaba parte del juego, pero a su cuerpo le resultaba casi imposible distinguir entre

realidad y ficción. Estaba reaccionando ante él como si... como si... ¡Realmente lo deseara!

-Ha sido un día muy largo y seguramente mi tía me llame temprano para informarme sobre la evolución de mi abuelo -dijo.

-Pensaba que la salud de tu abuelo no te interesaba.

-Así es-asintió enseguida-. Pero...

Blaize la había soltado y estaba frente a ella, buscando su rostro con una mirada demasiado penetrante. Petra anhelaba ocultarse de un modo instintivo, así como sus sentimientos, de él. Deseaba protegerse de algo, de alguien que podía convertirse en un obstáculo para su felicidad mucho más importante de lo que había supuesto.

¿Por qué la presencia de Blaize la afectaba tanto? No era el primer hombre con el que bailaba tan pegada ni el primero que la besaba. ¡Ni siquiera era el primer hombre al que había deseado! Quizá todavía no hubiera tenido un amante, pero conocía los efectos del deseo al sentirse arrastrada hacia otra persona. Había pasado por todas las fases de la adolescencia, enamorándose de los distintos modelos masculinos, desde estrellas de fútbol hasta ídolos musicales, e incluso había sido correspondida en un par de ocasiones. Pero era la primera vez que sentía de un modo tan poderoso cómo emergían esos instintos y temía mostrarse incapaz de controlarlos.

-¿Seguro que solo se trata de eso? -preguntó Blaize, que interrumpió sus angustiosos pensamientos.

-No quiero hablar de eso ahora -replicó, negando con la cabeza.

-De acuerdo. Si estás segura de que quieres retirarte y no se trata de una excusa para escapar de mis brazos porque crees que podrías disfrutarlo más de la cuenta...

Petra lo miró fijamente, furiosa pero aterrada ante su inocente comentario. Seguramente solo la estaba poniendo a prueba. Después de todo, era imposible que supiera qué estaba sintiendo ella, ¿no?

-¡Oh, yo nunca podría hacer algo así! -replicó con determinación y le dirigió una sonrisa de revista mientras añadía con dulzura-. Pero no me gustan las multitudes.

-¿Y eso qué significa? -preguntó Blaize.

-Significa que el espacio que existe entre tus brazos está abarrotado con las mujeres que ya han pasado por ahí -contestó con franqueza.

Sin embargo, en vez de sentirse avergonzado, Blaize se limitó a levantar los hombros.

-Tengo treinta y cuatro años -dijo con calma-. Naturalmente he tenido más de una relación...

Petra estuvo a punto de especificar que no se repetía a sus relaciones formales, sino las otras mujeres que habían desfilado entre sus brazos en una interminable lista de flirteos y seducciones. Pero se limitó a sacudir la cabeza y se encaminó hacia la salida.

Blaize se puso a su altura en la puerta, en el momento en que el portero y sus ayudantes acudían a su servicio como si fueran miembros de la realeza. Al menos eso pensó Petra mientras pisaba la alfombra roja que conducía al aparcamiento y al canal.

-Creo que preferiría volver al hotel en coche -anunció Petra de pronto.

No quería, en función de su vulnerable estado de ánimo, regresar hasta el hotel en un romántico paseo en góndola, a la luz de la luna, en compañía de Blaize.

Había supuesto que Blaize discutiría su decisión, pero se limitó a levantar la mano para llamar la atención de uno de los coches disponibles.

El silencio que presidió su regreso al hotel resultó para Petra todavía más incómodo que los momentos que había pasado en la pista de baile. No podía comprender que un hombre en la posición de Blaize, que se comportaba de ese modo y que estaba a su servicio a cambio de dinero, adoptara una posición tan autocrítica y superior.

Una vez en el vestíbulo, mientras llamaba al ascensor, Blaize rompió el silencio.

-Cuanto más obvias resulten nuestras apariciones en público, mucho mejor. Así que propongo que mañana hagamos algo en este sentido. Hay diversas excursiones organizadas a las que podríamos apuntarnos.

-¿Excursiones? -interrumpió Petra, preocupada-. No creo que sea suficiente con que nos vean juntos los otros clientes del hotel. Necesitamos que nos vean personas que estén en contacto con Rashid.

-Zuran es una ciudad pequeña. Estoy seguro que nuestra... amistad... no tardará en llegar a oídos del jeque -replicó Blaize mientras llegaba el ascensor.

Subió al ascensor con ella y presionó el botón de su planta.

-No hace falta que me acompañes hasta la suite -protestó Petra, pero las puertas de la cabina ya se habían cerrado y el ascensor estaba en marcha.

-¿De qué tienes tanto miedo? -se burló cuando se detuvo el ascensor-. ¿De que te bese o de que no lo haga?

-¡Ninguna de las dos! -negó Petra con determinación.

-¡Mentirosa! -señaló Blaize con ternura-. Eres una mujer, después de todo, y lo que quieres es...

-Lo que quiero -interrumpió Petra con furia desde el umbral de su puerta- es que recuerdes que te estoy pagando para que finjas que eres mi amante en público, nada más!

Mientras hablaba no paraba de rebuscar en el bolso la llave magnética de la sufre, que finalmente encontró e introdujo en la ranura.

Blaize tenía la mano sobre el pomo de la puerta y Petra contuvo la respiración cuando él empujó la hoja. ¿Qué haría si insistía en pasar a la habitación? ¿Y si insistía en hacer algo más? Su corazón se lanzó a una carrera desbocada y se llevó la mano al pecho para intentar serenar su latido.

Mientras sostenía la puerta abierta para ella. Blaize encendió las luces de la suite. Petra tenía la boca seca, se sentía sin fuerzas y la sangre ardía en sus venas. Cerró los ojos y los abrió de nuevo al distinguir el peculiar sonido de la puerta al cerrarse.

Se volvió bruscamente para decirle a Blaize que quería que se fuera de la habitación, pero guardó silencio al apreciar el espacio vacío entre su cuerpo y la puerta.

Blaize se había ido. ¡No había entrado en la suite! Sencillamente, había cerrado la puerta y se había marchado. Y eso era exactamente lo que ella había deseado, ¿o no?

Capítulo 4

Petra había terminado su desayuno y el empleado del servicio de habitaciones había retirado la bandeja. Se había quedado sola con una jarra de café recién hecha y el periódico, tal y como había pedido.

Había desayunado en el patio privado de su suite al calor de los primeros rayos de sol de la mañana y necesariamente tendría que sentirse en paz.

Pero ¡no era el caso!

Su teléfono móvil empezó a sonar y contestó.

-¿Petra?

La inesperada voz de su padrino desterró de su ánimo ese carácter introspectivo.

Dijo que estaba llamando vía satélite y que no podría hablar demasiado tiempo.

-¿Cómo van tus relaciones con el abuelo? -preguntó.

-Inexistentes -replicó con ironía-. Todavía no lo he visto. Parece que aún no se ha recuperado del todo.

-¿Petra no te oigo!

Ella, a su vez, apenas podía oír a su padrino.

-Estoy perdiendo la conexión -continuó su padrino-. Tendré que colgar. Estaré fuera durante un par de semanas. Asuntos oficiales...

Una serie de interferencias distorsionaron su voz antes de que la conexión se cortara.

¡Había sido una lástima que no le hubiera dado tiempo a pedirle su pasaporte! Ahora solo podía escapar de ese matrimonio indeseable con la ayuda de Blaize.

Un leve escalofrío bajó por su espina dorsal ante ese pensamiento. Petra se dijo que sé estaba comportando como una idiota y una ingenua. ¿Por qué había aceptado la invitación de Blaize para una cena carísima cuando habría podido llevar a cabo su propósito con un breve encuentro en la playa con él?

Miró su móvil. Quizá debería, solo por buena educación, telefonear para interesarse por la salud de su abuelo. Más nerviosa de lo habitual, marcó el número de la mansión familiar.

Una voz masculina desconocida contestó su llamada y Petra se sintió confusa. Preguntó, vacilante, si podía hablar con su tía y su interlocutor reclamó a quién debía anunciar. Unos segundos más tarde suspiró aliviada al escuchar la voz de su tía.

Algo incómoda, se interesó por la salud de su abuelo.

-Ha pasado una buena noche -dijo su tía-, pero sigue muy débil. Ha insistido en acudir a las oraciones de la mañana, aunque no debería moverse. Desgraciadamente ha dado instrucciones a su criado para lo que condujera hasta la mezquita antes de que me diera cuenta de lo que planeaba. Me alegra mucho que hayas llamado. Petra. Significará

mucho para él.

El agradecimiento sincero de su tía estaba incomodando todavía más a Petra, que también se sentía culpable, si bien sabía que no había razón para eso.

-Estás demostrando una paciencia infinita -prosiguió su tía-. Te prometo que podrás conocerlo muy pronto. He intentado llamarte. He pensado que quizá te apetecería dar un paseo por el zoco de las especias mañana por la mañana. Y después, ¿te parecería bien si almorzáramos juntas?

-Eso suena muy bien -aceptó sin mucha convicción.

Cortó la comunicación enseguida. Se sentía cada vez más culpable y a disgusto.

Concluyó que necesitaba hablar con Blaize para explicarle que ella llevaba las riendas de este asunto. Había dicho que se pondría en contacto con ella, pero Petra se encontraba en un estado de urgencia.

Deseaba... ¡Necesitaba ver a Blaize en ese momento!

Media hora mas tarde estaba en la playa. Pesaba sobre ella la frustrante tarea de explicar al socorrista, deseoso de ayudar, y al joven encargado de las tablas de surf qué era exactamente lo que andaba buscando. Pero no parecieron reconocer a Blaize en función de su descripción. Petra se armó de paciencia.

¡No era culpa suya que no reconocieran a Blaize! Era ella la única culpable por no asegurarse un modo de contactar con él. Agradeció a los dos jóvenes su infructuosa ayuda y regresó al hotel.

Ya era la hora del almuerzo, pero no tenía hambre. ¡El vacío que sentía en su interior no podía colmarse con comida! El modo en que Blaize se había burlado de su virginidad la había enfurecido y la reacción que su cuerpo había experimentado ante él la había perturbado. Ella no había deseado en ningún momento que Blaize la besara la anoche anterior, pero cabía la posibilidad de que él sí hubiera querido.

Petra apretó el botón de llamada del ascensor, confiada en que nadie se hubiera fijado en el color de sus mejillas o el estremecimiento que había convulsionado su cuerpo.

¿Qué era lo que le estaba pasando? Petra se mofó de su reacción con cierta crueldad mientras el ascensor subía hasta su planta sin esfuerzo. Quizá fuera virgen, pero eso no significaba que fuera una reprimida tan ingenua y vulnerable que una sola mirada de un hombre experimentado bastara para sacarle los colores.

Pero si Blaize la hubiera besado... Si lo hubiera hecho, estaba segura de que lo habría rechazado y lo habría despedido en ese mismo instante. Mantenían un acuerdo estrictamente profesional y así sería hasta el final.

El ascensor se había detenido. Salió y se dirigió a la suite. Contuvo

la respiración antes de abrir la puerta. Pero esa vez no había ningún hombre medio desnudo en su cama. ¡Era un alivio! O al menos eso se dijo.

Media hora más tarde seguía sin decidir qué iba a hacer el resto del día. Deambuló por la terraza, algo inquieta. No tenía humor para ir a la playa. La guía que había encontrado recomendaba varios paseos por la ciudad con diversos puntos de interés para el turista. Fue a buscarla y hojeó sus páginas rápidamente.

Había un paseo por la ciudad vieja que incluía una visita a la casa de un antiguo gobernador. Ahora lo habían reconvertido en un museo que documentaba la historia social, cultural, educativa y religiosa de la zona.

Petra se dijo que le vendría bien distraerse y alejar de su cabeza los problemas de salud de su abuelo. Eligió unos pantalones de lino blanco, una camiseta de algodón muy amplia, de manga larga, y salió de la habitación.

El sol del mediodía la obligó a sacar las gafas de sol mientras aguardaba que uno de los recepcionistas llamara un taxi. Avistó, con el rabillo del ojo, una radiante limusina blanca a pocos metros de ella.

Observó con curiosidad el revuelo que había en torno al coche mientras un grupo de sirvientes se afanaba en abrir las puertas y de la limusina salían unos cuantos hombres vestidos con túnicas lujosas. Petra se quedó de piedra, pero enseguida se relajó de nuevo y sacudió la cabeza. Por un momento había creído reconocer el perfil de Blaize en uno de aquellos hombres en traje de gala. ¡Qué idea tan ridicula! Era imposible que se tratara de él. Estaba claro que su preocupación por su abuelo no era lo único que necesitaba borrar de su cabeza. Subió al taxi con gesto resignado.

Había dedicado tanto tiempo al museo que ya casi había anochecido. Respiró hondo una bocanada de aire fresco, pero su cabeza estaba repleta de todo lo que había visto en la exposición. No se trataba tan solo de la historia de Zuran y su pasado inmediato, sino que también se trataba de sus propios orígenes. Y por eso los contenidos del museo habían absorbido su atención con tanta fuerza. Dentro del museo había sentido, por primera vez, el reconocimiento de sus raíces beduinas. Y eso había venido acompañado de las primeras sensaciones de pertenencia a ese lugar. Por primera vez reconocía que necesitaba más información de ese país por su propio bien, más allá del recuerdo imborrable de su madre.

Había un tenue aroma en el aire que la obligó a levantar la mirada y volverse hacia el desierto. La brisa traía el aroma de su pasado, su destino, y reconoció esa verdad de un modo puramente instintivo. Ella formaba parte de una raza de gentes orgullosas que habían errado por esas tierras en tiempos de Cleopatra y que habían vagado por ese

desierto cuando Marco Polo había recorrido la ruta de la seda.

Sin pensar en lo que hacía, se agachó y tomó un puñado de arena en la mano, que dejó deslizarse entre sus dedos lentamente. Su país...

Las lágrimas le emborronaron la visión. Un grupo de personas pasó a su lado, la empujaron sin querer y la magia se rompió. Ya era casi noche cerrada y estaba hambrienta. Llamó un taxi que cruzaba frente a ella y le indicó el hotel.

Algo dubitativa, Petra escudriñó el vestíbulo del hotel. Había reservado una mesa para la cena en el restaunante italiano del complejo, pero ahora, consciente de que era la única mujer que estaba sin acompañante, empezó a reconsiderar esa posibilidad. Claro que Zuran era una ciudad cosmopolita y muy segura. Además, el complejo estaba equipado con todas las necesidades para los visitantes, incluida una mujer sola como ella.

Esa noche había elegido un vestido menos dramático. Llevaba un sencillo vestido negro que se abotonaba por delante. El escote cuadrado dejaba al aire los delicados huesos en la base del cuello y el arco incipiente de sus hombros. Y, del mismo modo, el brazalete de oro que llevaba en la muñeca revelaba la fragilidad de su esqueleto. Era un brazalete que había pertenecido a su madre y Petra lo acarició para recuperar algo de confianza.

¡No estaba acostumbrada a cenar sola en público, pero no quería encerrarse en la suite!

El recepcionista le aseguró que no tendría que caminar mucho hasta el restaurante italiano, situado en el interior de un patio privado al que podía llegarse a pie o en góndola.

Petra decidió que la góndola sería demasiado peligrosa. Supondría un recuerdo muy nítido de la noche anterior junto a Blaize. Empezó a fruncir el ceño. Había pasado toda la jornada en vilo, aguardando su llamada. ¿Habría encontrado una compañía más beneficiosa para sus intereses, tanto sexuales como financieros? Ya había comprobado que no le faltaban admiradoras.

Se detuvo un momento y se convenció de que ese picor que sentía nada tenía que ver con los celos. ¿Ella? ¿Celosa de que Blaize estuviera con otras mujeres? ¡Ridículo!

El recepcionista había acertado cuando le había asegurado que el restaurante no quedaba lejos. Petra rodeó una esquina y se encontró en el patio privado que el empleado le había indicado.

El centro del patio estaba decorado con fuentes y estanques. Los chorros de agua dibujaban en el aire extrañas figuras que, de pronto, se rompieron al emerger un gran chorro, que se elevó en el aire para disfrute de un grupo de niños, que gritaron y aplaudieron llenos de excitación.

Petra sonrió con indulgencia y se abrió paso hasta el restaurante.

Dada su experiencia de la noche anterior en el restaurante parisino galardonado con una estrella de la guía Michelin, tendría que haberse esperado una taberna igual de auténtica. Y, desde luego, lo era. Había músicos que paseaban su melodía de mesa en mesa y los camareros eran genuinamente italianos. Uno de ellos la acompañó hasta su mesa y le ofreció la carta.

Media hora más tarde, justo cuando había empezado a relajarse y disfrutaba cómodamente instalada de su copa de vino acompañada de un poco de marisco, se abrió la puerta del restaurante y entró un grupo de jóvenes ruidosos y prepotentes.

Petra asumió, a tenor de las reacciones de los empleados del restaurante, que no estaban conformes con los pedidos, a voz en grito, de los recién llegados. Para Petra, que se había acostumbrado al comportamiento de ciertos modelos masculinos europeos, resultaba obvio que los jóvenes habían bebido más de la cuenta. Su actitud hacia los empleados rozaba la agresividad y, si bien ninguno de ellos resultaba intimidatorio, no dejaba de ser un grupo. Y, igual que las masas, poseían cierto grado de volatilidad y violencia latente.

Hablaban en inglés y reclamaban una mesa más grande para todo el grupo. Se negaban a aceptar las explicaciones del maítre, que insistía en que el restaurante estaba completo.

-No nos pongas aquí, tronco -objetó uno de ellos-, estoy viendo con mis propios ojos que hay un montón de mesas vacías.

Petra fingió que no era consciente de lo que estaba pasando cuando el camarero retiró su plato y regresó al momento con el plato principal. Pero, al tiempo que agradecía al camarero su diligencia, escuchó a uno de los jóvenes:

-¡Eh, fijaos allí! Esa morena está sentada sola. Queremos la mesa de al lado, compadre -dijo, y señaló la mesa contigua a la suya.

Ella se puso a la defensiva. Sabía que el maítre estaba intentando convencerlos para que abandonaran el local, pero resultaba obvio que no estaban por la labor. Intentó ocultar su nerviosismo cuando aparecieron a su alrededor, ocupando tres de las mesas vacías hasta que quedó totalmente rodeada.

Habían pedido más bebidas mientras hacían comentarios subidos de tono, con la mirada fija en ella, forzándola para que se volviera y los mirase.

Sabía que, pese a que no había terminado la cena, le resultaría imposible quedarse allí. El grupo no parecía dispuesto a pedir y cada vez se estaban comportando peor. Un bollo de pan le pasó al lado de la cabeza, seguido de otro, mientras dos tipos iniciaban una guerra de ambos lados de su mesa.

-¡El primero que logre encestar dentro de su vestido gana premio! -escuchó que anunciaba uno de los amigos.

Petra ya había tenido más que suficiente.
Se levantó con mucha calma. Pero esos tipos, en vez de facilitarle el paso, la rodearon y le lanzaron todo tipo de insinuaciones abiertamente sexuales. Petra, horrorizada ante esa escena, enrojeció de ira y asco. Observó que el gerente del restaurante estaba al teléfono y el maitre, por su parte, hacía todo lo que estaba en su mano para socorrerla, implorando a los hombres que se apartaran e invitándolos a abandonar su local.
-Vas a elegir entre uno de nosotros, ¿verdad, preciosa? -dijo el más obsceno de la banda con una sonrisa de satisfacción-. ¿O deberíamos elegir por ti? ¿Quién será el primero, muchachos?
-Por favor, señores -intervino el maítre-. Debo rogarles que se marchen.
-No nos vamos a ninguna parte, amigo -contestó el hombre, borracho.
-Por supuesto que sí os vais.
La voz fría e incisiva de Blaize cortó de raíz las vulgaridades de la banda, igual que el acero aplicado sobre la carne flaccida. Su apariencia conmocionó a Petra todavía más que la banda de borrachos.
Se volvió hacia él de un modo instintivo mientras su expresión denotaba a un tiempo la incredulidad y el miedo.
-De hecho, no solo puedo asegurar que vais a marcharos del restaurante, sino que vais a abandonar el país -dijo.
Uno de los integrantes de la pandilla se echó a reír.
-Déjalo ya, amigo. ¡No puedes hacer nada de eso! Solo eres uno y nosotros somos doce. Además, hemos venido a las carreras.
-El gerente del restaurante ya ha avisado a la policía -informó Blaize con calma-. Existe una ley en este país que prohibe que se acose a las mujeres, y en Zuran las leyes se cumplen.
Petra escuchó ruido en el exterior del restaurante, y estaba claro que los miembros de la pandilla también lo habían escuchado.
Repentinamente parecieron menos seguros de sí mismos. Blaize le había tendido la mano. Petra, algo temblorosa, se abrió camino entre los hombres hacia él en el momento en que se abría la puerta del restaurante y un grupo de oficiales de uniforme hacían acto de presencia.
-¡Vamos! -dijo Blaize y tomó a Petra del brazo-, salgamos de aquí...
Petra estaba encantada de cumplir esa orden. Y encantada de la protección que Blaize le ofrecía de regreso al hotel, siempre agarrada a su mano.
Apreció su mirada sombría, los labios apretados y la expresión austera, severa.
Una vez en el hotel, Petra creyó observar cómo Blaize saludaba con

una leve inclinación de cabeza en dirección al mostrador de recepción. Pero decidió que solo lo había imaginado mientras tiraba de ella hacia el ascensor.

Mientras se ponía en marcha, Petra exhaló un suspiro de alivio.

-No sabes lo mucho que me he alegrado de verte... -empezó, pero Blaize la hizo callar con una mirada lúgubre.

-¿Qué demonios estabas haciendo? -preguntó, furioso-. ¿Por qué no te marchaste? Supongo que te habrás dado cuenta de que...

La dureza de su ataque, amén de su injusta apreciación, dejó a Petra sin voz.

El ascensor se detuvo y ambos salieron. Petra sintió que le temblaban las piernas y notó un leve mareo.

En el pasillo, buscó la llave de la suite en el bolso, pero le temblaban tanto las manos que se le cayó al suelo. Se agachó para recoger la tarjeta, pero Blaize fue más rápido. Tomó su bolso y abrió la puerta. Petra notó, algo ausente, qué pequeña parecía la llave magnética en sus manos. Llevaba las uñas muy cuidadas, inmaculadas, y tenía los dedos largos, estilizados. La carne blanda justo debajo de su pulgar hipnotizó a Petra, que no fue capaz de apartar la mirada.

Una parte de ella comprendía que estaba algo conmocionada, pero era algo demasiado vago y lejano para tener plena conciencia. Simplemente aceptó esa explicación para justificar los temblores, que ahora empezaban a ser muy visibles en todo su cuerpo y el dolor que sentía en la garganta, impidiéndole defenderse.

-¿Te das cuenta de lo que podría haber sucedido si el gerente no hubiera avisado... ?

-Intenté marcharme -dijo finalmente-. Pero no me lo permitieron.

Estaban en la suite y la puerta estaba cerrada. La conmoción se aceleró de pronto desde la distancia y rebotó contra ella con fuerza. Las lágrimas inundaron sus ojos y su cuerpo se estremeció con violencia.

-¡Petra!

Ahora la ira que distinguió en su voz tenía un matiz diferente.

-¡Petra!

Repitió su nombre, emitió un sonido a medio camino entre un gemido y un gruñido y, de pronto, sostenía a Petra entre sus brazos.

Petra reprimió sus lágrimas con entereza. Sentía la mano de Blaize en su cabello. Echó la cabeza hacia atrás y lo miró a los ojos. Aguantó la mirada, perdida en el brillo de mercurio líquido de sus ojos mientras separaba los labios y dejaba caer la cabeza nuevamente sobre su brazo.

-Petra...

Inclinó la cabeza sobre ella y Petra sintió el cálido aliento de su boca como un embrujo sobre sus labios, ya dispuestos. Había deseado eso...

a él... desde que, el día anterior, había entrado en la suite y lo había descubierto tumbado en su cama. Reconoció ese hecho algo embriagada mientras inhalaba y sentía la presión de sus labios contra su boca.

¡Pasión! ¡Era solo una palabra! ¿Cómo era posible que contuviera todo lo que estaba sintiendo, todo lo que estaba experimentando, cada matiz de una sensación la quemaba por dentro mientras Blaize profundiza en su beso y la arrastraba a un mundo prohibido de placeres?

No tuvo nada que recriminarse cuando las barreras interiores que había levantado contra él se vinieron abajo. No escuchó la voz de su conciencia, ni se disparó la alarma en su cabeza. Nada que pudiera impedir la delirante intoxicación de sus sentidos, totalmente desatados, mientras su cuerpo clamaba libertad para expresar sus verdaderos deseos.

Podía sentir los labios de Blaize moviéndose contra su boca y entonces escuchó sus palabras de advertencia.

-Sufres una conmoción. Petra. Y esto no está...

Petra se apresuró en apagar sus palabras, cerrando los oídos y tapándole la boca con la mano en su mandíbula. Enseguida buscó de nuevo sus labios con entusiasmo en una clara demostración de lo que deseaba.

Notó la tensión de Blaize, escuchó su respiración y Petra contuvo el aire, súbitamente consciente de su vacilación. Apoyada en su cuerpo, todavía temblorosa, sin más miedo que la posibilidad de que él se marchara, levantó la vista hacia Blaize y reconoció en el brillo de sus ojos la mirada felina del cazador. Eso le inspiró una dulce sensación de triunfo.

Besó a Blaize despacio y esperó mientras deslizaba la mirada anhelante de sus ojos a su boca. Igual que si estuviera en medio de un sueño, levantó la mano y deslizó el dedo a lo largo de su rostro. Y se mordió el labio inferior al comprobar el escalofrío que eso provocaba en él.

-Esto no es una buena idea -escuchó que decía con voz áspera mientras sujetaba su mano y depositaba un beso lleno de sensualidad en la palma de su mano.

Ahora tenía la mirada fija en su cara. Pero Petra comprendió enseguida, llena de excitación, que no miraba tan solo eso mientras la mirada de Blaize recorría su figura.

-¿Por qué no? -replicó, temeraria, entre suspiros.

-Porque -contestó con la voz espesa- si te toco ahora, aquí, de esta manera...

Petra se estremeció cuando su mano le rozó un seno y después rehizo el camino para tomarlo entre sus dedos. En un gesto de

arrebatadora incitación acarició con el pulgar, lentamente, su pezón enhiesto.

-Entonces -prosiguió Blaize- tendría que seguir acariciándote una y otra vez. Y al final tendría que...

Petra sentía que su piel se derretía como si fuera helado bajo una capa del más puro chocolate y las palabras de Blaize estaban alimentando cada vez más el deseo de sus caricias, de su cuerpo contra el suyo, su cuerpo desnudo...

El leve gemido de deseo que exhaló quedó amortiguado por el calor de sus besos. El rumor de sus respiraciones inundó la habitación y, de pronto, Petra escuchó el chirriante sonido del fax. Se tensó de inmediato, al tiempo que Blaize la soltaba y se retiraba de su lado.

-Esto no tendría que haber ocurrido -escuchó que decía mientras le daba la espalda-. No forma parte de nuestro acuerdo.

¡No formaba parte de su acuerdo! Petra recibió esas palabras como un jarro de agua helada que la devolvió de nuevo a la realidad. Sentía una inexplicable mezcla de humillación, vergüenza, malestar y desazón.

Se acercó al fax, impulsada por la necesidad de hacer algo, antes que por el interés del mensaje. Cuando finalmente centró la atención en la máquina atisbo, a través de las turbulencias de sus propios pensamientos, que solo se trataba de propaganda de una agencia de turismo que se hacía eco de sus últimas ofertas.

Mientras mantenía la mirada fija en la irregular tipografía del mensaje, incapaz de volverse para enfrentar la mirada de Blaize, escuchó la puerta al abrirse y, segundos después, cerrarse de nuevo.

A pesar de que seguía de espaldas, la mirada fija en el fax, sabía por la calidad del aire a su alrededor que Blaize se había marchado.

Algún día... en otro momento, quizá... habría agradecido que eso hubiera ocurrido. Hubiera agradecido que los hubieran interrumpido y que se hubiera marchado. Algún día. ¡Pero no en ese momento!

Capítulo 5

Petra, visiblemente deprimida, apartó la bandeja del desayuno sin probar un bocado. Clavó la mirada en el paisaje que, iluminado por el sol, se extendía ante sus ojos más allá de las ventanas del comedor del hotel.

Esa mañana había preferido tomar el desayuno en la sala común antes que en su habitación, confiada en que el ajetreo de la gente le quitaría de la cabeza los acontecimientos de la noche anterior, ¡y a Blaize!

Cada vez que pensaba en él, y eso ocurría con mayor frecuencia de lo que requería para la paz de espíritu, se sumergía en una vorágine de sentimientos encontrados, entre el deseo y el desprecio. Y esa situación le provocaba un desconcierto y una incredulidad que nunca había experimentado. ¿Cómo era posible que se sintiera atraída por él?

Petra frunció el ceño al dirigir la mirada hacia el vestíbulo del hotel. Esa mañana había más personal uniformado de lo que podía recordar en días anteriores.

El camarero le había retirado la bandeja del desayuno. Petra, decidida a hacer tiempo mientras aguardaba a su tía, se acercó a la pizarra que había junto a un despacho privado y estudió las excursiones organizadas por el hotel. Había una que le llamaba poderosamente la atención. Petra leyó los detalles con detenimiento varias veces.

Un paseo, acompañada de un guía, hasta el desierto que incluía una noche en un oasis exclusivo donde se podía experimentar de primera mano la majestuosidad del desierto. El desierto... Rápida, antes de que cambiara de idea. Petra entró en el despacho y salió a los diez minutos con una reserva. Una noche alejada de Blaize le daría tiempo para calibrar los daños que la reacción física de su cuerpo había causado en sus principios morales y le permitiría recuperar su equilibrio. Necesitaba un descanso, algo de tiempo.

Mientras caminaba en dirección al vestíbulo escuchó una voz en su interior que le aseguró, en un susurro, que existía un modo más descabellado y peligroso para poner fin a ese incendio en su interior. Podía combatir el fuego con fuego. Pero ¿qué armas utilizaría? ¿Su propio deseo sexual? ¿Avivar ese fuego interior y entregarse a él hasta que la destruyera por completo?

Tenía el tiempo justo para subir a la suite y limpiar un poco antes de que llegara su tía. Petra sonrió al grupo de empleados uniformados que aguardaban junto al ascensor privado que llevaba al ático.

-Parece que todo el mundo está muy ocupado -comentó.

Uno de los hombres uniformados entornó los ojos y explicó a media voz.

-Hay una reunión en el ático entre los propietarios del hotel.
Los propietarios del hotel. Petra sintió una leve vibración en el corazón. ¿Significaría eso que Rashid ya había regresado? Y si ese era el caso, ¿cuánto pasaría antes de que mandara buscarla?
-¡Mmm... huele de maravilla! -asintió Petra con una sonrisa mientras aspiraba la pepita de incienso que su tía sostenía para ella.
Estaban en el mercado de las especias, donde su tía había regateado con profesionalidad antes de decidirse por el incienso que le había dado a oler a Petra. Algo intrigada, Petra estudiaba ahora la especia en su mano.
Resultaba abrumador el hecho de que estuviera en pleno siglo XXI sosteniendo en la mano algo que había sido de uso común para civilizaciones tan antiguas que no era posible comprender el salto en el tiempo que separaba ambas épocas. Petra reconoció que esa tierra provocaba ese efecto en las personas y devolvió la pepita al comerciante con un gesto de gratitud, mientras su tía sugería que fueran a tomar un refrescante zumo natural.
-Tengo buenas noticias para ti.
Petra advirtió, mientras su tía le ofrecía su bebida, que parecía radiante.
-Tu abuelo se encuentra mucho mejor y me ha pedido que te invite esta tarde.
Petra estuvo a punto de derramar el zumo. ¿Sería una coincidencia que su abuelo quisiera verla el mismo día que el jeque Rashid había regresado a Zuran? Todo su cuerpo se puso a la defensiva.
-Lo siento, pero me temo que eso no va a ser posible. Yo... tengo planes.
Petra estaba orgullosa de su capacidad para mantener la calma, si bien no había podido mirar a su tía a los ojos y no dejaba de juguetear con el vaso entre las manos.
El silencio inmediato dejó claro que esa no era la respuesta que había aguardado su tía y Petra se sintió inmediatamente culpable. Por nada del mundo quería ofender a su tía. siempre amable con ella, pero conocía los planes de su abuelo.
Su tía estaba sonriendo, pero Petra advirtió que parecía un poco forzada.
-Tu abuelo va a desilusionarse, Petra -dijo su tía con calma-. Está deseando conocerte, pero si estás ocupada...
-He reservado una plaza para una excursión al desierto, mañana -explicó Petra a modo de excusa-. Y necesito tiempo para los preparativos.
Su tía asintió con la cabeza en silencio ante las explicaciones de Petra. Insistió en acompañarla hasta el hotel, pero allí rechazó la invitación de su sobrina para tomar una taza de café. Estaba a punto

de subirse al taxi que habían pedido para ella en recepción cuando Petra, animada por un impulso instintivo que no llegaba a comprender, corrió tras ella.

-He cambiado de idea -dijo con voz ronca-. Creo que iré a ver a mi abuelo esta tarde.

Petra se mordió el labio inferior, mortificada ante su propia debilidad, mientras su tía asentía radiante y se fundía en un abrazo con ella.

-Ya sé que esto no te resulta fácil, Petra, pero te prometo que tu abuelo no es un ogro. Solo quiere lo mejor para ti, de corazón.

Un leve escalofrío de prevención le recorrió la espina dorsal mientras absorbía las palabras de su tía y su significado oculto. Pero ya era demasiado tarde para echarse atrás.

-Tu abuelo descansa un rato después de la comida, pero lo arreglaré todo para que un coche pase a buscarte y te lleve a la villa. El chófer te recogerá a las cuatro y media. ¿Te parece bien?

Petra solo pudo inclinar la cabeza en señal de asentimiento.

Había confiado en que Blaize trataría de ponerse en contacto con ella. Después de todo, todavía no le había pagado por sus servicios, pero no tenía mensajes ni hacía dado señales de vida.

Petra intentó convencerse de que la presión que sentía en el pecho se debía a la ansiedad que le atenazaba. Deseaba comentar con él los acontecimientos del dia para establecer el curso de su estrategia. Era completamente normal que sintiera esa ansiedad y cierta urgencia ahora que sabía que el jeque Rashid estaba de vuelta. Y, acerca de lo ocurrido la noche anterior, ¿qué importancia tenía un beso? Quizá su reacción había sido un poco desmedida, pero eso era asunto suyo. No era tan ingenua cómo para engañarse y pensar que ese beso había significado algo para Blaize.

¿Por qué no se había puesto en contacto con ella? ¿Y por qué no se había preocupado ella de conseguir un medio para ponerse en contacto con él?

Ya eran más de las dos, pero la verdad era que seguía sin hambre. La cita de esa tarde con su abuelo le había encogido el estómago. Y la tensión le había subido varios grados ante la falta de noticias de Blaize.

Ya era hora de que se arreglase para su encuentro con su abuelo. Petra vaciló mientras examinaba su ropero. El vestido de lino con la chaqueta sería una buena opción, modesta pero elegante. Claro que también estaba el vestido turquesa, o... Le tembló la mano ligeramente mientras sacaba un traje pantalón negro del armario. Era muy sencillo, en hilo de algodón, pero siempre significaría algo muy especial para ella. Era el vestido que su madre le había comprado unas pocas semanas antes de su accidente, un regalo de buena suerte para

sus entrevistas en la universidad.

Petra lo había estrenado, sin embargo, en el funeral de sus padres. Pero cada vez que acariciaba la tela recordaba la mirada alegre y algo burlona de su madre cuando la había llevado a la boutique para anunciarle que pensaba hacerle un regalo. Y la felicidad y el orgullo en su sonrisa cuando había insistido en que desfilara ante ella con prácticamente todos los modelos de la tienda antes de decidir que aquel sería el adecuado.

Ese modelo guardaba una memoria táctil de su madre, el recuerdo de su cariño, y a veces hasta habría jurado que podía reconocer el aroma de su madre, su verdadera esencia, su alma.

Las lágrimas afloraron como cuchillas en sus ojos. Su madre no podría acompañarla en ese momento, pero con ese vestido llevaría con ella parte de su ser y, de ese modo, juntas se enfrentarían al hombre que les había causado tanto dolor.

Petra se miró en el espejo y asumió que el vestido todavía le sentaba bien, incluso demasiado holgado. Ya eran casi las cuatro y media. Tenía que bajar al vestíbulo.

Su aspecto de mujer de negocios atrajo las miradas discretas de varios hombres en su camino hacia la salida. Una vez más había una alfombra roja que conducía hasta un buen número de limusinas negras aparcadas con las banderas ondeando.

Petra se fijó en la comitiva mientras esperaba que pasaran a buscarla. Pero su interés desapareció en cuanto un coche se paró a su altura y su primo Saud salió del asiento del copiloto con una amplia sonrisa y se acercó a ella.

Mientras se abrazaban, Petra observó de reojo que uno de los conductores de las limusinas se cuadraba ante la aparición de un grupo de hombres uniformados que salían del hotel por una puerta privada. Pero fue Saud que se quedó mirando al grupo, sujeto al brazo de su prima mientras crecía en él la excitación.

-Ahí está Rashid -dijo- con su tío abuelo.

-¿Qué? ¿Dónde? -dijo con el corazón en vilo, pero cuando miró en dirección al grupo el último de los hombres ya había entrado en la limusina.

-¿Ya has tenido ocasión de conocerlo? -preguntó—. Es genial, ¿verdad?

Petra reprimió una mirada lúgubre. Estaba claro que SLI joven primo idolatraba al pretendiente que habían e'egido para ella.

-No, todavía no -contestó y subió al coche, pero enseguida añadió-. Entonces, ¿Rashid llevaba túnica?

-Sí, en efecto.

-¿A pesar de su educación occidental?

-Sí -indicó su primo, desconcertado, pero enseguida sonrió-, ¡Ah, ya

entiendo! El padre de Rashid y su tío, que pertenece a la Familia Real, eran íntimos. El tío abuelo de Rashid ha sido una especie de... patrocinador para él desde la muerte de sus padres. Murieron cuando su avión se estrelló en el desierto. Yo ni siquiera había nacido y Rashid era un niño, pero se lo he oído comentar a mi padre y mi tío. En ese tiempo Rashid estaba en Inglaterra, en el colegio, pero su tío abuelo lo recibió y lo acogió en su familia como un hijo más. Es un gran honor para nuestra familia que su tío abuelo acepte su enlace contigo. Y también es bueno que seas una mujer modesta, prima, porque Rashid no aprueba la conducta de algunas de las turistas que vienen a Zuran.

-¿De veras? -preguntó con una dulzura peligrosa-. ¿Y qué hay de su propia actitud?

-Rashid es un hombre muy recto, todo el mundo lo sabe. Sus principios éticos son inamovibles. Zara, mi novia, dice que se avergüenza de su sexo ante el modo en que las mujeres lo persiguen. Es un hombre muy rico y, siempre que lo ven en el hotel intentar llamar su atención. Pero a él no le interesan. Zara dice que se debe a... -miró a su prima concentrado, pero ella estaba demasiado furiosa antes esas ingenuas revelaciones para prestarle atención.

-Rashid es un hombre muy orgulloso y nunca haría nada que pudiera deshonrar a su familia -prosiguió Saud con solemnidad.

En otras circunstancias, el fervor juvenil de su primo y la seriedad de su discurso habrían dibujado una sonrisa en sus labios. Pero en ese momento, las inocentes revelaciones de Saud no hacían sino alimentar la animosidad de Petra a ese hombre todavía desconocido que había tenido la deferencia de considerarla una buena candidato como esposa.

Bueno, no tardaría en comprobar, sin ningún género de dudas, que ella representaba exactamente el tipo de mujer que más despreciaba. De hecho, cuanto más sabía de ese jeque Rashid más segura estaba de que jamás podría casarse con él.

Ya habían llegado a la mansión familiar y Petra contuvo la respiración mientras cruzaban la entrada fortificada y se adentraban en el patio.

Su abuelo había insistido en conservar la casa que había pertenecido originalmente a la familia desde los tiempos en que Zuran había sido un puerto comercial y ellos se habían dedicado al mercadeo. Si bien, tal y como le había explicado su tía, lo habían convencido para añadir un ala de nueva construcción a la casa. En la parte antigua, sin embargo, todavía se conservaban ornamentos en el alero del tejado.

La familia ya no seguía la tradición según la cual las mujeres vivían en habitaciones separadas, tal y como su madre le había contado que ocurría en su infancia. Pero su tía explicó a Petra, ya instaladas en un

elegante salón, que su abuelo todavía conservaba sus aposentos privados.

-Kahrun, su criado, te acompañará -le dijo su tía-. Ha estado muy enfermo, Petra y te rogaría que... pasaras por alto sus modos, aunque no los compartas. Quería con locura a tu madre y su muerte...

Guardó silencio, dubitativa, y sacudió la cabeza. Petra, por su parte, se mordió el labio y reprimió el impulso que la empujaba a pedir explicaciones a su tía.

Apareció una doncella con una taza de aromático café en señal de bienvenida. Su madre nunca había perdido la pasión por esa bebida y ese aroma trajo a la cabeza de Petra su imagen.

Varios minutos después, tras rechazar una segunda taza, llegó un criado en zapatillas, se inclinó ante ella y 'e rogó que le siguiera.

La cabeza alta y el corazón a mil, Petra siguió sus pasos. Tuvo la sensación de que cruzaban un sinfín de pasillos hasta que, finalmente, se detuvieron frente a una puerta de madera labrada. La habitación que apareció tras la puerta era fresca y estaba en penumbra. Las ventanas estrechas daban a un jardín cercado desde el que se escuchaba el sonido del agua, tan querido por los habitantes del desierto. El aire que se respiraba en la habitación era intenso, especiado. Eso trajo a su memoria la cajita en la que su madre había guardado lo más preciado de su patria perdida y su familia.

Las emociones le habían empañado la visión y no le resultaba posible distinguir con claridad los rasgos del hombre reclinado en el diván, a pocos metros. Pero escuchó su voz con nitidez.

-Acércate para que pueda verte -ordenó-. Los médicos me han prohibido que me esfuerce, así que debo quedarme tumbado en este diván, lleno de dolores, para no llevarles la contraria.

Petra escuchó la risa burlona que acompañó su queja mientras controlaba sus emociones. La descripción que su madre le había hecho de su abuelo dibujaba en su mente la imagen de un hombre cruel y testarudo. Un hombre que había abusado emocionalmente de ella. Y ahora que su vista se había aclarado confiaba en que vería todas esas cosas reflejadas en él. Pero el hombre que tenía frente a ella parecía muy frágil. Una mano extendida de dedos largos reposaba sobre la colcha, profusamente bordada, y su expresión marcaba el orgullo familiar. Pero en los ojos oscuros que buscaban con avidez su rostro no encontró nada parecido al rechazo y la ira que tanto daño habían hecho a su madre.

-No me parezco demasiado a mi madre -dijo Petra con frialdad.

-No es necesario. Eres hija suya y eso basta. ¡Sangre de mi propia sangre! He esperado mucho por ti, Petra. A veces he presentido que no llegarías a tiempo y que nunca llegaría a conocerte. Claro que siempre te he tenido en mi corazón. Te equivocas -añadió de pronto con voz

fuerte-. Te pareces mucho a Mija. Ella fue mi favorita, mi hija pequeña. Su madre fue mi tercera esposa.

Petra apartó la vista con rabia.

-No apruebas mis palabras. No tienes que negarlo, puedo verlo en tus ojos. ¡Brillan con el fuego de tus emociones! Y en ese también te pareces a tu madre.

Petra no confiaba en su capacidad para hablar. Pero la había asombrado el aspecto tan vulnerable de su abuelo. Sabía que sería un hombre mayor, ya que había tenido a su madre con más de cuarenta, pero había imaginado que seguiría siendo el hombre fiero y despótico que recordaba de su infancia. Pero tenía ante ella un anciano de barba blanca en cuya mirada convivía una mezcla de compasión y solidaridad. Y eso incomodaba a Petra.

Parecía que todo lo que había planeado para ese momento, la crudeza de su discurso, las explicaciones, el cinismo y el desprecio se negaran a florecer. En cambio...

Petra levantó la mano y el brazalete dorado brilló en la oscuridad. Su abuelo se tensó de inmediato.

-Llevas el brazalete de Mija -murmuró-. Fue mi último regalo... Aquí tengo una fotografía suya donde lo lleva puesto.

Ante su asombro, su abuelo tomó un álbum que ella no había visto y le pidió que se acercara para que pudiera ver lo que quería enseñarle. Mientras sus frágiles dedos pasaban las hojas notó cómo le daba un vuelco el corazón. Todas las fotografías del álbum eran de su madre, y algunas de ellas...

Notó cómo las lágrimas le abrasaban los ojos al tiempo que reconocía algunas de las instantáneas. Había una fotografía de ella, nada más nacer, en brazos de su madre. Su padre había tenido esa misma fotografía Presidiendo su despacho, en la habitación que había elegido cuando trabajaba en casa.

Sacó de súbito la mano e impidió a su abuelo que siguiera pasando páginas. Fue incapaz de reprimirse y tomó la palabra con voz temblorosa.

-Esa fotografía. ¿Cómo es... ?

-Tu padre me la envió -dijo-. Me mandó muchas fotografías tuyas, Petra, y también muchas cartas.

-¡Mi padre!

Eso era nuevo para ella y le llevó varios minutos asumir esa revelación. Era duro aceptar que hubiera hecho algo así. pero era mucho peor asumir que lo hubiera en hecho en secreto, sin pedirle consulta. ¿También se lo habría ocultado a su madre? Petra sintió un escalofrío. ¡Eso no era posible! ¿Qué lo habría impulsado a algo así cuando sabía todo el daño que había soportado su madre por culpa de las decisiones de su abuelo?

Levantó la vista hasta encontrarse con los ojos de su abuelo, y comprendió que él sabía exactamente lo que estaba pensando.

Algo molesto, le pidió que se acercara todavía más. Ella dudó, pero él insistió.

-Hay una caja allí. Me gustaría que me la acercaras.

La caja estaba sobre una mesa de madera tallada y era suave al tacto. Podía afirmar, solo con verla, que era una verdadera antigüedad.

-Esto perteneció a mi abuelo -dijo su abuelo al sostener la caja-. Era mercader y siempre llevaba esta caja consigo. Decía que la habían hecho originariamente para un sultán del antiguo Imperio Otomano. Era un gran narrador y muchas tardes me salté las clases para sentarme a sus pies y deleitarme con sus historias. ¡Tanto si eran verdaderas como si eran simples fábulas!

Mientras hablaba alcanzó un manojo de llaves y lo removió hasta que encontró la que buscaba. Forcejeó un poco con la cerradura, pero al fin venció la resistencia de la cerradura y levantó la tapa. Al instante Petra absorbió las esencias de sándalo que emergían de su interior.

No podía distinguir en el interior de la caja, así que aguardó mientras su abuelo suspiraba y revolvía entre los objetos hasta que dio con lo que buscaba.

-Lee esto -le ordenó mientras le entregaba un sobre arrugado de correo aéreo-. Es una carta de tu padre, donde me anuncia tu nacimiento.

Petra, vacilante, tomó el sobre. No estaba segura de sentirse preparada para leer algo así. Toda su vida había considerado a su padre un hombre de rígidos principios morales e infinita compasión, un hombre de honor. Si leyera algo que pudiera corromper esa creencia...

-¡Vamos, lee! -la urgió su abuelo.

Tomó aire y sacó la carta del sobre.

La carta iba destinada a su abuelo con todas las formalidades diplomáticas.

Al padre de mi amada esposa, Mija.

Tengo el placer de notificarle que soy el orgulloso padre de la niña más bonita del mundo. Pensé, cuando Mija entró en mi vida, que no tendría sitio en mi corazón para amar a nadie más, tan grande es mi amor por ella, pero estaba equivocado. Le escribo en calidad de padre para hacerle partícipe del más preciado regalo que hemos recibido con el nacimiento de Petra y decirle que ahora compartimos esa faceta, ambos somos padres, y hemos sido bendecidos con el privilegio de nuestras hijas.

Y es en calidad de padre que le escribo para que reconsidere su decisión

de expulsar a Mija de la familia, por su propio bien antes que el nuestro. Hice la promesa solemne de que entregaría a Mija todo el amor que ella reclamara de mí. Nos tenemos el uno al otro, tenemos a nuestra hija y nuestras vidas rebosan amor y felicidad. Pero ¿y usted? Le ha dado la espalda a su hija , ha rechazado su amor y el de su nieta.

Le ruego que piense en esto y olvide su orgullo. Sé lo mucho que significaría para Mija recibir unas palabras suyas en estos momentos.

Sea cual sea su decisión, he prometido a mi hija que me aseguraré de que usted, su abuelo, y el resto de la familia estén informados de sus progresos.

La carta terminaba con la rúbrica de su padre, pero Petra apenas la distinguió. El papel temblaba entre sus manos y las lágrimas la quemaban. Se sentía avergonzada al pensar que había dudado, por un solo instante, de la nobleza de su padre.

Su abuelo guardo la carta en la caja, cerró con llave y habló con voz áspera.

-Tu padre era un buen hombre, aunque no fuera el marido que yo había elegido para Mija -dijo.

-Mi padre era un hombre maravilloso y muy especia! -corrigió ella con orgullo.

¿Su madre habría sabido lo que había hecho? De ser así, ¡nunca se lo había comentado! Claro que tampoco su padre lo había hecho. De pronto, pese a que conocía los planes de su abuelo, se alegró de esa visita.

-Comprendió mis sentimientos como padre -aseguró su abuelo.

Petra cerró los ojos para contener el caudal de emociones que afluían en masa.

-¡Y ahora lo dices! Aseguras que has querido a mi madre. Pero nunca hiciste nada para recuperar el contacto, para... -Petra iba a mencionar el perdón, pero el único culpable había sido su abuelo-. ¡Tendrías que haber comprendido cuánto habría significado para ella una sola palabra tuya!

No podía reprimir sus sentimientos ni su dolor por más tiempo. Sabía que su abuelo podía soportarlo igual que ella.

-Cuando se marchó le dijiste que jamás permitirías que se mencionará su nombre en tu presencia. Dijiste

que estaba muerta, para ti y para la familia, y prohibiste que mantuvieran contacto con ella. Abandonaste a tu hija a su suerte... -Petra sorbió la nariz igual que un niño-. ¡Permitiste que se fuera de este mundo con la certeza de que no la amabas! ¿Cómo pudiste hacer algo así?

Mientras Petra buscaba un poco de autocontrol observó el dolor en los ojos de su abuelo. Creyó atisbar un estremecimiento de su cuerpo y su aspecto se tornó todavía más frágil y vulnerable que cuando había

entrado en la habitación.

-Nada de lo que pueda decir aliviará tu dolor. No puedo ofrecerte palabras de consuelo que puedan aligerar tu carga, ni la mía -dijo su abuelo con pesadumbre-. Es demasiado pronto. Quizá, con el tiempo... Pero, a mi edad, el tiempo ya no es un aliado. Lamento que no hayamos podido recibirte como mereces en la casa de tu madre, Petra. Pero tan pronto como el médico deje de maltratarme ordenaré que te preparen una habitación. Tenemos mucho que discutir todavía.

¿Como, por ejemplo, su deseo de casarla con el hombre de su elección? Petra levantó la guardia de inmediato. Quizá su aspecto frágil jugara a su favor, pero ella no podía olvidar hasta qué punto era astuto y taimado.

Y una vez que viviera bajo su mismo techo sería su prisionera. ¡No tenía manera de salir del país sin su pasaporte! Así que no tenía más remedio que seguir adelante con su plan para que Rashid la rechazara como esposa.

¿Incluso si eso implicaba una nueva cita con Blaize y sus posibles consecuencias? Petra no se sentía capaz para responder a esa pregunta. Distrajo sus pensamientos y se volvió hacia su abuelo, dispuesta a dejar clara su voluntad de independencia.

-Ya he hecho la pertinente reserva para una excursión al desierto...

-¡El desierto! -sus ojos se iluminaron con improvisada alegría-. Es una gran idea que quieras visitar la tierra de tus orígenes. ¡Ojalá me fuera posible acompañarte! Pero tienes que contármelo todo. Llamaré al hotel para informarlos de que Kahrun pasará a buscarte a tu regreso.

Parecía cansado, pero Petra sabía que su orgullo no le permitiría admitir esa debilidad. Independientemente de las otras mentiras que le hubieran contado. Petra admitía que la enfermedad de su abuelo sí había existido. Era patente en el tono mortecino de su piel y la vulnerabilidad de su perfil. Una emoción inesperada y poco deseada embargó a Petra. Una cierta proximidad, la llamada de la sangre para la que no había estado preparada y contra la que no podía combatir. Se trataba de su abuelo, el padre de su querida madre, y era un puente a través del cual podrían revivir algunos de los más intensos recuerdos de la vida de su madre.

Tragó saliva con dificultad, se levantó y colocó sus manos entre las manos extendidas de su abuelo.

-Hija querida de mi querida hija -susurró cuando se abrió la puerta y apareció Kahrun para acompañar a Petra hasta la salida.

Solo cuando iba camino del hotel en el coche que conducía Kahrun se preguntó por qué no habría retado a su abuelo y lo había informado de que conocía sus planes. ¿Acaso las emociones que había mostrado habían sido sinceras? ¿O solo había manipulado la situación en

beneficio propio? ¿Se habría dejado influir por la aparente fragilidad de su estado, la carta de su padre y unas pocas palabras emocionadas?

Pero ¡había muchas más cosas que entraban en juego! En presencia de su abuelo, en la casa donde había crecido su madre, se había enfrentado a un torrente de emociones ocultas.

La prematura muerte de sus padres la había obligado a madurar muy deprisa y a convertirse, de algún modo, en su propio tutor. Su padrino, pese a su amabilidad, era un hombre soltero dedicado a su carrera diplomática que desconocía las necesidades de una adolescente de diecisiete años. Petra sabía que, si hubiera tenido otro carácter, podría haberse desbocado. El estilo de vida de su padrino le había otorgado mucha libertad sin vigilancia. Había tenido que tomar decisiones sobre su futuro más propias de un adulto. El resultado había sido que había tenido que censurar su propia conducta y había tenido que responsabilizarse de su estado emocional y ético.

Ahora, en la habitación de sus padres, había comprendido de pronto el peso de esa carga y cuánto había necesitado la presencia de alguien que se hiciera cargo de eso. Un consejero que le hiciera de guía, que la protegiera y la amara. Hasta que, de pronto, había necesitado la familia que le había arrebatado el destino. Y cuánto la necesitaba todavía...

Reconoció que ahí estribaba el verdadero peligro. Necesitaba la aprobación de su familia, y eso podía conducirla a entregar su libertad y su independencia como moneda de cambio.

El peso de sus propios pensamientos estaba empezando a producirle un insoportable dolor de cabeza.

Capítulo 6

Petra, de pie frente al espejo de su dormitorio, cerró los ojos para apaciguar el escozor. Apenas había dormido y, en los ratos que había conciliado sueño, se había visto acechada por oscuras pesadillas en las que la acosaba un hombre con una túnica blanca que mantenía sus rasgos ocultos. En el sueño había pedido auxilio a Blaize para que la rescatara, pero aunque lo veía en la distancia no se había hecho eco de sus súplicas. Había permanecido absorto con la cohorte de mujeres medio desnudas que lo rodeaban.

Tan solo en una ocasión se había vuelto para mirarla, había sacudido la cabeza y se había mostrado muy cruel.

-Déjame en paz, pequeña virgen. No me interesas.

Y ahora, a pesar de la luz del día, Petra sentía una sombra oscura cerniéndose sobre ella. Ya casi no le quedaba tiempo para convencer a Rashid de que ella no era una buena candidata. y Blaize seguía sin dar señales de vida.

Se alejó del espejo en un estado semiletárgico. Ya había preparado la bolsa para pasar una noche fuera, tal y como le había aconsejado la agencia de turismo mediante un fax, y estaba vestida para la excursión. Llevaba una camiseta de manga corta, pantalones caqui de combate y unas zapatillas a prueba de arena. También llevaba una chaqueta de manga larga para proteger los brazos del sol y de la arena, un sombrero, gafas de sol y una botella de agua. Pero había perdido el espíritu de aventura que la había animado a contratar la excursión y, en su lugar, sentía un enorme vacío.

¿Se debía a que no había tenido noticias de Blaize? ¿Un hombre que conocía hacía menos de una semana? ¡Un hombre cínico que utilizaba su físico para alcanzar un estilo de vida que era virtualmente opuesto a las creencias de Petra! No era posible que estuviera pensando seriamente que podía sentirse atraída por él, ¿o sí? ¿Había cobrado tanta importancia para ella que veinticuatro horas sin verlo habían bastado para provocarle ese sentimiento de que su vida estaba vacía y carecía de valor?

Petra admitió que estaba asustada, ¡y con razón! Esa idea justificaba con creces los terribles escalofríos que le subían por la espina dorsal. De ningún modo podía permitirse enamorarse de Blaize.

¿Enamorada? ¿En qué momento el amor había entrado a formar parte de la ecuación? Trató de restarle importancia a ese disparate.

Dos días antes ni siquiera habría admitido que le resultara físicamente atractivo. Y dos días más atrás ni siquiera había tenido conciencia de su existencia. Sin embargo ahora estaba intentando convencerse de que lo amaba. No, no era eso. Estaba intentando convencerse de que no lo amaba.

Sonó el teléfono. Descolgó el auricular con premura. Llamaban de

recepción para informarla de que su transporte ya había llegado.

Petra agarró la bolsa y se dijo que un poco de aire fresco le vendría bien. Era una lástima que viviera en el siglo xxi. Un siglo antes habría podido atravesar la frontera en una caravana de camellos sin necesidad de su pasaporte.

Un grupo de recién llegados abarrotaba el vestíbulo. El recepcionista solo pudo señalar a Petra el coche aparcado en la entrada con un logotipo en el lateral.

A pesar de las gafas de sol, la luz era tan intensa que la cegó momentáneamente mientras avanzaba hacia el coche. Todavía no se había acostumbrado al brillo de la luz cuando una mano agarró su bolsa de viaje al tiempo que otra mano igual de fuerte rodeaba su cintura y la ayudaba a subir al coche. Escuchó el portazo de la puerta y después el golpe sordo del maletero. Al tiempo que el conductor ocupaba su sitio frente al volante, Petra se volvió hacia él con la expresión petrificada por el asombro al reconocer a su acompañante.

-¡Blaize! -exclamó sin voz-, ¿eué estás haciendo aquí?

Petra intentó apartar la mirada de él mientras boqueaba como un pez fuera del agua. Sentía tanta presión en el pecho que resultaba dolorosa y una ola de calor crecía en su interior en una reacción muy reveladora.

-Reservaste una excursión al desierto -dijo, lacónico, mientras encendía el motor y arrancaba el coche.

-Sí, pero...

-Pero ¿qué? -replicó con cierta indiferencia-. Pensé que resultaría más lógico que yo te acompañara. El desierto es un lugar muy seductor, según me han dicho, y a tu pretendiente no le gustará enterarse de que su futura esposa ha pasado la noche en un oasis con otro hombre. ¿Qué tal te fue con tu abuelo? ¿Está todo perdonado? -preguntó sin mucha trascendencia.

-Mi madre era la única que merecía una retractación -dijo Petra con calma-. Pero falleció con el convencimiento de que había dejado de quererla.

Se produjo un breve silencio antes de que Blaize retomara la palabra en un tono excesivamente solemne, desconocido.

-En ese caso, supongo que tu abuelo nunca podrá perdonarse.

-¡Sus sentimientos no son asunto mío! -contestó Petra con furia, pero una voz interior le recordó que eso no era enteramente cierto-. Pensaba que su enfermedad era una simple farsa.

-¿Y es cierto? -preguntó Blaize.

-No -reconoció Petra-. Pero eso no le da derecho a utilizarme para sus propios fines.

-Quizá piense que este matrimonio pueda beneficiarte -sugirió Blaize-. Su generación todavía cree que una mujer necesita un

protector, un marido. Y eso te mantendría aquí, junto a la familia de tu madre, y te daría estabilidad económica.

-¿Qué? -lo miró con incredulidad-. ¿Cómo puedes pensar eso después de lo que te he contado? Mis sentimientos... mis necesidades... es lo último en lo que piensa.

-¡Eso es lo que tú te figuras! Si pudieras marcharte de Zuran ahora mismo, ¿qué harías? ¿Adonde irías?

Petra lo miró fijamente. ¿Qué sentido tenía que ahora ejerciera de abogado del diablo? ¿Acaso lo hacía solo por diversión?

-Volvería a casa, a Inglaterra. Tengo veintitrés años y aunque estoy licenciada, me gustaría mejorar mi formación. El mundo está lleno de desigualdades sociales. Es algo que el trabajo de campo con las organizaciones humanitarias me ha enseñado. Me gustaría hacer algo para ayudar a la gente más necesitada.

-Podrías hacer mucho más si fueras una mujer rica que como simple colaboradora.

-Ya te he dicho que nunca me casaría con un hombre al que no amara y respetara. Y, según lo que me ha contado mi primo Saud, esperan que me comporte ante Rashid como ante un dios menor. Saud lo venera y no ve el momento en que nos casemos para presumir de que son familia. ¡Y no es el único, por supuesto! Por lo que he oído parece que toda mi familia está loca de alegría ante la idea de esa boda. Todo lo que oigo son bendiciones de ese Rashid...

-Parece que tu primo está bien informado -señaló

Petra apreció una cierta aspereza en su voz que la Molestó.

-Saud es joven e impresionable. Ya te he dicho que siente admiración por Rashid y cree ciegamente en su bondad -explicó.

-Una persona joven a veces necesita un modelo en el que mirarse y un mentor.

-Sí, estoy de acuerdo. Pero un hombre que divide a las mujeres en dos categorías, buenas y malas, morales e inmorales, mientras se permite vivir como le apetece no me parece un modelo demasiado bueno para...

-Si miras a la izquierda verás a los caballos de la realeza en sus ejercicios -interrumpió Balize con calma.

Interrumpida en mitad de su discurso. Petra se vio tentada de continuar con su diatriba, Pero entonces vio a los caballos y sus jinetes. La emoción de contemplar tanta belleza y tanto poder la dejó muda mientras pagaba un tributo silencioso ante semejante espectáculo.

-Entonces, ¿debo deducir que sigues totalmente en contra de ese matrimonio? -preguntó Blaize al cabo de unos minutos.

-Por supuesto. ¿Cómo no iba a estarlo? No puedo casarme con un hombre al que no amo -contestó Petra.

-Quizá llegarías a amarlo después de la boda.

Petra dirigió a Blaize una mirada desdeñosa.

-Nunca -negó con vehemencia-, e incluso si eso llegara a ocurrir, dudo mucho que ese jeque me correspondiera. Para él nuestro matrimonio solo sería la consecuencia de un buen negocio. Tengo que hacerlo cambiar de opinión y que ni siquiera considere esa posibilidad.

-¿Has pensado que podría sentirse igual que tú frente a esta situación? ¿Has sopesado la idea de ponerte en contacto con él para hablar sobre el tema?

Petra lo fulminó con la mirada.

-Al contrario que en mi caso, él ha tenido la oportunidad de negarse a este acuerdo. Al fin y al cabo, nada de esto habría ocurrido sin su tácito consentimiento. Además, ¿por qué te empeñas en apoyarlo ahora? ¿Acaso ya no te interesan las cinco mil libras?

¿O quizá quería desembarazarse de ella porque había notado lo que ella sentía por él? Era razonable que un hombre como él no quisiera complicarse la vida con una mujer enamorada.

¿Enamorada? Pero ella no estaba enamorada, ¿verdad? Petra cerró los ojos, pero era inútil. ¿Acaso no había soportado ya suficiente dolor en su vida para, deliberadamente, añadir todavía más?

-Agárrate. Dentro de poco dejaremos la autovía y tomaremos una pista de tierra en el desierto -avisó Blaize sin quitar los ojos de la carretera.

Petra jadeó y se sujetó al asiento mientras viraban y acometían una serie de dunas de arena a través de una pista poco menos que invisible a sus ojos. Pero Blaize parecía tranquilo y muy capaz de conducir en esas condiciones.

En apenas unos minutos, Petra observó que la carretera había desaparecido y estaban rodeados por un paisaje de dunas que se extendía hasta el horizonte. Presa de cierta ansiedad, se volvió y giró el cuello para mirar en la dirección que acababan de abandonar.

-¿Cómo sabes el camino? -preguntó, algo indecisa.

-Puedo establecer nuestro rumbo en función de la posición del sol -dijo sin mayor importancia y añadió-. Además, todos estos coches vienen equipados con sistemas de navegación por satélite y brújula. Es necesario en un país como este. Una mala tormenta de arena no solo puede reducir la visibilidad a cero, también puede borrar todas las huellas. ¿Ves eso de ahí?

Señaló en dirección a un punto donde había un pájaro planeando sobre la inmensidad del cielo azul.

-¿Qué es? -preguntó Petra.

-Es un halcón -contestó y buscó algo en el compartimento que había entre ellos.

Al hacerlo rozó con las yemas de los dedos, sin darse cuenta, la rodilla de Petra, y su cuerpo reaccionó al instante. Un río de lava ardiente creció como una ramera de deseo en su interior. Petra pudo sentir cómo todo su cuerpo se estremecía con avidez. Si se volviera hacia él en ese instante, cubriera su mano con la de el, su boca con la suya... Si lo acariciara del modo en que ella deseaba que él lo hiciera... Pero era demasiado tarde. Ya se había retirado y tenía unos prismáticos en la mano que le ofreció. ¡Unos prismáticos! Pero deséate que le ofreciera... ¡a él!

-Echa un vistazo -dijo-. Seguramente será un halcón entrenado. Un buen número de los habitantes más ricos de Zuran posee negocios de cetrería. Es una antigua tradición que todavía se practica.

Mientras Petra observaba, el pájaro giró súbitamente y voló raudo hasta que desapareció de su vista, atraído por una llamada desconocida.

-A menudo hay exhibiciones de cetrería en el pueblo del desierto donde vamos a pasar la noche -informó Blaize-. Mucha gente tiene miedo de acercarse a estas aves de presa, pero la verdad es que resultan mucho más peligrosos los camellos.

-Eso me decía mi madre -recordó Petra.

Era algo desconcertante que Blaize, auténtico semental de la playa, desplegará unos conocimientos tan profundos de la cultura local y la historia. Deseosa de demostrar sus propios saberes no tardó en recordar a Blaize que ella también pertenecía a esa cultura, si bien era la primera vez que lo vivía de primera mano.

Definitivamente sentía la llamada del desierto, pero Petra estaba demasiado subyugada por la presencia de Blaize para desviar su atención hacia el paisaje. Claro que eso no significaba que se hubiera enamorado de él. Tan solo porque el corazón le latiera a una velocidad inusual y no se atreviera a mirarlo directamente cuando lo que deseaba era mirarlo... y mucho más. admitió en silencio. Pero eso no significaba nada. Nada, salvo que se sentía físicamente atraída por él.

Era consciente de su atractivo y su cuerpo respondía a ese mensaje. Y seguramente, si fuera del todo sincera consigo misma, no solo era una cuestión física.

-Pareces acalorada -escuchó la repentina voz de Blaize-. Tienes que asegurarte de que bebes suficiente agua. El desierto no es un buen lugar para una deshidratación.

Quizá tuviera que sentirse agradecida por el hecho que achacara sus colores al calor antes que al deseo que la impulsaba sin remedio hacia él.

Petra había creído que las reminiscencias de sus propios recuerdos de infancia, en sus excursiones al desierto, la habrían preparado para

el espectáculo que se le ofrecía. Pero comprobó que le faltaba el aire y que lo expiraba en un largo silbido de excitación cada vez que superaban una nueva duna de arena. Ante sus ojos, brillante bajo la luz del sol igual que un espejismo, se extendía el oasis donde se había instalado el campamento que recreaba, de cara a los turistas, la vida en el desierto tal y como era en la época en que los nómadas se desplazaban errabundos por el desierto.

Había varios coches de tracción a las cuatro ruedas aparcados en fila y Blaize frenó junto al último de la fila.

-Espera aquí -le dijo-. Voy a preguntar qué tienda nos han asignado.

¿A ellos? Petra sintió los músculos del estómago retorciéndose mientras procuraba controlar sus emociones. Unos minutos más tarde regresó Blaize y caminaron hasta lo que parecía un pabellón más que una simple tienda, en el extremo del campamento. Descubrió que estaba dividido en tres espacios perfectamente aparados. Había una sala común totalmente equipada, Profusamente decorada con alfombras persas y divanes tapizados en seda, además de dos dormitorios individuales. Blaize la informó de que la ducha estaba aparte y que constaba de todas las comodidades.

Petra lo estaba escuchando a medias. Había abierto la puerta de una de las habitaciones y miraba boquiabierta su interior con expresión atónita, embargada por el placer. A diferencia de la habitación del hotel, ahora contemplaba una auténtica reproducción sacada de Las Mil y Una Noches.

Las paredes interiores del pabellón estaban provistas de sedas orientales bordadas en vivos colores, adornadas con brocados de oro que atrapaban la luz de las lámparas situadas por debajo en cofres de madera labrada esparcidos a lo largo de la habitación. La propia cama, que apenas se elevaba sobre el suelo cubierto de alfombras, también presentaba un cubrecama de seda. Del techo colgaban unas gasas de la más fina muselina que Petra imaginó que, una vez desplegadas, cubrirían la cama por completo. El efecto era de una opulencia y una sensualidad insuperables. Petra no se atrevió siquiera a parpadear por miedo, a descubrir que todo formaba parte de un espejismo.

-¿Hay algún problema? -preguntó Blaíze, a su espalda.

-No -sacudió la cabeza de inmediato-. Es una maravilla...

-Una conjugación perfecta entre la tradición oriental y el cine -apuntó Blaize con cierta sorna mirando de reojo.

-Es precioso -defendió Petra.

-Oficialmente, se trata de la suite para recién casados -explicó Blaize. pero añadió-. Pero no te preocupes. En el caso en que no consigan una pareja o se enfaden, la otra habitación está totalmente equipada.

¡La suite para la luna de miel! ¿Por qué les habrían reservado esa

tienda? ¿O quizá habría sido idea de Blaize para reforzar la idea de que eran amantes?

-Sí te apetece dar un paseo en camello, este es el momento -prosiguió Blaize. decididamente ajeno a la

sensualidad de la habitación y a la tentación que había despertado en Petra.

-¿Más café?

Petra, con una sonrisa, negó con la cabeza y cubrió la taza con la mano en un gesto tradicional que significaba que ya había tomado suficiente.

Eran casi las once de la noche, habían retirado los platos de la cena y el espectáculo estaba a punto de comenzar.

Petra podía sentir el halo de expeciación que emanaba de los espectadores mientras los músicos cambiaron el ritmo y surgió de una de las tiendas una impresionante mujer vestida con las galas típicas de las bailarínas orientales, las manos cubiertas de joyas y un diamante en el ombligo, al tiempo que se contorneaba sensualmente al ritmo de la música.

A su lado, un grupo de turistas se pasaba una pipa de agua. Las chicas reían cada vez que aspiraban el dulce aroma a fresas del humo. Se suponía que provocaba cierta euforia y Petra vaciló cuando le llegó el turno.

-Si no lo prueba tendrá que pagar una prenda, levantarse y bailar con nuestra experta en la danza del vientre -bromeó el guía, sentado a su lado.

Petra, lejos de parecer reservada, aspiró una bocanada rápida. Más relajada mientras reconocía el aroma inocuo a fresas, ofreció la pipa a Blaize. Pero entonces cayó en la cuenta de que se había marchado. Estaba hablando con el cetrero, que sostenía uno de sus halcones encapuchados, y el estampado dorado en el guante de cuero refulgía.a la luz de la hoguera.

Devolvió la pipa al guía y notó que no era la única mujer con la vista fija en Blaize. La bailarina del viento lo miraba fijamente y dirigía sus movimientos hacia el ajena al resto de la audiencia y acercándose a Blaize cada vez más.

¡Y en cuanto a él! Petra experimentó un terrible desgarro provocado por los celos mientras Blaize miraba a la bailarina y sonreía.

Petra habría jurado que conocía el dolor. Pero ahora, para su asombro, comprendió que solo había experimentado una de sus múltiples caras. En ese instante, mientras Blaize miraba a otra mujer, sentía un dolor nuevo y profundo, lo añoraba, necesitaba que fuera solo para ella y apartara de su lado un mundo de agonía.

Pensamientos, deseos y anhelos que habían permanecido ocultos, prohibidos y vetados, escaparon al control que se había impuesto, uno

tras otro, hasta que se vio expuesta a una auténtica avalancha. Un alud emocional que enterró para siempre la posibilidad de que Petra pudiera negar lo que realmente sentía por Blaize.

Luchó, frenética, para que todo aquello cobrara sentido. Pero, en el silencio lúgubre que había seguido a la explosión emocional, su línea de pensamiento había quedado inutilizada por completo.

¿Cómo era posible que estuviera enamorada de Blaize? Se sentía como una de esas minúsculas figuras que adornaban las bolas de cristal en las que se representaba una tormenta de nieve al agitarlas y. de ese mismo modo, todo su mundo se había vuelto del revés. Pero se dijo que no estaba enamorada de Blaize. Imaginó cómo se sentiria si no lo volviera a ver.

La intensidad del dolor la obligó a contener la respiración. ¿Su madre habría sentido ese mismo dolor al conocer a su padre? Tenía que haber sido igual. Pero Petra recordó que las cosas no habían sido iguales para su madre. Ella había sabido desde el principio que su amor era compartido, correspondido en igual medida.

La música estaba alcanzando su apogeo y Petra se estremeció ante los movimientos apasionados de la bailarina, decidida a captar la atención de Blaize. Él se había vuelto hacia ella y la miraba. La chica se movía cada vez más deprisa y, en el momento en que la música alcanzó el climax final, se desplomó a los pies de Blaize.

Petra comprendió, ante la reacción de los guías y de los hombres del desierto, que ese no era el final acostumbrado. Supo de inmediato que no era normal que la bailarina se ofreciera con un descaro tan abiertamente sexual ante uno de los espectadores, y sus celos se dispararon.

Quería levantarse, correr hasta la chica y apartarla, aclarar que Blaize le pertenecía. ¡Pero eso no era cierto!

La audiencia, encantada con la actuación, arrojaba monedas al suelo para la bailarina, animados por los guías. Pero la chica permanecía postrada a los pies de Blaize y no acusaba recibo de esa generosidad. Uno de los comedores de fuego, que había actuado previamente, se encargó de recoger las monedas.

Petra se preguntó qué estaría pensando Blaize en aquellos momentos. Habló con uno de los hombres que lo acompañaban y este, tras una leve inclinación de cabeza a modo de reverencia, se agachó junto a la bailarina.

¿Qué le estaría diciendo ese hombre? Petra estaba enferma de celos. ¿Qué mensaje de Blaize le estaba transmitiendo? ¿Habría decidido que se verían más tarde? La bailarina se estaba levantando. Miró a Blaize, orgullosa, un brillo especial en la mirada, y se alejó despacio contoneándose provocativa, la espalda recta.

¿Cómo podría ningún hombre resistirse a semejante invitación? ¿Y

por qué Blaize se plantearía siquiera esa posibilidad? ¿Y por qué una mujer como ella había tenido que enamorarse de un hombre como él?

La velada estaba llegando a su fin. Los invitados estaban terminando sus bebidas y se retiraban a sus respectivas tiendas.

Petra miró a Blaize, que seguía departiendo con el cetrero y otros hombres. La bailarina había desaparecido y Blaize no ofrecía signos de que pensara reunirse con ella ni miraba en su dirección.

Petra, cansada, se levantó y se encaminó a su pabellón. Una vez allí buscó el neceser y se fue a la ducha. Estaban ocurriendo demasiadas cosas a la vez. Desde su llegada se había visto sometida a mucha tensión, confrontada a sentimientos y emociones muy difíciles de asimilar.

Bajo el agua de la ducha deseó que el tiempo pudiera volver atrás, en una época en la que desconocía los problemas que le acarrearía el encuentro con su abuelo. Un tiempo en el que habría soltado una carcajada si alguien le hubiera asegurado que se enamoraría de un hombre como Blaize.

El campamento era ya un remanso de paz cuando regresó al pabellón. La luz tenue de las antorchas confería al ambiente un halo de misterio y encanto.

Alguien había colocado un plato con dátiles en una de las mesas de madera en la sala común y había esparcido los cojines de seda en el suelo a su alrededor, pero Petra no tenía estómago para dulces ni para nada. Tenía el corazón atravesado por el dolor ante la seguridad de que nunca obtendría el amor de Blaize. Y, incluso si existiera esa posibilidad, ¿qué futuro los aguardaría?

No era una cuestión de dinero. Incluso si Blaize hubiera sido pobre, ella lo habría amado llena de orgullo y felicidad. Pero ¿cómo podría sentir otra cosa que no fuera inquietud y temor ante un hombre que se comportaba como él? ¡Eso era lo que le dolía más que ninguna otra cosa! ¿Más incluso que pensar en él en brazos de otras mujeres? ¿La bailarina, por ejemplo?

Petra cerró las manos sobre sus puños. ¿Dónde estaría ahora? No estaba en su habitación. La cortina de la puerta de entrada estaba retirada y veía claramente que la estancia estaba vacía.

A diferencia de la suya, esa habitación estaba adornada con telas más oscuras y pesadas, pero con bordados en oro todavía más ricos. La cama estaba cubierta con colchas de una opulencia desbordante. Había una alfombra preciosa extendida en el suelo, un plato de pastas de almendras en un plato, frente al diván, y una jarra de aromático café, todavía humeante.

Petra reconoció con admiración que era un escenario digno de un príncipe. Un perfecto refugio para que un príncipe invitara a cualquier bailarina de su gusto.

Petra reprimió esa idea enseguida. Blaize no era ningún príncipe ni nada semejante. Y en cuanto a la bailarina...

Pero ¿dónde se habría metido? El campamento estaba sumido en las sombras y todavía no había aparecido.

Inquieta, Petra paseó a lo largo de la sala común hasta que la cortina de entrada se movió y apareció Blaize. Estaba desnudo de cintura para arriba, llevaba una toalla sobre los hombros, el pelo húmedo, y traía consigo el perfume de la noche, el desierto y su propio cuerpo.

Petra sintió que se derretía sin remedio mientras el deseo latía bajo su piel, la mirada impotente clavada en su escultural figura. La primera vez que lo había visto no había calibrado la magnificencia ni la capacidad de ese cuerpo para el placer de las mujeres, pero ahora era plenamente consciente.

De pronto entrecerró los ojos y centró la mirada en las marcas que presentaba en el brazo. Eran tan recientes que todavía sangraban un poco. El suelo tembló entonces bajo sus pies y fue presa de un incontenible ataque de celos. ¡Había estado con la bailarina y lo había Marcado con las uñas para certificar su posesión!

¡La señal de su pasión!

Antes de que pudiera pensar con claridad en lo que hacía, Petra se abalanzó sobre él con los puños cerrados, visiblemente enojada.

-¿Dónde has estado? ¡Como si no lo supiera! ¿Ha estado bien? ¿Mejor que las turistas adineradas que te pagan por tus servicios?

-¿Qué diablos...?

Su expresión mudó con la rapidez del rayo. Primero mostró su incredulidad, pero después adoptó un gesto de peligrosa concentración que se transformó lentamente en auténtica ira, la boca apretada y el músculo palpitante en la mandíbula.

Pero Petra no estaba de humor para esa clase de señales y sus ojos resplandecieron con un brillo de furia tan salvaje como el suyo.

-¡Seré estúpida! -dijo con sarcasmo-. Pensé que la única razón para venir hasta aquí era convencer a todo el mundo de que éramos amantes. Pero, evidentemente, estaba equivocada. Está claro que para ti parece mucho más importante favorecer los apetitos sexuales de esa exuberante bailarina antes que ceñirte a nuestro acuerdo. Claro que ambos tenéis algo en común. Ambos vendéis vuestros favores sexuales por dinero y...

Petra soltó un grito agudo cuando se vio izada en el aire. Agitaba los brazos mientras Blaize la sostenía en el aire y la miraba directamente a los ojos.

-Deberías asegurarte de lo que dices antes de lanzar acusaciones e insultos a diestro y siniestro -contestó, cada palabra escupida como un misil, sin apenas separar los labios, lívido-. Si fueras un hombre... Pero

no lo eres, ¿verdad? Ni siquiera eres una verdadera mujer. Solo una joven virgen sobreexcitada dominada por el deseo y la curiosidad. Y no lo niegues. Es algo que llevas escrito en cada gesto, en cada mirada de esos grandes ojos cuando crees que no estoy atento. Estás desesperada por descubrir en qué consiste el sexo, ¿verdad? Pues lo siento, pero no tienes lo que hace falta para animarme a demostrártelo.

Cada palabra que había lanzado contra ella había hecho diana y Petra sentía que el dolor infligido en cada una de sus heridas abiertas era tan fuerte que estaba muriéndose poco a poco. Pero no estaba dispuesta a que él lo notara y no pensaba rendirse en medio de la batalla...

-¿Quieres decir que no te he ofrecido suficiente dinero? -lo incitó con recelo.

-¿Suficiente dinero?

Y para sorpresa de Petra, echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

-Al contrario de lo que puedas pensar, Petra, el dinero no me motiva ni es el motor que me empuja a perseguir a una mujer hasta que la he poseído de todas las formas posibles; hasta que me despierto a su lado con la certeza de que su cuerpo todavía lleva la marca indeleble de mis caricias, que me pertenece de tal modo que todavía despide el olor de mi cuerpo. Pero tú no sabes de lo que te estoy hablando, ¿verdad? No sabes nada de la pasión de un hombre, del deseo que lo empuja hacia una mujer. ¿Debería enseñártelo? ¿Es eso lo que quieres?

Petra sabía que debía negarse a ese ofrecimiento. Pero solo pudo sostener su mirada, el cuerpo inerte entre sus brazos, mientras Blaize se inclinaba sobre ella.

El roce de sus labios arrancó un gemido sordo del fondo de su garganta. Ahora sabía en qué consistía verse arrastrada por el deseo, una emoción tan intensa que quemaba alma y cuerpo. Un deseo tan ardiente que el dolor se convertía en un tormento. ¡Ningún nómada del desierto podría desear un poco de agua con tanta intensidad como ella deseaba a Blaize en ese instante!

Gimió mientras la besaba, rodeándolo con los brazos, saboreando el aguijón caliente de su lengua mientras presionaba los labios.

Podía sentir el latido de la furia en el cuerpo de Blaize, pero no le importaba en absoluto qué sentimiento animaba sus acciones mientras no apartara nunca la boca de la suya.

Y entonces, antes de que pudiera detenerlo, se había apartado de su lado.

-¿Por qué demonios hago esto? -le dijo en un tono salvaje-. ¡He debido de volverme loco! Lo último que necesito, que deseo, es esto.

Había dejado de hablar y movía la cabeza, pero Petra sabía que había querido decir.

¡Lo último que deseaba era ella!

Llevada por el desconsuelo de ese rechazo tan frontal, presa de una emoción primitiva y salvaje, su reacción inmediata la empujo a golpearlo, la mano en el aire.

Y cuando, casi por accidente, su mano golpeó su mentón, el asombro en la expresión de Bíaize se reflejó en los ojos de Petra, grandes y sombríos. Ella se estremeció en una convulsión como si él hubiera sido el agresor.

Se vio liberada de su sujeción y sus pies volvieron a tocar el suelo. Sabía que tenía que haberse desplazado porque, súbitamente, estaba en su habitación. Tumbada en el centro de la cama, enroscada sobre sí misma, su cuerpo temblaba víctima de la conmoción y el dolor. Pero no recordaba nada desde el instante en que había escuchado el impacto de la palma de su mano contra la piel de Blaize.

¿Cómo había sido capaz de algo semejante? Estaba en contra de todo tipo de violencia. Sentía tanto rechazo que le provocaba malestar físico. Pero sus ojos enrojecidos parecían secos y le negaban el consuelo de las lágrimas que lavaran su culpa ante lo sucedido.

Capítulo 7

Petra miró apenada el vacío que la rodeaba. Habían transcurrido poco más de veinte minutos desde que Blaize la había abandonado, pero para ella cada minuto había sido como una hora mientras trataba de asumir su desmesurada reacción. Sufría el tormento de la culpa y de un amor que no quería.

En función de la educación que le habían dado sus padres, le debía una explicación a Blaize. No importaba que él tampoco se hubiera comportado demasiado bien, ya que no era responsabilidad suya. Pero sí lo era su propia conducta.

¿Tendría que disculparse? ¿Después de lo que había dicho? ¡Había inflamado todos sus sentidos, su cuerpo, hasta un límite insoportable y después la había rechazado! Nunca se disculparía, nunca. Incluso si eso la abocaba a una tortura infinita.

Pero cinco minutos más tarde, tras una lucha desigual frente a la voz interior de su conciencia, terminó por claudicar. Y si tardaba mucho más molestaría a Blaize en mitad del sueño.

Muy nerviosa, buscó la bata y tomó aire. En la sala común las luces de las velas casi se habían consumido y proyectaban sombras alargadas contra la oscuridad.

Respiró hondo y apartó la cortina que separaba la habitación de Blaize. En los segundos que le llevó acostumbrarse a la oscuridad pudo escuchar el latido ansioso de su corazón contra las costillas. Instintivamente se llevó la mano al pecho para silenciarlo. La luna llena aclaraba la oscuridad lo justo para que pudiera distinguir la figura de Blaize acostada bajo las sábanas. Estaba tumbado de lado, de cara a ella, pero hundida en la almohada de modo que no sabía si estaba realmente dormido. Susurró su nombre, pero no obtuvo respuesta. ¿Estaría dormido?

Con la cabeza alta, se acercó hasta la cama. Era muy grande y había sitio de sobra para dos personas. Miró a Blaize con dudas. No se movía. Se acercó un poco más y apoyó una rodilla en la cama para mantener el equilibrio.

Susurró su nombre una vez más. Si no respondía y estaba dormido, podría volver a su habitación con la conciencia tranquila y reservar sus disculpas para la mañana.

Blaize no había emitido el menor sonido. Aliviada, empezó la retirada. Pero se quedó de piedra cuando Blaize, a la velocidad del rayo, le sujetó la muñeca.

-¿Eres sonámbula? -preguntó, burlón.

Sus dedos le quemaban la piel, y parecía que estuviera tomándole el pulso con el pulgar, calibrando su reacción.

-Me has asustado. ¡Creía que estabas dormido!

Se estremeció un poco cuando la soltó y él masculló un insulto entre dientes. Igual que una pantera, apartó las sábanas y se estiró para encender la lámpara de aceite de la mesilla de noche.

-Si pensabas que estaba dormido, ¿qué estabas haciendo aquí?

Petra reconoció que, lejos de parecer dormido, ahora se mostraba muy alerta. Se estremeció un poco y entonces la expresión de Blaize cambió. Frunció el ceño.

-¿De qué se trata? ¿Qué ocurre? ¿No te encuentras bien? A veces, el aire del desierto puede...

-Estoy bien -aseguró Petra-. No se trata...

Se mordió el labio inferior y pugnó para apartar la mirada de su torso desnudo. Parecía que, al igual que ella, no usaba pijama. Pero, a diferencia de ella, parecía que tampoco usaba ropa interior.

-De acuerdo, estás bien -repitió-. Entonces, ¿qué...?

Parecía totalmente despierto. Una sensación incomoda en el estómago alertó a Petra. Una cosa era imaginar un breve discurso en la intimidad de su habitación para disculparse por su exagerada reacción. Pero otra muy distinta era llevar a cabo esa idea mientras estaba semiacostada en su misma cama, y su mente parecía mucho más atenta al hecho de que Blaize estuviera totalmente desnudo bajo las sedas. ¡Y si no tenía cuidado...! Podría verse en un verdadero aprieto y olvidar por completo qué la había llevado hasta allí.

Los arañazos en su brazo fijaron su atención. Ya no sangraban, pero parecían un poco inflamados. Entonces apartó los ojos y encontró la mirada de Blaize. Quedó atrapada, hipnotizada...

-Para tu información, Shara no fue la causante de estas heridas -explicó con calma-. El cetrero tenía un halcón nuevo y se puso más nervioso de la cuenta. Me ofrecí para echarle una mano. Tal y como le dije, tan pronto como madure será un ave de una lealtad incuestionable. Pero no le gustó que la sujetara un desconocido y me lo hizo saber.

-¿Un halcón te arañó? -preguntó, roja de vergüenza, consciente de que ahora ya le debía dos disculpas.

De manera natural volvió a mirar el brazo herido y se inclinó sobre él para acariciar cada arañazo con los labios. Al besar la última marca sintió que Blaize se estremecía. Se volvió hacia él y lo miró a los ojos.

-He venido a venirte disculpas -dijo-. No debí hacer... lo que hice.

Hubo un breve silencio en el que notó el pulso de sus propias emociones. Era como si estuvieran animadas por una fuerza interior. Aguardó la respuesta de Blaize y volvió a humedecerse los labios, totalmente secos.

-¡No hagas eso, Petra! -gruño y añadió, todavía más inflamado-: ¿Por qué has entrado aquí?

Petra se quedó lívida. Eso destacó la fragilidad de su cuerpo y definió con precisión la estructura de sus huesos. Empezó a retirarse, los ojos muy abiertos mientras Blaize seguía su movimiento. Entonces la sujetó por las muñecas, apoyó sus manos contra su pecho desnudo y la miró profundamente a los ojos hasta que desvió la mirada hasta su boca.

En el silencio que los envolvió, denso y sombrío, mientras Blaize encendía la lámpara, Petra descubrió que era posible dejar de respirar en un espacio abierto, con los labios separados y oxígeno de sobra.

-Sabes que no deberías estar aquí, ¿verdad, mi pequeña virgen?

¿Su pequeña virgen? Petra sintió cómo le saltaba el corazón en el pecho igual que un pez enganchado en el anzuelo.

-Puedo...

Iba a decir que podía marcharse, pero le resultó imposible pronunciar una sola palabra porque Blaize estaba besándola. Y era un beso tan suave, tan tenue y tan dulce que casi parecía una caricia. Algo que repitió una y otra vez hasta que Petra solo deseó ese contacto para el resto de su vida.

Ahora estaba arrodillada sobre la cama y Blaize también, de modo que estaban en un cuerpo a cuerpo. ¡El cuerpo desnudo de Blaize pegado al suyo, ceñido con una bata!

Petra podía sentirse el latido de su corazón mientras Blaize sujetaba sus manos apretadas contra su pecho.

Estaba besando la punta de su nariz, sus párpados cerrados, y eran besos de mariposa que apenas rozaban la delicadeza de sus huesos. Entonces liberó las manos de Petra y llevó las suyas hasta su rostro, apartó el pelo de su cara y permitió que sus labios y su lengua investigaran la delicada y sensual espiral de sus orejas.

Petra se escuchó entre gemidos, un sonido poco familiar que no era sino una súplica para que no cesaran los placeres a los que la tenía sometida. A ciegas, giró la cabeza y buscó la calidez de su boca.

Blaize enmarcó con sus manos el cuello de Petra y midió la intensidad de su respiración con el pulgar en la base de la garganta. Sus pequeños puños todavía seguían apoyados contra su pecho y el roce de su vello resultaba perturbadoramente sexual. Ahora tenía las manos en sus hombros, bajo la bata, y acariciaba su piel al tiempo que deslizaba la tela.

En medio de la penumbra, solo iluminada por la lámpara de aceite, Petra captó en el espejo su reflejo. Su piel era muy blanca frente al bronceado que lucía Blaize, tenía los pechos hinchados y seguramente los pezones más oscuros de lo habitual mientras presionaban su cuerpo, rebosantes de un deseo que corría por sus venas.

Si decidiera tocarla ahí, tomar sus pechos entre sus manos, acariciar el pezón con las yemas de los dedos... Sintió que todo su cuerpo se

tensaba ante sus propios pensamientos y fue como si él le hubiera leído la mente. Su mano bajó hasta el pecho y volvió a besarla con una delicadeza embriagadora. Ella separó los labios, presa del deseo, y se apretó contra él.

Petra deslizó la punta de la lengua sobre sus labios hasta que Blaize la capturó entre los dientes, sometiéndola al suplicio del cosquilleo de su propia lengua, hasta que la hundió en la dulzura húmeda de su boca.

Mientras gemía de placer desde lo más profundo de su ser. Blaize se apartó.

-¡Petra, no! -dijo-. Esto no está...

Decidida a no escuchar lo que sabía que iba a decir, a lo mandó callar con el índice sobre sus labios y volvió a besarlo en la cara con una pasión salvaje, consumiéndolo y susurrándole al oído:

-Sí, sí está bien.

Se apretó contra él todo lo que pudo. Quizá fuera virgen, pero eso no significaba que no entendiera la pasión... ¡el deseo hacia él!

Ella deslizó las manos a lo largo de su cuerpo y él entró en tensión, estremecido. Tenía la piel tan suave como el raso y Petra comprendió que jamás se cansaría de esa sensación. Lo besó en la garganta, presionando la nuez, humedeciéndola con la lengua, mordisqueando su piel, atormentándolo con su deseo y retándolo a rechazarlo.

Blaize no se movió y ella se inclinó, los dedos entre su vello, sobre el pezón aplanado de su pecho.

-Petra, eres virgen -protestó con la voz ronca-. Yo no puedo...

Ella abandonó el tormento de su garganta y recorrió con los labios la frontera de vello que bajaba hasta el estómago. Al hacerlo casi podía escuchar cómo le rechinaban los dientes. Su lengua jugueteó con el ombligo de Blaize, impulsada por el amor de un modo que, en otras circunstancias, nunca habría osado llevar a cabo. Nunca había imaginado que la primera vez que hiciera el amor llevaría la iniciativa. Y sus movimientos, tan atrevidos, le resultaban tan chocantes como excitantes.

-No quiero... -escuchó que gruñía Blaize.

Pero sus dedos ya exploraban la firmeza de su excitación y eso la animó a rechazar sus palabras.

-¡Oh, ya lo creo que quieres! -y volvió a la tarea de humedecer su ombligo con la lengua.

Había un músculo en ese lugar que fascinaba y atraía a Petra. Se dedicó a él con tanta fijación que se sorprendió cuando Blaize tomó el mando de la situación y la tumbó boca arriba. Escrutó con su mirada el cuerpo de Petra. Ella vio que fruncía el ceño mientras le miraba el vientre y se fijaba en el diamante que llevaba en el ombligo.

-¿Quién te ha dado eso? -preguntó con firmeza y ella pareció

sorprendida mientras se tocaba el diamante con el dedo—. ¿Quién fue, Petra?

Su tono era tan salvaje que no pudo reprimir un escalofrío de emoción en todo su cuerpo. ¡Estaba celoso! Estaba segura de eso. Durante un segundo jugó con la idea de inventarse un rival, otro pretendiente que ya hubiera marcado el territorio de su cuerpo, pero era demasiado honesta para eso.

-Me lo compré yo, para mí -dijo con aire triunfal-. Escuché a un par de chicas en una fiesta y decían que yo era demasiado pura e inocente para llevar esta clase de complementos, así que...

-Es la clase de regalo que una mujer solo puede recibir de un hombre -insistió Blaize. los ojos encendidos, llenos de deseo.

-No en los tiempos actuales -replicó Petra con cierta ironía.

-¿Y dónde más te has puesto adornos? -preguntó con dulzura mientras sus manos se deslizaban sobre su cuerpo y se inclinaba sobre ella.

Ahora le había llegado el tumo de torturarla. Y seguramente la besaría con mucho más tacto, más sensualidad. Trazaría un reguero con la saliva de su boca desde .su esternón hasta el tembloroso vientre.

Igual que ella, rodeó su ombligo con pequeños besos y con la punta de la lengua. Pero antes de que Petra reaccionara tiró con suavidad del diamante mientras cubría su sexo con la mano. Buscó con el pulgar una entrada entre la ropa, de un modo que a Petra le dio un vuelco el corazón en el pecho mientras todo su cuerpo se derretía, presa de la excitación.

-¡No hay más adornos en ningún otro sitio! -murmuró Blaize, pero ella no necesitaba la confirmación de sus palabras porque sabía que lo había descubierto por sus propios medios.

Se retiró un poco y miró a Petra, que temblaba de pies a cabeza. Pero no era producto de la aprensión ni del lamento.

-Te deseo, Blaize -dijo con aspereza-. Te deseo ahora.

Pero al incorporarse él sacudió la cabeza.

-¡Espera! -y abrió un armario que había junto a la cama-. Confío en que los que idearan esta tienda para los recién casados no olvidaran ningún detalle.

Petra aguardó en silencio mientras miraba por encima de su hombro. Finalmente descubrió lo que había estado buscando y entonces se sonrojó. ¡Hasta entonces, el sexo seguro no había sido más que una expresión válida para otras personas!

Pero, obviamente. Blaize tenía mucha más experiencia y agradeció que hubiera pensado en todos los detalles. Incluso sintió un escalofrío de excitación al saber lo que estaba a punto de ocurrir. Y, una vez listo, se volvió hacia ella. Empezó a besarla, acurrucada entre sus

brazos, y poco a poco inició las caricias en todo su cuerpo, estremecido por la urgencia del deseo.

¡Creía que sabía lo que implicaba desearlo, pero hasta ese momento había estado equivocada!

Amparada en la tradición popular y la sabiduría de un montón de artículos de revista, siempre había pensado que la primera vez nunca salía bien. Pero eso también había sido una equivocación. Nunca había pensado en el grado de colaboración que se requeriría de ella ni hasta dónde querría llegar. Ahora, mientras acariciaba y besaba, mientras se ofrecía y se estremecía ante la increíble sensación de tenerlo dentro, poco a poco, lo sabía.

Tampoco sabía si le resultaría sencillo encontrar las palabras que explicaran cada sensación mientras se hacía eco de cada embestida, pero ahora también lo sabía.

Cada respiración de Blaize mientras entraba en ella, cada suspiro contra el lóbulo de su oreja, contra su piel, en el latido acompasado de sus corazones, en la profundidad de su cuerpo, era la respiración de la propia vida.

Y entonces, cuando pensaba que ya se había acostumbrado a sentirlo dentro, cambió el ritmo. Incrementó la intensidad, se hizo más profunda. Ella tomó conciencia de su poder y comprendió que su cuerpo estaba listo para esa exquisita intimidad.

¡Y asi era!

Petra se aferró a él y se levantó en el aire para que Blaize pudiera llegar más hondo. Y la intimidad que compartían resultó tan intensa, tan dulce, tan salvaje que tuvo que estallar en el paroxismo del placer y la paz dorada que venía después.

-Hummm -adormilada, Petra dibujó un corazón sobre el hombro desnudo de Blaize.

Estaba dormido y observó el abanico oscuro que sus pestañas formaban contra la piel tostada a la luz de la lámpara. Ella había dormido hasta hacía poco, pero se había despertado. Era como sí su cuerpo rechazara el sueño cuando podía quedarse despierto, mirando a Blaize, acariciándolo... amándolo.

Entonces, admitía ese amor. Pero ¿lo aceptaba?

Cerró los ojos y sopesó las palabras en su mente. «Amo a Blaize. Lo amo».

Sí, era cierto. Podía confirmarlo por el modo en que respondía todo su ser frente a la vibración de esas palabras. ¡Estaba enamorada de él! Amaba a Blaize.

Se acercó a él, inclinó la cabeza y rehizo el dibujo del corazón con los labios. Sentía su piel cálida, el cuerpo tan distinto al suyo y, sin embargo, tan deliciosamente familiar. Recordaría esa noche hasta el final de sus días. Hasta el día de su muerte podría cerrar los ojos y

recuperar su imagen con nitidez. Sus manos nunca olvidarían el tacto de su piel. Sus labios nunca olvidarían el sabor de sus besos ni el calor de su boca.

Sentía la emoción en su mirada. Petra dibujó la forma de su brazo, la longitud de su espalda y la curva de su trasero.

-Este juego pueden jugarlo dos personas.

Petra jadeó al tiempo que la mano de Blaize se deslizaba en su cintura y subía hasta su pecho mientras sus palabras resonaban en su oído.

-No estarías intentando aprovecharte de un hombre dormido, ¿verdad? -bromeó.

-Solo quería comprobar que sabías tan bien como antes -respondió con sinceridad.

Notó cómo se movía, algo tenso, y pensó que sus palabras quizá habían tocado un nervio o qué no deseaba oírlas. Pero decidió que se había equivocado cuando él preguntó cuál era el veredicto. Su pulgar, entretanto, presionaba el pezón de su pecho, inesperadamente enhiesto y excitado.

Se distrajo al pensar con qué facilidad podía despertar en ella el deseo. Otra vez sus manos habían empezado a recorrer sus músculos mientras su propio cuerpo entraba en acción. Besó su garganta y su boca con entusiasmo. Y, con un gemido profundo, empujó la cabeza de Blaize hacia sus pechos.

La sensación de sus labios sobre su pezón obligó a Petra a clavarle las uñas en la espalda. Ya imaginaba el goce de sentirlo nuevamente en su interior y bajó las manos para acariciarlo con una intimidad que la habría conmocionado veinticuatro horas antes. Blaize emitió un sonido que ella no supo descifrar, contenido por la urgencia del deseo de Petra mientras arqueaba su cuerpo y disfrutaba con la creciente excitación de la carne que tenía subyugada bajo su tacto.

Blaize había liberado su pecho y se tumbó de espaldas. Ella sintió las manos en sus caderas. ¿Iba a apartarla? Se inclinó suavemente sobre su cuerpo y rozó con los labios el miembro erecto que sabía que completaría su cuerpo.

-¡Petra... Petra...!

Su nombre era un sonido crudo de un hombre sin control que la llenaba de placer. Todavía tenía las manos en su cintura, pero al levantarla en el aire la situó sobre él. Mientras la colocaba ella se estremeció, los ojos abiertos y oscuros, asombrada ante la facilidad con que su cuerpo se adaptaba a esa nueva posición de dominación.

Se movieron juntos, los cuerpos empapados en sudor, cada vez más fuerte, más profundo y más rápido. Petra no apartaba la vista de la máscara de agónico placer en que se había convertido la expresión de Blaize. Su deseo era cristalino al tiempo que gritaba y su cuerpo se

contorsionaba con furia mientras explotaba en su interior.

Petra temblaba tanto que no podía moverse. Solo podía acurrucarse junto a él, entre sus brazos, mientras Blaize la mecía con delicadeza.

-Esto no tendría que haber ocurrido -escuchó que le murmuraba al oído, en un tono que Petra no tuvo fuerzas para analizar, exhausta como estaba. -Esto no tendría que haber ocurrido -repitió.

-¡Dios mío, leche de camello! ¡Qué asco!

Petra se obligó a probarla y sonrió a la chica que tenía al lado mientras compartían el desayuno en el pueblo. Su compañera de mesa aguardaba una respuesta.

Petra sabía que. en condiciones normales, habría disfrutado de la compañía y del desayuno al aire libre. Pera esa mañana se había despertado sola y en su propia cama. Suponía que Blaize la habría llevado hasta su habitación mientras dormía. ¿Por qué no habría querido que se quedara con él? Ahora, la euforia de la noche anterior había desaparecido. Se sentía vacía.

Necesitaba la presencia de Blaize más que ninguna otra cosa. Necesitaba su seguridad y, más que nada, su amor.

Capítulo 8

-Gracias por acercarme...

Petra observó cómo el joven guía turístico reiteraba su gratitud a Blaize antes de saltar del Land Rover.

Se habían reunido lodos en el punto de encuentro, en el oasis, cuando el coche del guía había decidido estropearse.

Se había buscado sitio para los pasajeros en otros vehículos, pero el guía se había quedado sin hueco. Así que Blaize se había ofrecido para acercarlo hasta el complejo.

Su presencia, obviamente, había impedido cualquier charla íntima entre ellos. Pero Petra sospechaba que eso la había molestado a ella mucho más que a Blaize.

Asumió, con cierta tristeza, que lo más probable era que estuviera encantado de que no hubieran tenido la oportunidad de discutir acerca de la noche pasada.

Después de todo, si ella hubiera significado algo para él, una mínima parte de lo mucho que él significaba para ella, se lo habría confesado en el momento en vez de llevarla hasta su cama y comportarse, esa mañana, como si ella no existiera. ¡Quizá no fuera nada para él, pero Blaize lo era todo para ella!

Al menos había sacado algo positivo de la noche. Era más que probable que Rashid no quisiera casarse con ella en cuanto supiera que se había entregado a otro hombre. Un hombre que, para más escarnio, ni la amaba ni la deseaba.

Sentía un dolor tan grande que no se atrevía a mirar a Blaize por miedo a que pudiera interpretar sus pensamientos y aumentara el desprecio que seguramente ya sentía hacia ella. Seguramente no significaba nada más allá de una comida gratis y una sesión de sexo que pasaría al olvido. Había conocido su fama desde el principio. ¿Por qué había sido tan estúpida? ¿En qué había estado pensando? ¿Acaso había creído que sería diferente? ¿Por qué había cerrado los ojos a la realidad? ¿Por qué había ignorado todo lo que sabía de él y de su conducta?

Petra reconoció que el amor que sentía por Blaize no le había dejado muchas opciones. Sabía que frente a ese amor no podía esgrimir el sentido común.

Amargas lágrimas le quemaron el fondo de la garganta. Estaban en la entrada del hotel y, sin conceder una sola oportunidad a Blaize, bajó del coche.

Al alejarse creyó escuchar su nombre en boca de Blaize, pero no se detuvo. Quizá fuera demasiado tarde para dejar de amarlo, pero todavía estaba a tiempo de salvar su orgullo y su autoestima.

Si ella hubiera significado algo para él... cualquier cosa... se lo habría dicho la noche anterior.

Una hora después, agotada tras buscar alguna razón que pudiera excusar el comportamiento de Blaize, reconoció la terrible verdad de que había sido utilizada y de que ya no la necesitaba para nada. Entonces escuchó que alguien llamaba a la puerta de su suite.

De inmediato, pese a todos los motivos que había aducido en su contra, su corazón dio un brinco mientras la alegría y el alivio inundaban su ser. ¡Era Blaize! ¡Tenía que ser él! Seguro que se había equivocado en su razonamiento. Existía una razón que explicara la distancia que había puesto entre ellos y ahora venía para deshacer el malentendido. Venía para disculparse y confesar cuánto la deseaba, hasta qué punto la amaba.

Petra, la cara iluminada de felicidad y amor, corrió hasta la puerta.

Pero Blaize no aguardaba del otro lado. Se trataba de su primo Saud. Conmocionada, solo acertó a quedarse de pie, frente a él, mirándolo como a un extraño.

-¿Ya has hecho las maletas? -preguntó su primo.

-¿Qué?

-Ya le dije a mi madre que tendría que haber llamado para asegurarse de que estabas lista —dijo en voz alta.

¡Lista! De pronto recordó que ese día se suponía que iba a trasladarse a la mansión familiar. Había estado tan absorta en su amor hacia Blaize y lo ocurrido en el oasis que había olvidado por completo los planes.

-Llevo un poco de retraso. Saud -dijo con muestras de arrepentimiento-. Lo siento...

-Tranquila -aseguró-. No tengo ninguna prisa. ¿Te lo has pasado bien en tu excursión al desierto con Rashid? He visto que te traía en coche hasta el hotel.

Petra lo miró fijamente, su cuerpo inmóvil, presa de un oscuro embrujo.

-¿Rashid? -preguntó, el corazón a rail, casi incapaz de pronunciar ese nombre-. ¿Me has visto con Rashid?

-Sí, en uno de los Land Rover de la compañía -confirmó Saud.

-Pero no estaba con... -empezó Petra, pero se detuvo al ver la sonrisa de Saud.

-Mi madre ya está planeando la boda. Está segura de que...

-Rashid -deletreó Petra, poco acostumbrada a ese nombre, mientras todo su cuerpo temblaba ante las revelaciones de Saud-. Pero...

Pero ella no había estado con Rashid, sino con Blaize. Y Blaize no era Rashid, no podía serlo...

-Supongo que Rashid estará trabajando en la suite presidencial del piso de arriba, ¿no? -comentó Saud-. ¿Ya te ha llevado de visita a su nueva villa? ¿Esa que acaba de construir en el oasis que acaba de adquirir? ¿Te ha enseñado los caballos? ¿Y los halcones? Me

encantaría tener mi propio halcón, pero papá me lo ha prohibido. Sobre todo si voy a ir a la universidad en Estados Unidos.

-Saud, todavía no tengo hechas las maletas. ¿Podrías pasar a buscarme en una hora, más o menos? -preguntó, interrumpiendo su discurso.

-¡Por supuesto!

Petra se quedó mirando la puerta de la suite, que Saud cerró tras él al salir.

Su primo le había asegurado que la había visto en compañía de Rashid, pero ella había estado con Blaize. Así que su primo tenía que estar equivocado o...

Sintió una náusea en la boca del estómago, una sospecha terrible.

La Suite Presidencial estaba en el piso de arriba. Pálida pero decidida, salió al pasillo y llamó al ascensor. ¡No podía ser cierto! Seguro que Saud estaba equivocado, pero tenía que cerciorarse.

Solo un ascensor subía hasta el último piso. Petra salió de la cabina y todo su cuerpo se agitaba con violencia, producto de la conmoción, el miedo y la furia.

Estaba en el pasillo privado que conducía a la suite y una moqueta gruesa amortiguaba sus pasos, pero no acallaba los latidos de su corazón. Muy nerviosa, encaró la puerta que tenía frente a ella.

¿Qué estaba haciendo allí? Blaize era un semental de la playa, un jugador, un aventurero que jugaba según sus propias reglas, sin principios y amante del dinero. Rashid, por su parte, era un próspero hombre de negocios, centrado en sus metas y decidido a casarse con una mujer que no conocía para beneficio propio.

Era imposible que fueran la misma persona. ¡Era impensable, insostenible, indefendible! Estaba segura de que Saud se había confundido.

Algo más tranquila, Petra llamó al timbre y esperó.

La puerta se abrió hacia dentro y una voz masculina resonó en sus oídos.

-¿Sí?

Era la misma voz, pero el tono oficial era muy distinto. Petra, paralizada por la conmoción y la incredulidad, clavó la mirada en el rostro de Blaize. Solo que no se trataba de Blaize. Era... era...

Ajena al brazo que le impedía el paso, Petra se abrió camino y entró en la suite. Estaba claro que había interrumpido a Blaize, o Rashid, puesto que llevaba el cuerpo todavía húmedo y una toalla enrollada en la cintura.

-¿Cómo has podido? -preguntó-. ¿Cómo te has atrevido? ¿Por qué lo has hecho? ¿Por qué...? ¡Aléjate de mí! -gritó cuando él la sujetó del brazo, blanca de ira-. ¡Suéltame!

Si lo había sorprendido o lo había avergonzado, no lo aparentaba.

-Primero quiero que te calmes para que puedas escuchar mis motivos -dijo Rashid con calma-. Vamos, siéntate y te traeré un refresco. Creo que lo necesitas.

¡Un refresco! Petra intentó soltarse, pero comprendió que no podía.

-Lo que necesito -masculló entre dientes- es una explicación... de lo que está pasando... y por qué te has hecho pasar por otra persona...

-Pensaba decírtelo -intervino Rashid-, pero...

-¡Mentiroso! -gritó Petra-. Me estás mintiendo igual que lo has hecho desde el principio. ¡Suéltame! No soporto que me pongas la mano encima. Yo...

-Eso no fue lo que dijiste anoche -recordó Rashid.

Petra se estremeció, incapaz de frenar su reacción ante esas palabras y ante sus sentimientos, sus recuerdos...

-De hecho, si no recuerdo mal, anoche considerabas el simple contacto con mi cuerpo como algo insuperable, ¿lo recuerdas? -preguntó y, tras el silencio de Petra, insistió-. ¿Quieres que te ayude a hacer memoría?

Petra soltó un gemido y Rashid tiró de ella. Se tensó al sentir la humedad de su piel contra su camiseta. Su cabeza sabía cómo se había comportado con ella, pero su cuerpo solo parecía percatarse de que era su amante, su único amor.

-Si ahora te besara -dijo, mientras su aliento chocaba con el muro de sus labios-, entonces...

Dejó de hablar y levantó la vista hacia la puerta. Acababa de abrirse y un hombre alto de barba gris entró en la suite. Estaba claro que era una persona de rango eminente.

-Rashid, nuestro proyecto para Estados Unidos, ¿cuánto crees que nos llevará...?

Se detuvo de inmediato al observar la escena de aparente intimidad. La mirada oscura estremeció a Petra, que se sintió presa igual que lo estaba en manos de Rashid.

-Alteza, permítame que le presente a la señorita Petra Cabbot.

¡Alteza!

Petra tragó saliva, consciente de la mirada de desaprobación que vagaba de uno a otro, hasta que finalmente asintió con gesto magnánimo.

-Ya veo.

Hizo una breve pausa antes de dirigirse a ella con mucha corrección.

-Creo que su padrino se encuentra bien, ¿no es cierto, señorita Cabbot? Estudiamos juntos en Eton.

-Está en el Lejano Oriente -acertó a decir Petra, que dudó si añadir que además tenía el pasaporte que tanto necesitaba.

-Desde luego -tenía la cabeza inclinada hacia ella-. Es un hombre de

Estado muy astuto, igual que su difunto padre. Estadistas con visión de futuro y que se echan en falta en estos tiempos tan turbulentos.

Petra, visiblemente sonrojada, se apartó de los dos hombres mientras cuchicheaban entre ellos. A pesar de la amabilidad del Príncipe. Petra era muy consciente de la mala imagen que daba su presencia en la suite de Rashid, sin carabina.

En cuanto el Príncipe se marchó, Petra se dirigió hacia la puerta. Pero Rashid sacudió la cabeza, cerró la puerta y se interpuso en su camino.

-Comprendes lo que esto significa, ¿verdad? Sabes lo que va a pasar ahora que el Príncipe nos ha visto juntos, ¿no?

-Tu has sido quien me ha presentado -replicó a la defensiva.

-No tenía otra opción -explicó Rashid-. Sí no lo hubiera hecho habría sido como admitir que no era algo honorable... ¡porque eras mi prostituta! No hay nada más. ¡Ahora tienes que casarte conmigo! Es lo único que puede salvar tu reputación y la de tu familia.

Petra lo miró atónita, fuera de sí.

-¿Qué?-chilló-. ¡No podemos!

-Sí que podemos y vamos a hacerlo -aseguró rashid-. De hecho, es nuestra única salida. ¡Y todo gracias a ti!

-¿Gracias a mí? -Petra lo fulminó con la mirada-. ¿Gracias a mí? ¿Qué significa eso? Yo no he sido quien...

-Significa que desde que Su Alteza nos ha visto juntos en mi suite, sin acompañante, no tengo más remedio que casarme contigo. Era obvio lo que ha pensado.

-¿Qué? Eso... eso es ridículo -protestó Petra-. ¿Por qué no le has contado la verdad?

-¿Qué verdad? -preguntó con desprecio-. ¿Querías que le contara que anoche te entregaste a mí? Anoche...

-Déjalo, por favor -exigió, llena de angustia antes de acusarlo-. Lo has preparado todo adrede, ¿verdad? De ese modo te sales con la tuya y me obligas a casarme contigo. ¡Y todo por el beneficio! Solo por curiosidad, ¿qué ganas con este matrimonio? Supongo que algo más que unos cuantos camellos. ¿Un hotel, dos, un bloque de oficinas y quizá una docena de villas? ¿Y por qué detenerse en eso? Ya sé que los intereses de la Familia Real en su cadena de hoteles abarca todo el mundo...

-Estás exagerando -Rashid interrumpió sus palabras, cada vez más apasionadas-. Si me permitieras explicártelo todo...

-¿Qué vas a explicarme? -preguntó con amargura-. Las mentiras... ¿Que me has utilizado para tus propios fines?

-¿Yo? ¿Utilizarte? No fui yo quien se metió en tu habitación -le recordó con frialdad-. ¡En tu cama! Si alguno debe culparse por la situación en la que nos encontramos, Petra, eres tú y tu maldita

curiosidad virginal. Y. en contra de lo que puedas pensar, esa es la razón por la que debo casarme contigo.

-¡Así que es por mi virginidad! ¡Eso es ridículo!

-No. Y estás loca si crees honestamente que hay otras consecuencias. Tenemos que casarnos. Además de otras posibles consideraciones, cabe la posibilidad de que te hayas quedado embarazada.

Petra lo miró de hito en hito.

-Eso... es... imposible -balbució-. Tú... tú... tomaste precauciones...

Petra se tensó al observar cómo Rashid resoplaba.

-Sí, desde luego. Pero solo la primera vez -recordó-. La segunda vez no lo hice y...

-¿Has planeado todo esto? -insistió Petra otra vez. Presa del pánico-. Me mentiste a propósito y...

-¿De verdad crees que deseo esto más que tú? ¡Y hablas de planes! Está claro que no me has escuchado. Petra. Ya te he dicho que no fui yo quien se arrastró hasta tu cama e imploró para que...

Petra reprimió las lágrimas con un gemido de pena, emocional mente desbordada.

-¿Cuántas veces tengo que repetirte que si no me caso contigo te verías relegada al estatus de muñeca y que eso llevaría la humillación a tu abuelo y toda su familia? -dijo Rashid-. Aparte que nos encontraran aquí en una actitud íntima, ¿crees que el hecho de que pasamos la noche juntos ha pasado desapercibido? No se te ha ocurrido pensar que esta mañana tu aspecto desvelaba que...

-No quiero seguir escuchándote -zanjó ella.

Cada palabra que salía de su boca era una daga en su corazón. Apenas podía asimilar lo que estaba ocurriendo ni lo que había dicho. Ya tenía bastante con el hecho de aceptar que el hombre al que había creído Blaize era en realidad otra persona.

-Nada de esto habría ocurrido si hubieras sido sincero conmigo en la playa, la primera noche -le echó en cara a Rashid.

-La primera vez que te vi no tenía la menor idea de quién eras. Acababa de regresar de un viaje de negocios y me había enterado de que el idiota que se encargaba de las tablas de surf, al que ya había recriminado por la familiaridad que se tomaba con algunas turistas, acababa de ser descubierto en la cama con la esposa de un huésped. Naturalmente tuve que despedirlo y había bajado a la playa para pasear y pensar un poco.

-Estabas retirando las tablas de la playa -acusó Petra amargamente.

-Una costumbre -levantó los hombros-. Trabajé en una playa de California en mi época de estudiante y al verlas tiradas por ahí...

-¡Podrías haberme dicho quién eras! Me habrías detenido... -persistió Petra-. Seguramente te creerás muy listo gracias a tus pequeños trucos, pero no me casaré contigo, Rashid.

-No tienes otra salida -insistió-. ¡Ninguno de los dos la tenemos! No puedo...

-¿Qué? -preguntó Petra sin dejarle terminar la frase-. ¿No puedes permitirte ofender a la Familia Real? ¡Bueno, esa es gorda! No creerás que me voy a casar contigo solo para salvaguardar tu reputación...

-¿Mi reputación? -interrumpió con cinismo-. ¿No has oído lo que te he dicho? ¡Se trata de tu imagen! Tu reputación y la de tu familia. Porque lo que no puedo hacer, Petra, es protegerte frente a los rumores que ahora van a extenderse como la pólvora. ¡Y no solo sobre ti! Respeto mucho a tu abuelo para desear que lo humillen públicamente si se sabe que no te he pedido en matrimonio.

-¡Estupendo! ¡Tu conciencia está tranquila, Rashid! Me has pedido que me case contigo y yo te he rechazado.

-¿Aparte de la posibilidad de que quizá lleves un hijo mío?

Por un momento se miraron a los ojos. Petra sentía una terrible debilidad y los recuerdos... Pero se obligó a encarar la realidad. Rashid le había mentido, sin ningún escrúpulo, engañándola, y eso era algo que nunca podría pasar por alto si quería mantener un acierta autoestima, por pequeña que fuese.

-¡También cabe la posibilidad de que no esté embarazada! No me casaré contigo, Rashid.

-Lamentablemente, tengo asuntos entre manos que no puedo postergar. Pero puedes tener la seguridad que pasado mañana hablaré con tu abuelo y le pediré tu mano.

Petra estaba tan furiosa que fue incapaz de articular palabra. Dirigió hacia Rashid una mirada salvaje y se encaminó hacia la puerta.

Para su propio alivio comprobó que no trató de retenerla ni de persuadirla.

Iba a llamar a su abuelo para pedir su mano en matrimonio. ¡Nunca había escuchado nada tan pasado de moda! Muy pronto le haría saber que su proposición no era aceptada ni querida.

Capítulo 9

-¡Tía Soraya! -exclamó con voz cálida Petra al ver acercarse a la mujer-. Creía que ibas a pasar el día fuera con tu amiga.

Su tía ya le había contado, llena de excitación, que había recibido una invitación de una antigua compañera de colegio cuya hija acababa de prometerse en matrimonio con un príncipe rico y muy bien situado.

Para su desasosiego, Petra advirtió que su tía no parecía simplemente aturdida, sino profundamente inquieta mientras las lágrimas inundaban sus bonitos ojos marrones. Petra tomó sus manos

con cariño, visiblemente preocupada.

-Tía, ¿qué te pasa? -imploró-. ¿Qué ocurre? Por favor, cuéntamelo. ¿Le ha pasado algo a tu amiga o a su hija?

Su tía solo negó con la cabeza, muy afectada.

-¡Por favor! -insistió Petra con urgencia-. Dime qué te ha pasado.

Asumió que había llegado a un grado de intimidad con su tía que nunca había imaginado, y el aire de vulnerabilidad de la mujer enardeció su instinto de protección.

-Petra, no me gustaría tener que decirte esto -dijo su tía con tristeza-. Lo último que deseo es hacerte daño o enojarte.

-¿Hacerme daño o enojarme?

Petra frunció levemente el ceño al tiempo que sentía la presión fría de una mala intuición contra su espina dorsal.

-Tenía previsto ir a visitar a mi amiga y su hija hoy -admitió su tía-. Pero me ha telefoneado para decirme que debía cancelar la visita. No se trata de nada personal contra ti, Petra. ¡Al menos no es intencionado! Mi amiga comprende que no tenías mala intención... Bueno, sabe que te has educado en Europa. Es solo que quiere proteger a su hija y su futura familia política es... muy tradicional.

Su tía había comenzado a balbucear a medida que avanzaba en su explicación, notablemente avergonzada, pero Petra ya sabía lo que venía a continuación.

Pese a todo era una verdadera conmoción que su tía le confirmara sus peores presagios.

-¡Circulan rumores acerca de ti, Petra! Ya sé que habrá una razón para... todo, pero mi amiga dice que se comenta que has estado a solas con Rashid y que vosotros ...

La voz se le quebró, rompió a llorar y se llevó la mano a la boca como si le resultara imposible seguir hablando.

-No puedo creer que Rashid se comportara de ese modo, que te expusiera a semejante... que no actuara con honradez y...

-¿Me pidiera que me casara con él? -sugirió Petra-. Bueno, tía, la verdad es que eso ha sido exactamente lo que ha hecho. Claro que yo...

-¡Lo ha hecho! -y su tía esbozó de pronto una sonrisa de alivio, abrazó a su sobrina y pareció totalmente ajena a la inflexión irónica que Petra había puesto en su voz- ¡Oh, Petra! Estoy tan contenta... me siento feliz por ti, por los dos. Será un marido maravilloso. Y tu abuelo estará encantado.

-No, tía, no lo entiendes -protestó Petra, presa del pánico al advertir la interpretación que su tía había hecho de sus palabras.

Ella había querido aliviar el desconsuelo de su tía contándole que Rashid había hecho lo correcto, pero

nunca había supuesto que asumiera que la idea le gustaba o que

tuviera intención de aceptar su proposición.

En todo caso, la interpretación de su tía probaba que no parecía muy dispuesta a cambiar de opinión al respecto.

¡Rashid le había propuesto matrimonio! Era imposible que hubiera rechazado una oferta tan generosa, y cada vez que intentaba demostrarlo, su tía soltaba una carcajada y comentaba lo bromista que era, hasta que Petra decidió guardar silencio, presa de la desesperación.

-Tenía que haber confiado en Rashid -estaba diciendo su tía-. Pero no fue muy considerado por vuestra parte arriesgar vuestra reputación, Petra. A tu madre la habría disgustado sobremanera que la gente hubiera comenzado a hablar sobre vosotros.

¡Su madre! Petra sintió una punzada de dolor en el corazón. Era cierto que habría enfurecido ante la idea de que su nombre fuera arrastrado por el fango con injurias, pero tampoco la habría condenado por lo ocurrido. Y eso también lo sabía.

-Así que Rashid y tú estáis comprometidos -resumió su tía con alegría-. Vamos a estar muy ocupadas a partir de ahora, Petra. ¡Querida! No tenía previsto decirte nada, pero ahora que me has contado la noticia de vuestro enlace creo que puedo contártelo. Si Rashid no te hubiera pedido en matrimonio hubiéramos sufrido mucho, habríamos perdido el respeto de la comunidad y el negocio de mi marido se habría visto seriamente afectado. Incluso tu primo habría perdido cualquier oportunidad de alcanzar un buen matrimonio. Y en cuanto a tu abuelo... No te exagero, Petra, si te digo que la vergüenza lo habría llevado a la tumba.

¡Ala tumba!

Petra se quedó de piedra entre los brazos de su tía. Sentía que había caído en una trampa y que jamás podría escapar de ese cepo. ¡Y no tenía importancia que ella misma hubiera colocado la trampa!

Ahora no tenía salida. Por el bien de su familia, ¡no tenía otra salida que casarse con Rashid!

-¡ Petra, estás preciosa! -susurró su tía muy emocionada-. Eres la novia perfecta.

Estaban juntas en la habitación de Petra, en la mansión familiar, aguardando a su abuelo que la acompañaría en la ceremonia civil que la convertiría en la esposa de Rashid.

Después de la ceremonia se celebraría un suntuoso banquete en su honor en el salón del hotel reservado para grandes eventos.

La tía de Petra había dedicado los últimos tres días a supervisarlo todo junto a algunas familiares de Rashid, pero Petra no había logrado convencer a su tía para que la dejara intervenir en el escenario de su

propia trampa.

Sabía que no tenía sentido que le dijera a su tía que no deseaba casarse con Rashid. Tenía en muy alta estima al novio y nunca aceptaría que Petra sintiera únicamente desprecio hacia él.

Rashid, por su parte, sí lo sabía. Ella se había encargado de demostrárselo el día que había acudido para pedir formalmente su mano ante su abuelo.

Incapaz de rechazarlo, tal y como era su voluntad, por el bien de su familia, se había contentado con una mirada de amargo desdén cuando su abuelo había animado a Petra a recibir la proposición.

-Me alegra saber que has tenido el sentido común suficiente para comprender que ninguno de los dos teníamos otra alternativa -había mascullado entre dientes para que nadie más pudiera oírlo.

Y entonces, si eso no hubiera sido bastante, había tenido que continuar con la humillante farsa y fingir que aceptaba encantada.

Al menos había logrado apartar la cara cuando Rashid se había inclinado para besarla, de modo que sus labios apenas le habían rozado la mejilla.

-¡Qué novia tan modesta! -había murmurado Rashid-. Sin embargo ya conozco la pasión que se esconde tras esa aparente inocencia.

¡Y ahora no había ninguna salida!

Sus ayudantes, un enjambre de jóvenes parlanchínas de la numerosa familia de su tía. ya se habían marchado hacia el hotel con sus modelos chillones, y ella no tardaría en salir en compañía de su abuelo. Se tensó cuando se abrió la puerta y apareció su abuelo en el umbral.

La tía acomodó el velo y salió de la habitación para dejarlos solos.

Mientras se acercaba hacia ella, Petra observó que los ojos de su abuelo brillaban de emoción.

-Eres igual que tu madre -susurró-. Cada día me recuerdas más a ella. Tengo que algo que me gustaría que llevaras puesto en este día.

Sacó una caja de cuero que abrió frente a ella y le mostró un collar de diamantes tan delicado que Petra no pudo reprimir un murmullo de admiración.

-Esto es para ti -dijo su abuelo-. Significaría mucho para mí si lo llevaras hoy, Petra.

Ahora Petra comprendía la insistencia de su tía para que eligiera una tela para el vestido con reflejos. Al principio, cuando se había visto en la tesitura de elegir la tela, había pensado en cual favorecería su imagen en el sacrificio público. Había sido su tía la que se había decidido por la tela color crema con reflejos con una expresión de triunfo.

Petra sentía el temblor en las manos de su abuelo mientras le colocaba el collar. Parecía que lo hubieran hecho a medida para su

cuello.
-Era de tu madre -dijo-. Fue mi último regalo. Pero ella se lo dejó aquí. Seguro que se habría sentido muy orgullosa, Petra. Ambos lo habrían estado y con motivos.
¿Orgullosos de ella? ¿Por haber aceptado un matrimonio engañoso en el que no existía el amor?
Sintió una repentina oleada de pánico. No podía casarse con Rashid. ¡No podía! Se volvió hacia su abuelo con determinación, pero su tía regresó a la habitación.
-Ya es la hora -apuntó.
El abuelo se encaminó hacia la escalera, pero su tía retuvo a Petra un instante.
-No llevas el regalo de Rashid -recalcó y Petra la miró atónita-. El perfume que te regaló y que mandó mezclar espacialmente para ti.
Corrió a la mesa del tocador y agarró el frágil tarro de cristal.
-No... no quiero llevarlo... -empezó a quejarse Petra, pero su tía no escuchaba.
Petra se quedó de piedra cuando el cálido perfume la envolvió en una nube.
-Es perfecto para ti -decía su tía-. Tiene la frescura de la inocencia y la madurez de la feminidad. Rashid ha hecho una buena elección. Y el collar de tu madre te sienta como anillo al dedo. Sabes que tu abuelo nunca dejó de amarla ni de añorarla.
Petra sintió que se le cerraba la garganta.
-Si es cierto que la amaba tanto, ¿por qué ni siquiera acudió a su entierro? Incluso si no le fue posible presentarse en persona,- al menos podría haber mandado un mensaje de condolencia, algo...
Todo el dolor que había sido aquel nefasto día, frente a la tumba de sus padres, rodeada de sus amigos y ios amigos de la familia, estaba reflejado en su voz.
Escuchó un suspiro por parte de su tía.
-Petra, hubiera ido. Pero sufrió el ataque al corazón. Y cuando tu padrino escribió para comentarnoslo no creía que fuera una buena idea mandarte aquí porque ya tenías tu vida hecha en Inglaterra, su orgullo te impidió enfrentarse a un nuevo rechazo.
Petra miró fijamente a su tía. Sabía que su abuelo había ofrecido su casa para que ella volviera a Zuran tras la muerte de sus padres, pero desconocía que hubiera sufrido un ataque al corazón en ese periodo.
-¿Un ataque al corazón? -balbució-. Yo...
-Fue el segundo -dijo su tía y enseguida se arrepintió de sus palabras.
-¿El segundo? -Petra no sabía nada de todo aquello-. Entonces, ¿cuándo sufrió el primer ataque?
Su tía parecía cada vez más agitada.

-Petra, nunca debería habértelo mencionado. Tu abuelo nunca quiso... Nos hizo jurar a todos que guardaríamos el secreto porque no quería que tu madre se sintiera...

-¿Mi madre? -y dirigió a su tía una mirada inquisitiva-. No voy a salir de esta habitación hasta que me lo cuentes todo.

-Petra, vas a llegar tarde. El coche espera y tu abuelo...

-No daré ni un paso -le advirtió.

-¡Oh, querida! Nunca debería... Está bien. Supongo que ya no te hará daño conocer la verdad. Después de todo, tu abuelo solo quería proteger a tu madre. Amaba a su hija con toda su alma. Petra. También quería a sus hijos, desde luego, pero el amor que sentía hacia su niña era especial. Según mi marido malcrió a la niña, pero eso no dejan de ser las quejas de un hermano mayor. Cuando ella se marchó de ese modo, tu abuelo estaba fuera de sí, lleno de furia y desesperación. Había planeado tantas cosas para ella... Tu tío, mi marido, lo encontró sobre la mesa del despacho con una fotografía de tu madre entre las manos. El doctor no creyó que pudiera sobrevivir. Estuvo enfermo durante mucho tiempo. Creo que no debería haberte dicho todo esto en un día como hoy -se quejó su tía al notar la palidez de Petra.

-Todos estos años malgastados -suspiró Petra-. Podían haber estado juntos y todos podríamos haber formado una familia.

-La echaba tanto de menos.

-Pero mi padre le mandó una carta, le envió fotografías...

-Tienes que comprenderlo. Petra. Tu abuelo es un hombre muy orgulloso. No podía aceptar una tregua ofrecida por tu padre. Deseaba... necesitaba la certeza de que tu madre todavía quería que formara parte de su vida, que todavía lo amaba.

-Ella creía que nunca la perdonaría -contestó Petra mientras sacudía la cabeza.

-Cuando recibimos la noticia de su muerte, tu abuelo... -su tía hizo una pausa-. Fue una época terrible, Petra. No podía creerlo. No podía aceptar que ella se había ido y que la había perdido. Muchos pensamos que. cuando le sobrevino el segundo ataque, sencillamente no quería seguir vivo. Pero, afortunadamente, se recuperó. Entonces quiso que vinieras con nosotros, pero tu padrino decidió que lo más beneficioso para ti sería que permanecieras en el ambiente que conocías. Pero tu abuelo nunca perdió la esperanza y al fin convenció a tu padrino para que vinieras. No puedo decirte lo feliz que le haces al estar aquí, Petra. Y te deseo toda la felicidad del mundo, mi queridísima niña, porque la mereces.

Su tía abrazó a Petra, que apenas pudo contener las lágrimas de emoción.

Envuelta en una neblina, se dirigió hasta el coche junto a su abuelo.

De pronto lo veía desde una nueva perspectiva. Sentía amor y compasión. Se sentó a su lado y le tomó la mano. Inmediatamente él cubrió la suya.

-¡Puede besar a la novia!

Petra sintió que su cuerpo se encogía, presa de la esteza, ante todo lo que estaba ocurriendo. Inmóvil, notó la frialdad mientras la sombra de Rashid se inclinaba sobre ella. Esperó hasta el último suspiró antes de apartar la cara, de modo que su protocolario beso solo alcanzara su mejilla, nunca sus labios. Pero, para su asombro, Rashid se movió al mismo tiempo que ella en anticipación y levantó la mano. De cara a la audiencia, ese gesto resultó extremadamente tierno, sosteniendo su barbilla e incapaz de restarle a un rito público la posesiva adoración de un hombre profundamente enamorado.

Pero ella sabía que solo estaba evitando que se alejara y reafirmando su derecho legal, en calidad de marido, a tomar posesión física de su cuerpo. La boca de Rashid acarició sus labios y ella tembló a causa de la rabia. Había confiado en él. Había creído en él y lo había amado, pero en todo ese tiempo él había estado mintiéndole. ¿Cómo podría confiar en su buen juicio otra vez?

¡Tendría que mantenerse siempre en guardia! ¿También contra él?

Rashid se movió, apenas un gesto que juntó su nariz con la de Petra como si quisiera reconfortarla. Otra mentira... otro desengaño... y, sin embargo, debido a la intensidad del momento, se había sentido atraída hacia él, anhelando que fuera cierto.

De pronto se sintió muy asustada. Había creído que bastaría con saber lo que Rashid había hecho para dejar de amarlo, pero ahora ya no estaba tan segura.

Lo odiaba por lo que había hecho. Entonces, ¿por qué todavía tenía el poder de someterla en el plano físico?

¿En qué estaba pensando? ¿Se había vuelto loca? No se sentía atraída por él ni lo más mínimo. Se apartó de él con fuerza y Rashid la soltó al instante.

La ceremonia había concluido. ¡Ya eran marido y mujer!

-No sabía que el segundo nombre de Rashid fuera Blaize -estaba diciendo su primo Saud, colorado y emocionado, claramente orgulloso de la relación que lo unía con su adorado héroe.

-Petra, querida, tu padre se habría sentido muy orgulloso de ti -le dijo el embajador americano y ella sonrió.

-Petra, estás deslumbrante -añadió su esposa, una elegante mujer, y añadió-: ¿No te lo parece, Rashid?

-Es el deseo de mi corazón -respondió con calma sin apartar la mirada de Petra, que sintió la electricidad de esa mirada en el vello de la nuca.

-Petra, será mejor que te lo lleves de aquí antes de que me ponga

verde de envidia -bromeó la mujer del embajador.

-Yo soy el único afortunado -replicó Rashid.

-Desde luego -intervino Petra-. Hoy no ha ganado únicamente una esposa, ¿verdad? También la oportunidad de diseñar un nuevo complejo de...

-Tendré que necesitar unas buenas comisiones si quiero mantener el nivel de vida al que tu abuelo te ha tenido acostumbrada hasta ahora -interrumpió Rashid mientras dirigía a Petra una mirada de advertencia que solo ella comprendió-. AI menos si ese maravilloso collar que llevas es una prueba.

-Sí, es una maravilla -enfatizó otra de las invitadas.

Petra se tensó al sentir la mano de Rashid en su codo.

-No sé por qué te empeñas en jugar el papel de adorable esposo -dijo con amargura. -Sí, ya lo supongo -replicó. -¿Por qué no me dijiste que tu segundo nombre era Blaize?

-¿Acaso importa? Rashid o Blaize, sigo siendo el mismo, Petra. El hombre que...

-El hombre que me mintió y me tendió una trampa -concluyó Petra-. Sí, lo sé.

Advirtió por el rabillo del ojo cómo apretaba los labios.

-Ahora estamos casados, Petra, y...

-En lo bueno y en lo malo... No me lo recuerdes. Ambos sabemos qué parte predominará, ¿no es cierto?

-No tiene por qué ser así. Petra. Al fin y al cabo, tenemos algo en común, una misma raíz compartida...

-¿Qué demonios tenemos en común? ¡La tierra en la que vas a edificar ese nuevo complejo! Más dinero. ¿Solo puedes pensar en eso?

La mano de Rashid pasó del codo hasta el brazo y su apretón resultó casi doloroso mientras se inclinaba para susurrarle al oído:

-Pensé que ya había quedado claro que eso no es verdad. Pero si quieres que vuelva a demostrártelo...

Petra se apartó de él como impulsada por un resorte.

-Si alguna vez intentas forzarme para que me someta físicamente a tus deseos solo porque estamos casados, yo...

-¿Forzarte? -repitió, atónito, y enseguida su expresión cambió-. Eso es ridículo. Yo nunca he hecho nada semejante. Ni siquiera...

-¿Qué? -preguntó ella-. ¿Aunque sea tu derecho según la ley?

Estaba fuera de sí, a medio camino entre la angustia y la tristeza, y con la amenaza casi tóxica de que no pudiera mantenerse indiferente a su presencia.

Ahora que la ceremonia había terminado, tendría que hacer frente a Rashid en la noche de bodas. Era un hombre muy apasionado. ¡Eso ya lo sabía! Si decidía consumar el matrimonio, ¿tendría el coraje necesario para rechazarlo?

-Rashid, tu tío te ha estado buscando…

Petra suspiró aliviada cuando se alejó de ella.

Varias horas más tarde, los ojos hinchados, Petra miraba fijamente un punto mientras deseaba encontrarse en cualquier otro sitio que no fuera ese y cambiarse por cualquier otra persona.

Su padrino no había podido presentarse en la fiesta. Su boda con Rashid se había anunciado en la prensa como el romance del año. Pero ella sabía la verdad, claro. Odiaba a Rashid más de lo que nunca hubiera despreciado a nadie y sabía que nunca lo perdonaría.

Las celebraciones estaban tocando a su fin. Sus damas de honor acudieron para llevarla a la suite donde podría cambiarse de ropa y quitarse el vestido de novia.

-¿Dónde va a llevarte Rashid de luna de miel? ¿Lo sabes? -preguntó una de las sobrinas de su tía mientras exigía silencio al resto de las damas.

-La verdad es que no lo sé -replicó.

-Es un secreto. ¡Qué romántico! -suspiró, envidiosa, otra de las chicas.

-Pero ¿cómo has sabido qué debías guardar en la maleta si no conoces tu destino? -preguntó otra de las jóvenes.

-Se marcha en luna de miel, tonta -respondió otra de las damas de honor-. Así que la ropa no será…

-Ya está bien -ordenó la mayor de las chicas-. Se supone que estáis aquí para ayudar a Petra y no para cotillear como colegialas. No debes preocuparte. Un hombre tan experimentado como Rashid sabrá exactamente cómo comportarse. Todavía recuerdo los nervios de mi noche de bodas. No sabía qué podía esperar y me aterraba que mi marido no supiera contentarme, pero tendría que haber confiado en él… o en mi madre. Ella me aseguró que necesitaría toda mi ropa, pero mi marido habría apostado por todo lo contrario.

¡Estaban charlando de ropa! Petra no sabía si debía reír o llorar.

Al menos ya había pasado y ahora llevaba el traje color crema que había comprado en la boutique exclusiva del centro. Se había quitado los pendientes que había llevado desde la muerte de su madre y se había

puesto unos mucho más ostentosos, parte del regalo de boda de Rashid. Hubiera deseado arrancárselos y tirarlos, pero eso no era posible mientras sus acompañantes alabaran la perfección de las piedras, a juego con la alianza.

Iba perfumada con la colonia de Rashid y llevaba la ropa interior de encaje que había costado una fortuna. Una de las ayudantes comprobó que pies y manos lucieran inmaculados. Ahora estaba lista para recibir los cuidados de su marido, igual que un regalo envuelto para el disfrute de un niño, ¡o para su rechazo!

-Vamos, ya es la hora. Rashid está esperando -anunció el maestro de ceremonias.

Mientras Petra miraba fijamente la puerta de la sui-te, las risas de las damas de honor se apagaron poco a poco.

-Buena suerte -dijo la primera dama de honor, y la besó.

-Ojalá disfrutes de una vida plena gracias a la alegría de tus hijos y el amor de tu marido -deseó la segunda, mientras el resto hacían cola para abrazarla y susurrarle palabras de bienaventuranza.

-Ojalá tus noches de placer nunca falten -dijo la más atrevida.

El ruido que venía del otro lado de la suite estaba desapareciendo.

-Si no abrimos esa puerta pronto, Rashid va a echarla abajo -bromeó una de las chicas, y todas se apresuraron hasta que se abrió la puerta y Petra cruzó el umbral.

Los invitados, reunidos, recibieron a la novia con vítores, pero Petra apenas acusó su entusiasmo. Su mirada chocó con los ojos de Rashid.

Al igual que ella se había cambiado de ropa. Pensó, sin dejarse llevar por la emoción, que cualquier diseñador del mundo habría pagado una fortuna para que Rashid luciera su marca en esa espléndida figura. Su presencia definía de inmediato a un hombre elegante, cosmopolita y con dinero. Petra asumió que los hombres como Rashid compartían un lazo invisible que los distinguía en cualquier rincón del mundo.

Rashid, en silencio, le tendió la mano.

La multitud empezó a brindar en su honor. Petra vaciló un instante, la mirada dirigida hacia las ventanas como un preso que anhelara la libertad, pero alguien la empujó y sus dedos terminaron en la mano de Rashid, que la cerró con firmeza.

La multitud se apartó para dejarles paso. Las puertas que daban al jardín privado se abrieron de par en par y salieron a la terraza, en mitad de la noche, para disfrutar de los fuegos artificiales. Al mismo tiempo llovía sobre ellos un diluvio de pétalos de rosa y el aire perfumado recordaba el aroma de las fresas salvajes. Había palomas, y una bandada de mariposas apareció casi por arte de magia. La música sonaba, la gente reía y brindaba a su salud. Y Rashid tiró de ella hacia la salida del jardín. Tomó su mano y se volvió una última vez de cara a los invitados.

-Tu tía quería que te sacara de aquí montada en un corcel, vestida con la ropa tradicional, pero la he disuadido -le susurró al oído.

-¿Igual que un príncipe en un cuento de hadas? -preguntó, perpleja, vuelta hacia él-. ¿Disfrazado con los complementos medievales, incluido el halcón?

-Creo que habría descartado al halcón por el bien de las palomas y yo no hubiera querido exponer mis aves de presa -contestó.

Rashid miró a Petra y ella sintió que el corazón le dejaba de latir.

Reconoció una verdad terriblemente do-lorosa y que hasta entonces no había visto con claridad. Al pensar que la lógica, la furia y la ética podrían destruir su amor por Rashid se había engañado a sí misma más cruelmente que nadie.

¿Se había casado con él porque secretamente todavía lo deseaba, todavía estaba enamorada? Su orgullo le impedía aceptar esa idea.

Había creído que su más feroz enemigo se encontraba a las puertas de su corazón acorazado, pero había estado equivocada. Su principal enemigo estaba en su interior, en el centro de su corazón, y era su amor por Rashid.

Pero él nunca debía saberlo. Tendría que mantenerse siempre alerta para protegerse y que sus emociones fueran como un castillo impenetrable para Rashid.

-¡Bienvenida a tu nuevo hogar!

Desde que habían salido del hotel era la primera vez que Rashid rompía el silencio. Acababan de cruzar la puerta de la villa, pintada en crema, iluminada por la luz tenue de la noche. Petra, sometida a tanta tensión para no rendirse ante él, apenas podía articular palabra.

Y una vez dentro de la mansión se sintió todavía más tensa.

-Es tarde y ha sido un día muy largo -escuchó la voz de Rashid-. Creo que los dos deberíamos descansar antes de que empieces una nueva ronda de hostilidades. Ya he mandado que te prepararan tus aposentos. No es la forma ideal para la noche de bodas, pero tampoco se trata de nuestra primera noche juntos. Ha sido un periodo difícil para ti y supongo que necesitas un poco de espacio para acostumbrarte a tu nueva vida. A pesar de tu comentario, te aseguro que nunca intentaría. .. forzar las cosas entre nosotros, Petra.

Petra lo miró fijamente. Parecía tranquilo, seguro de sí y muy cómodo. ¡Y no había confiado en que pudiera disponer de sus propias habitaciones!

Desde que había pedido su mano, Petra había tenido en mente esa noche. El momento en que se habrían quedado a solas, marido y mujer. Y se había jurado que, pese a su insistencia, no lograría doblegar su voluntad. ¡Y ahora era él quien le decía que no la deseaba!

Un cúmulo de emociones contrapuestas inundó su cabeza. Sentía perplejidad, incredulidad, pena y...

¿Desilusión? ¡No era posible! Sentía, en todo caso, alivio. Quizá se sentía desilusionada porque le había robado la posibilidad de que fuera ella quien lo rechazara. Pero lo único que importaba era que sería libre para dormir sin él. Dormiría en su propia cama y no en la suya. Era como si no estuvieran casados. ¡Exactamente lo que ella quería!

Al menos estaba sola. Era lo que quería. ¿Por qué no podía dormir?

¿Por qué. tumbada en la cama, se sentía sola y abandonada? ¿Por qué se sentía tan poco querida, tan despreciada?

¿Qué era lo que añoraba tanto? ¿Rashid? ¿Blaize?

¡No! Petra comprendió que echaba de menos, en la inmensidad de la cama solitaria, un poco de confianza en el hombre que amaba. Porque sin esa confianza mutua, ¿cómo era posible que dos personas pudieran proclamar un amor compartido?

Capítulo 10

Algo recelosa, Petra vigiló las otras mujeres que abarrotaban la zona vallada. Era el inicio de la temporada de carreras de caballos y, tras un mes de matrimonio, Petra sospechaba que ya debía sentirse acostumbrada a la clase de eventos sociales que su boda con Rashid había puesto ante ella.

En el poco tiempo que llevaban juntos ya habían asistido a un campeonato de tenis y un torneo de golf para celebridades. Además habían acudido a un buen número de reuniones de negocios patrocinadas por la Familia Real en las que Rashid, uno de sus arquitectos favoritos, siempre había jugado un importante papel.

Toda la ciudad de Zuran había entrado en un estado de plena excitación ante la inminencia de la carrera inaugural. Rashid llevaba su propio caballo, un animal de tres años de sangre irlandesa que entrenaba en su pista privada, junto al hipódromo. Rashid, al igual que otros importantes propietarios, tenía permiso para utilizar la pista del hipódromo como pista de entrenamiento. Petra y Rashid debían acompañar a un grupo de hombres de negocios y diplomáticos. Durante la semana de carreras se alojarían en el hotel junto a sus invitados.

A diferencia de otras esposas, Petra no había tenido ninguna necesidad de volar hasta París o Milán para encargar algunos modelos. Aunque había seguido el consejo de su tía y había visitado una sombrerería de

postín para asegurarse que llevaba una pamela acorde a su posición social.

Tanto en la increíble villa que había diseñado como en el no menos deslumbrante oasis que había adquirido, ya habían recibido a un buen número de visitantes de todas las partes del mundo, y en ningún momento Rashid había dejado de lado su papel de devoto esposo.

Pero en privado todo era distinto. Cada uno vivía en sus habitaciones y siempre que no tenían visitas, ella apenas lo veía. A menudo estaba trabajando, de visita en alguno de los innumerables proyectos que llevaba en casi todo el mundo, o en los establos con los caballos, charlando con el preparador acerca de su estado.

Petra también tenía sus propios compromisos. Había sido invitada a unirse al Club de Mujeres de Zuran que presidía Su Alteza y en el que se discutían las ideas entre mujeres de diferentes culturas y nacionalidades. Había asistido a comidas y galas benéficas. E incluso había nacido una tímida amistad con una de las damas de honor de su boda, familia de su tía por casamiento.

Pero su vida dentro del matrimonio era muy distinta y más dolorosa.

El sentido común le decía que tendría que haber recibido con alivio

la noticia de que no esperaba un hijo de Rashid. Pero había pasado toda la noche llorando, presa de la angustia y la decepción. Al menos su hijo habría podido amarlo abiertamente, sin tapujos, y habría sido fruto de los dos.

Y esa era la pena que poco a poco estaba destruyéndola.

Se miró en el espejo de su habitación y asumió que, 3 los ojos de los demás, debía figurar como una mujer inmensamente feliz. Rashid, que estaba en viaje de negocios, no volvería en dos días y había prometido que nunca le pondría la mano encima. Estaba claro que era una Promesa sencilla para él. La calma que aparentaba en su compañía rechinaba contra la emoción que embargaba sus sentidos.

¿Cómo podía desearlo tanto cuando Rashid no quería nada de ella? Pasaba las noches enferma de amor. Solo pensaba en él y tenía fantasías. Y, por las mañanas, se despreciaba porque era incapaz de controlar sus propias emociones.

Rashid se comportaba con ella como si fuera una invitada más, una extraña en su vida con la que tuviera que convivir de modo civilizado. No tenía la menor idea de lo que pensaba acerca de su matrimonio o sobre ella y eso amplificaba su sensación de frustrante soledad. Esa clase de vida no era natural y toda ella, en cuerpo y alma, se rebelaba contra esa situación.

Deseaba compartir su vida con el hombre al que amaba. Pero ¿cómo podía hacerlo si su único amor no la correspondía? ¡Un hombre en el que no podía confiar!

Hizo una pausa mientras hacía las maletas para la semana que pasarían en el hotel y un escalofrío recorrió su cuerpo al pensar en él. Pero apartó esa imagen de su cabeza. Tenía que charlar con el preparador de los caballos para establecer el horario de visitas a los establos.

Todavía estaban en pleno mes de marzo, pero las temperaturas ya superaban los treinta grados. Petra se vistió en consonancia con unos vaqueros, una camiseta de algodón de manga larga y un sombrero que la protegiera del sol.

El joven que Rashid había elegido para que fuera su chófer sonrió a Petra y le abrió la puerta del coche. Petra había calculado que su visita coincidiera con el final de la sesión de ejercicios y cuando caminó hacia la pista los caballos ya regresaban a los establos. El entrenador y el capataz de Rashid estaban hablando en la otra punta y Petra se dirigió hacia ellos. Había mucha más gente trabajando en los establos, incluidos dos niños de pelo oscuro.

Petra sonrió a los chicos y avanzó hacia los hombres. Pero en ese instante uno de los niños cruzó el establo por delante de uno de los caballos jóvenes. El animal se encabritó y Petra reaccionó a tiempo, agarrando al niño y apartándolo de debajo de las pezuñas del animal.

Escuchó el alboroto a su alrededor. Reconoció el grito del chiquillo, del animal, de todos los presentes, y de pronto se quedó sin aire en los pulmones y todo a su alrededor se nubló mientras un agudo dolor y una terrible sensación de oscuridad lo cubría todo antes de golpearse con el suelo.

Petra abrió los ojos con cara de sueño.

-¡Vaya, parece que al final se ha despertado!

Una enfermera de uniforme le sonrió. Muy débil, Petra intentó moverse pero se estremeció al sentir un dolor agudo en el hombro.

-No se preocupe, no es grave. Un mal golpe, nada más -dijo la enfermera con ánimo-. Tuvo suerte, y el niño que rescató también fue muy afortunado.

¡El niño! Se incorporó de una vez y gimió nuevamente de dolor.

-¿Está segura de que se encuentra bien? -interrogó a la enfermera.

-Está perfectamente. Creo que el padre estaba más asustado que el hijo. Están relacionados con la Familia Real, ¿sabe? Creo que son primos. El padre está convencido que si usted no hubiera intervenido ese caballo habría aplastado a su hijo.

-¡No fue culpa del caballo! -protestó Petra-. El establo estaba lleno de gente y el animal estaba nervioso.

-Tranquila -dijo la enfermera mientras cambiaba el vendaje-. Solo quiero asegurarme de que la herida ha dejado de sangrar.

-¿Estoy sangrando?

-La herradura la golpeó en el omóplato y, además de un hermoso hematoma, le arrancó un poco de piel. Pero ya tiene mejor aspecto.

-Bien. En ese caso, seguro que puedo vestirme y marcharme a casa -dijo Petra.

-Hasta que el doctor le dé el alta médica, no -le advirtió la enfermera.

Media hora más tarde, el doctor estaba examinándola.

-Mire, no puedo quedarme a pasar la noche -dijo con firmeza-. Tengo un montón de cosas que hacer. Ha dicho que está casi seguro de que no ha existido conmoción cerebral, ¿verdad?

-Preferiría que se quedara, solo por seguridad -insistió el médico.

-Pero no es realmente necesario -meneó la cabeza-. Le prometo que estaré bien.

-Al menos deberíamos avisar a su marido -dijo el doctor.

En esos momentos estaba en Londres. Vigilaba el nuevo hotel que la Familia Real venía de adquirir en la ciudad del Támesis. No volvería en dos días y sabía cómo se sentiría si lo hacían regresar por culpa de una esposa por la que no sentía nada.

Decidió convencer al médico de que no tenía sentido molestarlo por

tan poco y, para alivio de Petra, el doctor aceptó ese argumento. No resultó tan sencillo doblegar su resistencia para que la dejara regresar a su casa, pero al final lo persuadió con la promesa de que no se quedaría sola en ningún momento.

Una vez en la villa recibió tantos cuidados que insistió en que dejaran de tratarla como si fuera una pieza única de porcelana china. El teléfono no dejaba de sonar y llegaban ramos de flores sin descanso en señal de agradecimiento. Ajena al dolor sordo que ni siquiera las pastillas habían reducido. Petra en la sala que utilizaba como despacho y empezó a repasar los menús que le había facilitado el chef del hotel.

Sus invitados cenarían en los comedores privados del hotel y quería tenerlo todo listo. Tan solo probó un bocado que le trajo el ama de casa y le aseguró que, aparte de la molestia en el hombro, se encontraba perfectamente. A medianoche decidió que ya había tenido suficiente. Guardó los papeles y se dirigió a su dormitorio.

El servicio disponía de habitaciones propias, fuera de la villa. Petra no sabía lo que pensaba que ellos durmieran en habitaciones separadas, pero sabía que Rashid había redecorado por completo sus aposentos. La villa reunía lo mejor de oriente y occidente. En parte le recordaba las mansiones de la costa de California. La modernidad se rompía con la inclusión de algunas antigüedades. En la villa se respiraba un aire de tradición oriental que embriagaba sus sentidos. Incluso los colores elegidos hacían juego con el paisaje exterior.

Algunas esculturas y piezas de arte señalaban el buen gusto de Rashid. Las telas más delicadas poblaban la casa, pero ella seguía sintiéndose como una extraña. A pesar de su elegancia y comodidad, faltaba algo esencial. La casa carecía de amor, no era un verdadero hogar. Para ella, que había crecido en un ambiente de amor absoluto, eso era insoportable.

Se quitó el vendaje del hombro con un estremecimiento y se miró en el espejo, aliviada al comprobar que la piel estaba seca, pese a la hinchazón del golpe. Se duchó y el agua se le clavó en la herida como agujas finas, tal y como le había dicho el doctor.

Petra se acostó desnuda en la cama y decidió que estaba apenada por el caballo. Las sábanas estaban frescas y Petra se giró sobre un costado. Era una cama de matrimonio, pero Petra era consciente de que seguía llevando vida de soltera. Una esposa cuyo marido no la amaba, no la deseaba, no...

Petra cerró los ojos para ahogar la amenaza de las lágrimas.

Abrió los ojos de pronto y trató de mover el hombro.

-Petra, ¿te encuentras bien?

Soltó un gemido de asombro y se quedó mirando la figura de su marido en plena oscuridad, sentado en el borde de la cama.

-¡Rashid!

Trató de incorporarse, ajena al dolor del hombro, y se tapó con las sábanas mientras el corazón le latía con furia.

-Se suponía que no regresarías hasta dentro de dos días -exclamó-. ¿Qué haces aquí?

-¿Y a ti qué te parece? -contestó-. He recibido un mensaje en el que me decían que habías tenido un accidente y que había riesgos de que hubieras sufrido una conmoción cerebral. He venido en el primer avión.

-No hacía falta -dijo Petra-. Estoy perfectamente, salvo una molestia en el hombro.

Rashid había encendido la lámpara de la mesita de noche. Petra contuvo el aliento al mirarlo a la luz. Nunca lo había visto tan serio, pálido y frío.

-Lamento que hayas tenido que volver así...

-¿En qué diablos estabas pensando? -dijo sin atender a la disculpa-. ¿Este matrimonio te parece tan insoportable que prefieres arrojarte bajo las pezuñas de un animal y arriesgar la vida?

-No fue así -se quejó-. Había un niño... Fue algo instintivo.

-No me habían dicho nada de un niño -apuntó, el ceño fruncido-. Solo que había tenido lugar una tragedia y que habías decidido abandonar el hospital.

-Tengo un hematoma en el hombro, nada más -dijo Petra y le enseñó la herida.

-El médico me dijo que había riesgo de conmoción -insistió Rashid.

-¿Y has vuelto por eso? -preguntó obviamente sorprendida.

-Me dijo que no debíamos dejarte sola -señaló con acento sombrío.

-Me aseguró que el riesgo era mínimo. Y además, no estoy sola -dijo Petra.

-El servicio no está para cuidar de ti a todas horas -interrumpió Rashid-. Pero yo sí.

Mientras hablaba se movió y Petra se fijó en lo cansado que parecía.

-Estoy bien, Rashid -comentó-. ¿Por qué no te acuestas y...?

-Voy a quedarme aquí -dijo con calma.

-Te aseguro que no hay ninguna necesidad -suspiró Petra-. No hubiera venido si hubiera sentido la menor molestia.

-Me parece bien. Pero, hasta que esté completamente seguro de que estás bien, no pienso apartarme de tu lado.

-Bien, como quieras -aceptó Petra-. Pero no es necesario.

-Vuelve a dormirte -dijo Rashid y apagó la luz de la mesilla.

Petra movió la cabeza muy despacio. Podía escuchar la respiración de Rashid, pero no lo veía sentado en la silla, junto a la cama. Y entonces lo descubrió tumbado a su lado, profundamente dormido.

La luna llena llenaba de luz la habitación a través de las cortinas. Se

apoyó en el codo y estudió la figura dormida de Rashid. Al verlo tan vulnerable sintió una infinita ternura. Llevaba la camisa desabrochada y la tela blanca contrastaba con su piel morena. Tenía una sombra de barba en la cara y ella se tensó un poco en respuesta a esa señal de inequívoca masculinidad. Alargó la mano y le acarició la barba incipiente. Entonces la ternura se transformó en deseo.

Apartó la mano, cerró los dedos en un puño y tapó ese puño con la otra mano. Pero no podía dejar de mirarlo y su mirada anhelante viajaba a lo largo de su torso hasta su boca y su cuello.

Ahora todo su cuerpo temblaba como una hoja. Sentía la urgencia de su deseo ardiente como un río sin freno hasta que empapó todo su cuerpo en sudor. Musitó su nombre y se echó hacia atrás cuando él se desperezó y abrió los ojos lentamente.

-¿Petra? -preguntó con tono de preocupación mientras ella se hacía la dormida y su mano le tomó el pulso en la garganta-. ¡Petra! Despierta.

-Está bien, Rashid. Ya te he dicho que no hay conmoción -dijo y se volvió hacia él.

De pronto, se había quedado completamente inmóvil, la mano en su cuello. Tenía la mirada presa de sus pechos desnudos, expuestos por culpa de su negligencia. Comprendió al momento que Rashid la deseaba, pero que mantendría su promesa. Solo tenía que cubrirse con las sábanas y darse la vuelta. Si eso era lo que quería...

¿Y si no fuera así? Petra sostuvo la mirada de Rashid. Todo su cuerpo era un instrumento de deseo que aguardaba unas manos expertas. Sentía sus pechos al ritmo de su respiración, los pezones endurecidos y el sexo húmedo,

Levantó la mano y le acarició la frente con los ojos muy abiertos. Sentía el temblor del cuerpo de Rashid ante su caricia y cómo buscaba oxígeno. ¿Qué estaría sintiendo? La respuesta resultó obvia en el brillo de sus ojos y la respuesta de su cuerpo.

-¡Abrázame, Rashid! -ordenó y sus brazos lo rodearon dental forma que sus cuerpos quedaron pegados. -¡Ámame! -suspiró Petra con pasión.

Escuchó el gruñido en el fondo de su garganta. ¿Frustración? ¿Deseo?

Petra respondió al instante a ese gemido y separó los labios para la dulzura de sus besos. Entonces se vio abocada a una espiral de creciente deseo, un descenso al universo primitivo de sus más oscuras pasiones. Sujetó a Rashid por la nuca, presionó su boca contra él hasta que perdió por completo la razón.

Petra sabía que debía haber frenado ese impulso, pero solo sentía la emoción primigenia que brotaba de su interior como un manantial de vida. Reconoció entre una nube que eso era lo único que había

querido. ¡Lo había necesitado tanto!

-Petra-masculló Rashid-. Esto no...

Se apartó y rozó su pecho accidentalmente. Ella se quedó muy quieta. Podía sentir la mirada de Rashid en la oscuridad a través de la luz de la luna, fija en el pezón como una invitación carnal palpitante.

-¿Petra? -repitió, pero esta vez en un tono distinto que ella interpretó como el reconocimiento de su deseo.

Sentía el poder de su deseo. Era una tentación. Aguardaba que él diera el paso, consciente del deseo que le estaba reservado. Muy despacio, Rashid acercó ia mano hacia su pecho. Petra suspiró y cerró los ojos mientras él acariciaba su piel con tanta ternura que lodo su pecho reclamaba su atención.

-Petra.

Esta vez musitó su nombre entre los labios mientras besaba su cuello. Dibujó un collar de saliva que no tardó en ampliar hasta la curva de sus pechos. En un punto indeterminado Petra había empezado a temblar. Había empezado despacio, pero ahora que Rashid torturaba su pezón con leves mordiscos, estaba sometida a verdaderos espasmos de placer. Se vio obligada a morderse el labio para evitar lanzar un grito. Rashid levantó la cabeza, advirtió lo que había hecho y empapó su dedo con la sangre que manaba de su labio.

-¡Pruébame dentro, Petra!

Todo su cuerpo reaccionó ante esas palabras y el fuego del deseo se fundía en el fondo de sus ojos.

-¡Sí! ¡Sí! -respondió salvaje.

-Sí -repitió Rashid con más calma-. Lo que quieras... cómo quieras... Todo lo que desees, Petra. Hasta que me pidas que ponga fin a nuestro tormento.

No dejaba de besarla mientras hablaba. Un verdadero suplicio mientras recorría su cuerpo con las manos. Deseaba entregarse entera.

Gritó al sentir el contacto de su lengua contra su sexo. Después gimió otra vez, más bajo, para demostrar el infinito placer que le estaba proporcionando. Rashid también gimió en respuesta y levantó la cabeza hacia ella.

-¿Crees que eres la única que disfruta con lo que estoy haciendo, al sentirte y saborearte? He deseado tanto compartir esta intimidad contigo, alcanzar este grado de posesión...

Dejó de hablar y le besó la cara interior del muslo. Petra gimió mientras continuaban sus besos, cada vez más íntimos. Todo un torrente de emociones inundaba su cabeza, pero sobre todos mandaba su deseo de que Rashid la poseyera. Ya no sabía si ella había tomado la iniciativa o si Rashid había adivinado lo que sentía. Pero ahora estaba ahí. Y no hacía sino proporcionarle una oleada de éxtasis tras otra.

Quería que no terminase nunca. Y, sin embargo, sabía que moriría de placer si no alcanzaba el climax. Creía que ya conocía esa sensación, esa plenitud. Pero cuando comenzaron los espasmos comprendió que todo lo que había sentido hasta ese momento no era más que una pálida sombra del verdadero placer.

Capítulo 11

-¿Seguro que estás bien, Petra?

-Estoy bien, abuelo -dijo y ocultó las lágrimas. Había aparecido esa mañana, después de que Rashid hubiera acudido a los establos, para interesarse por ella.

-No es cierto -dijo-. Estás llorando. ¿Qué te ocurre?

Petra se mordió el labio. Todavía recordaba la noche pasada. Y no podía culpar a Rashid por lo que había ocurrido. Estaba furiosa consigo mismo porque había cedido a la debilidad de la carne. ¿Es que no podía dejar de amarlo? En especial cuando sabía que no había futuro en su relación mientras no confiara en él.

Rashid no la amaba. Quizá hubiera regresado de Londres para cuidarla, quizá habrían hecho el amor, pero no le había dicho una sola palabra de sus sentimientos. ¿Qué podía decirle? ¡Sabía que se había casado con ella obligado!

Estaban atrapados en un matrimonio que era una cárcel. Y ahora podría haber complicaciones. ¿Y si estaba embarazada?

-No eres feliz -insistió su abuelo-. Estás muy pálida. No esperaba esto cuando te casaste con Rashid. Estabais hechos el uno para el otro.

-Quizá para ti -dijo con tristeza-. Pero no... Nunca deberíamos habernos casado. Rashid no me quiere y...

-Petra, ¿qué tontería estás diciendo? -preguntó su abuelo-. ¡Claro que te quiere! No tengo la menor duda sobre eso. Está muy claro solo con escucharlo.

-¡No! -gritó, atónita-. ¡Estás equivocado! ¿Cómo puedes decir eso? Solo se casó conmigo porque no tenía más remedio.

-¿Qué? -su abuelo soltó una carcajada-. ¿Qué te ha hecho pensar eso? No es cierto. Te aseguro que lo único que lo empujó a este matrimonio ha sido su propio deseo. Y te aseguro que es un deseo que nace del amor inmenso que siente hacia ti. Solo se casó contigo porque te adora, Petra.

-Si eso es cierto, ¿cómo es que nunca me lo ha dicho?

-¿Acaso tú le has dicho que lo quieres? -preguntó su abuelo-. Y, sin embargo, es así. Si he malinterpretado tus sentimientos, Petra, debes decírmelo. Respeto mucho a Rashid, pero tú eres mi nieta. Si no lo amas, si eres infeliz, puedes volver a casa conmigo y yo hablaré con él.

-Me siento tan confusa -balbució Petra-. Pensé que se casaba conmigo por el bien de sus intereses económicos.

-¿Intereses económicos?

-Saud me lo contó todo, abuelo. No debes enfadarte con él. El no sabía que yo ignoraba que mi boda ya estaba concertada, a mi pesar. Siente tanta admiración por él que pensó que yo sentiría lo mismo. Ya lo sé todo. Incluso mi padrino pensaba que era una buena idea. Tanto

que me abandonó sin el pasaporte para que no pudiera salir del país...

-¡Petra, Petra! Querida niña. Por favor, estás preocupándote por nada -dijo su abuelo con pena-. Vamos, siéntate. Es cierto que se sugirió que vosotros dos deberíais conoceros. Tenías mucho en común. Pero solo se trató de una sugerencia. Supongo que Saud interpretó erróneamente esas palabras... Te aseguro que hablaré con él. Es cierto que admira profundamente a Rashid. Pero te aseguro que él dijo que eso quedaba fuera de cualquier discusión. Rashid es muy orgulloso, igual que tú, para que otra persona tome una decisión en su nombre. Después del error que cometí con Mija, no podía actuar igual. Solo había una razón para que vinieras a Zuran, y era que eres mi nieta y te echaba de menos.

-Abuelo, sé que Rashid y tú tenéis negocios en común -insistió Petra-. Y que depende de la Familia Real. Sé que hay razones diplomáticas... ¿Por qué te ríes?

-Petra, Rashid es multimillonario debido a la herencia de su padre. Tenemos intereses comunes, es cierto. Pero Rashid no depende del mecenazgo de nadie. Escucha, hice mucho daño a tu madre y lo pagaré el resto de mi vida.

Petra parpadeó, los ojos llorosos, y supo que su abuelo no estaba mintiendo.

-¿Sigues siendo infeliz? ¿Quieres volver a casa conmigo? -preguntó-. Es tu decisión, pero creo que sería una lástima que dos personas tan afines se separaran por una cuestión de orgullo y falta de comunicación.

-No, no quiero que hables con él -dijo Petra, y el abuelo le sonrió.

-No deseo interferir, pero eres mi nieta -dijo con amabilidad-. Creo que os compenetráis muy bien. Ambos sois decididos, orgullosos e independientes. A veces esas virtudes pueden convertirse en un obstáculo. Creo que teméis confesaros el amor que os profesáis.

Petra se quedó de piedra ante la lectura tan aguda de sus sentimientos. ¿Era posible que Rashid sintiera exactamente lo mismo que ella?

Todavía intentaba asumir su equivocación en lo relativo a su boda. Pero ¿por qué no se había defendido? Quizá no le importase su opinión. Y la había engañado.

-A veces la vida nos pone a prueba en las situaciones más delicadas. Hay muchas formas de mostrarse fuerte -dijo su abuelo-. Solo tú puedes decidir si vale la pena luchar por el amor de Rashid. Él ya ha tomado esos riesgos al casarse contigo. Es su manera de decirte cuánto te quiere. Quizá te haya llegado el turno.

Petra acató sus consejos. Ahora tenía otra perspectiva de Rashid y eso le ofrecía una nueva visión muy su-gerente de la vida que podían llegar a compartir.

-Me han pedido que te entregue esto -cambió de tema su abuelo con una caja oblonga envuelta en papel de regalo.

-¿Qué es?

-Ábrelo y lo verás -dijo con una sonrisa.

-¡Vaya! Es una carta del padre del niño que salvé en el establo -dijo a su abuelo-. Me escribe para darme las gracias y... ¡es la escritura de propiedad de un caballo!

-Un corcel criado en los establos de la Familia Real -apuntó su abuelo-. Te están muy agradecidos por lo que hiciste. Salvaste la vida de su hijo a riesgo de tu propia vida.

-Pero ¡un caballo! -Petra estaba impresionada.

-No se trata solo de un caballo -dijo su abuelo-. Un caballo de un año significa que quizá un día gane la Copa de Zuran para su propietario.

Petra veía la playa desde el balcón de la suite presidencial. Ya había terminado la Semana de las Carreras. Habían despedido a sus invitados y esa mañana habían dejado el hotel.

El caballo de Rashid había terminado cuarto y había soportado las bromas del abuelo de Petra, seguro de que pronto competiría contra su esposa. No habían dispuesto de un solo momento para ellos solos desde la noche en que habían hecho el amor en la villa.

Estaba anocheciendo y la playa estaba vacía. Tan solo una figura recogía las tablas desperdigadas sobre la arena. Petra observó la figura y respiró hondo. Había pensado en bajar a la playa, pero quizá el destino se le había adelantado.

La arena amortiguaba sus pasos, pero Rashid se volvió hacia ella en silencio. Llevaba unos vaqueros y una camiseta. Petra se acercó hasta él con los nervios bajo control. Se humedeció los labios y enrojeció cuando Rashid advirtió ese gesto.

-Tengo una proposición para ti -dijo con los dedos cruzados en la espalda.

-¿Una proposición? -replicó con una nota de cinismo-. ¿De qué se trata?

-Tengo un problema y creo que eres la persona indicada para ayudarme -dijo Petra, agradecida por que fuera de noche y Rashid no le viera la expresión de ansiedad-. Quiero que me ayudes a descubrir si el hombre al que amo me corresponde. Creía que no era así, pero quizá me haya equivocado.

-¿El hombre al que amas? -preguntó en un tono distinto.

-Sí. Estoy tan enamorada que me asusta admitirlo y he pensado...

-¿Sí?

-Quizá podrías enseñarme una manera de demostrárselo -concluyó.

-¿Eso has pensado? ¿Y que me ofreces en compensación?

-Bueno, si no te interesa...

-¿Acaso he dicho yo eso? -estaba cada vez más cerca.

-No -admitió ella.

-Si realmente quieres demostrar que lo amas, creo que este sería un buen lugar -murmuró-. Aquí mismo, entre sus brazos, así...

Sintió el abrazo de Rashid y desapareció la tensión de sus huesos.

-¿Así?

-Y después deberías mostrarle que te gusta rodear su cuello y mirarlo a los ojos...

-¿Lo hago bien? -musitó Petra.

-Bastante bien. Estás en el buen camino, pero sería preferible así -y Rashid la aupó en sus brazos y la besó.

-¿Y si quiero besarlo de verdad?

-Bueno, creo que deberías hacerlo sin más -replicó-. Pero te advierto que quizá quiera...

A veces los actos podían ser muy elocuentes y Petra lo besó con fuerza. Pasó un buen rato hasta que volvieron a tomar la palabra.

-Creo que deberíamos concluir nuestras negociaciones en un lugar más privado -apuntó Rashid.

-¿Algún sitio en particular?

-He pensado en una cama amplia, en un cuarto insonorizado para que nadie escuche tus gritos de placer -señaló Rashid.

Besó a Petra en el cuello y ascendió hasta el lóbulo de su oreja.

-Entonces, es cierto. ¿Me quieres?

Fue tan repentino que él la soltó y Petra, por un momento, sintió pánico. Pero entonces observó el fuego en su mirada.

-Me enamoré de ti aquí, en la playa, la noche que me hiciste la proposición -dijo con calma-. Hasta entonces solo habías sido un nombre relacionado con tu abuelo. Y entonces me abordaste y me contaste esa historia de que iban a obligarte a casarte con un hombre que llegué a despreciar después de que me lo describieras.

-Mi abuelo me dijo que me había equivocado y que el pobre Saud había malinterpretado todo. ¿Realmente te enamoraste de mí esa noche?

-Cuando me dijiste la clase de hombre que buscabas... -miró el horizonte y después sus ojos verdes-. Soy un hombre muy rico, Petra. Y me han perseguido muchas mujeres solo por el interés. Sin embargo, tú hablaste con pasión de tus sentimientos y tus principios, tus esperanzas y tus deseos. Y era lo mismo que yo buscaba en una mujer. Entonces, te besé.

-¿Y entonces lo supiste?

-Si -admitió-. Y decidí que te cortejaría. Pero no caí en la cuenta de que tú nunca cederías ante el hombre que pensabas que era. Estaba aterrado ante la posibilidad de perderte. Y entonces descubriste quién

era yo y pensé que te iba a perder para siempre. No podía permitirlo. Sabía lo bien que podían irnos las cosas.

-¿Así que ya has comprendido que te quiero? -preguntó con ironía.

-No podría imaginar mi vida si no fuera así.

Esa asunción borró cualquier sospecha de arrogancia y Petra lo miró con ternura.

-Y -añadió Rashid- confiaba, después del modo tan absoluto en que ya te habías entregado a mí, que también me amaras. Pero sabía que se me acababa el tiempo y que no podía fingir mucho más tiempo que era Blaize y estaba en viaje de negocios. Entonces llegó nuestra excursión al desierto.

-¿La noche que no le quitabas los ojos de encima a la bailarina? -recordó Petra.

-La conozco. Después de todo, trabaja en el hotel. ¡Y ella me reconoció! Pero sabía que tenía que buscar el modo de retenerte a mi lado el resto de mi vida y aproveché la ocasión cuando apareciste en la suite presidencial.

-Pero no me dijiste nada, Rashid... Te comportaste con tanta frialdad, tanta indiferencia...

-Me sentía culpable -admitió-. Te había involucrado en una boda para conseguirte, y no debería haberlo hecho.

-Hay muchas que no deberías haber hecho -se burló Petra-. Como ofrecerme una habitación separada y torturarme, dejándome pensar que no me querías.

-Pero sabes que sí me importas -susurró Rashid-. Eres el oasis de mi vida, Petra. El manantial de agua pura que riega mi vida. Solo tú puedes lograr que florezca mi corazón.

Petra escuchaba sus palabras con la vista nublada por la emoción.

-Quiero volver a casa, Rashid.

-¡A casa! -repitió con la mirada angustiosa-. Quieres dejarme. Quizá me lo merezca, pero no puedo permitir que te vayas, Petra. Por favor, concédeme una oportunidad para demostrarte mi amor y que puedo hacerte muy feliz. Y si no eres feliz en Zuran, podrás ir a cualquier parte del mundo siempre que me dejes acompañarte.

-Quiero decir que quiero volver a nuestra casa, contigo -corrigió-. Nuestra habitación, nuestra cama. Tú eres mi hogar, Rashid.

Se acurrucó entre sus brazos y se besaron con tanta pasión que todo su cuerpo tiritó.

-Sabes que nunca te dejaré marchar, ¿verdad? -susurró Rashid-. Ahora eres mía. Petra. ¡Mi amor, mi esposa, mi vida, mi corazón!